

Las teorías tibetanas dicen que los hijos eligen a los padres. Según esta visión de la vida, tres meses antes de iniciar la gestación cada alma hace una elección de acuerdo con las lecciones que debe aprender en esa vida. De los vínculos "divinos" en la Tierra, el más poderoso es el de la Madre que nos genera un aprendizaje profundo, tan doloroso que a veces lastima, un amoroso que, en ocasiones, mutila y sobreprotege. Todo en nombre del amor.

Cuando mamá lastima es un libro que encierra historias verdaderas convertidas en mentiras que se sienten de verdad, porque donde a uno le duele un arrazo es porque ha conectado con alguna herida interior. No pretende curar las heridas de la relación más importante de nuestra existencia como es la de la madre con un hijo, pero sí busca, sin juicios, sin prejuicios, sin encores, la comprensión del porqué y del para qué.

En síntesis, una recopilación de historias conmovedoras narradas desde el niño herido que, a través del perdón, se deshace de su dolor crónico y camina hacia el sendero de la liberación emocional, de la reconciliación y la gratitud.

Rayo Guzmán

Cuando mamá lastima

Rayo Guzmán

Cuando mamá lastima

Relatos de perdón para hijos
con el corazón herido



 MILESTONE
EDITIONS



MILESTONE

Rayo Guzmán

Cuando mamá lastima

Relatos de perdón para hijos con
el corazón herido

 MILESTONE

Cuando mamá lastima

Consejo editorial: José Francisco Hernández y Silvia Sánchez Encalada
Diseño de portada: Víctor Manuel Montalvo
Fotografía de la autora: Ramón Cabrera Velázquez
Ilustración de portada: Pedro Iván Guzmán Torres
Diseño y supervisión editorial: MileStone Editions

Derechos reservados
© 2015, Ma. del Rayo Guzmán Centeno
Editorial MileStone, S.A. de C.V.
La Mesa 39-6, Col. Sta Ursula Xitla
C.P. 14420

ISBN: 978-607-96921-0-0

Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial del contenido de la presente obra en cualesquiera formas, sean electrónicas o mecánicas, sin el consentimiento previo y por escrito de la editorial.

Impreso en México
Printed in Mexico

Primera edición: 2015
Primera reimpresión: enero 2016

A todos los hijos que abrieron su corazón
para mostrarme sus heridas

A todas las madres que, por ignorancia,
descuido, por amor o desamor, han lastimado
a un hijo y nunca se han dado cuenta.

*La vida de los hombres no siempre
es un libro bien paginado y encuadernado.
A veces la infancia y la adolescencia
vienen cuando deberían haberse ido.*

José Luis Martín Descalzo

Durante los últimos cinco años me he dedicado a escuchar historias, a leer historias y a escribir historias. Comencé por escribir la mía, un texto autobiográfico que obtuvo mención honorífica en un concurso literario dirigido a mujeres. A partir de ese momento empecé a recibir historias de otros para ser narradas desde la ficción. Muy a menudo, al finalizar algún taller o conferencia de desarrollo humano (a los que me he dedicado los últimos quince años de mi vida profesional), se acercaban mujeres y me contaban sus historias. La semejanza entre unas y otras me hizo pensar en un proyecto literario de gratitud. Gratitud hacia todas esas mujeres que abrieron su corazón y que me convirtieron en su confidente para regalarme sus experiencias más íntimas. Lo único que me pedían era que esas realidades las convirtiera en ficción y que omitiera nombres y datos precisos para que sus historias se confundieran con las de otras con un solo objetivo común: multiplicar su fortaleza. Así, en una recopilación de relatos breves nació *Regalos para toda ocasión. Historias que las mujeres comparten para multiplicar su fuerza*, cita la frase descriptiva de la obra, publicada por MileStone en 2012. Las lectoras de dicha obra llevaron el libro a sus entornos, en donde los encontraron sus varones. Esposos, padres, hijos, amantes, hermanos, amigos. Los hombres, por curiosidad, casualidad o morbo, comenzaron a leer ese libro y de pronto comencé a recibir en mis bandejas de correo electrónico, o en mis espacios en redes sociales, relatos de varones

que me decían una y otra vez: «Nosotros también tenemos nuestras historias, solo que ustedes las mujeres no nos dejan hablar».

Es así como nace el siguiente libro: *Tú princesa, y yo sapo. Las historias que los hombres cuentan después del beso*, MileStone 2013. Un libro con gratas satisfacciones sobre todo en el plano emotivo, pues escuchar hablar a los hombres de sus sentimientos y de sus dolores resultó un cálido acontecimiento literario. «Los Sapos», como se titulan cada uno de los relatos breves del libro, fortalecieron de manera involuntaria el vínculo entre los hombres y las mujeres lectores de la obra. A medida que recorriamos diferentes ciudades con presentaciones, conferencias o lecturas de ambos libros, iba emergiendo desde lo profundo de las experiencias de las parejas una figura poderosa, la figura de LA MADRE.

«Yo estoy repitiendo lo mismo que mi madre», «Mi madre me enseñó a tratar a las mujeres de esta manera», «Por culpa de mi madre el amor de mi vida me abandonó», «Busco a una mujer como mi madre», «Si no fuera por mi madre no estaría divorciado», «Si mi madre no lo acepta lo tengo que descartar como prospecto», «Siento que soy hipocondríaca como mi mamá», «Mi madre me crió inseguro y temeroso», «Existen hombres como yo porque hay madres como la mía»... Mi madre, su madre, nuestra madre.

Volví a aplicar la misma fórmula. Haciendo uso de las redes sociales lancé al aire una pregunta y la cantidad de respuestas que recibí en un par de meses fue abrumadora. Nunca pensé recibir tantos relatos, muchas veces la relación con la madre es en apariencia normal, pero en el corazón de los hijos se esconden en lo profundo muchos dolores, resentimientos y miedos. El presente trabajo de relatos breves de ficción es un tributo a cada una de esas personas que abrieron la puerta de su realidad para ayudarme a construir mis personajes. Es un libro que encierra historias verdaderas convertidas en mentiras que se sienten de verdad,

porque donde a uno le duele un párrafo es porque ha conectado con alguna herida interior. No pretende curar las heridas de la relación más importante de nuestra existencia como es la de la madre con un hijo, pero sí de manera humilde y no pretenciosa busca en el conocer lo de otros rescatar lo propio. Sin juicios, sin prejuicios, sin rencores, buscar la comprensión del porqué y del para qué.

Las teorías tibetanas dicen que los hijos eligen a los padres. Según esta visión de la vida, tres meses antes de iniciar la gestación cada alma hace la elección de acuerdo con las lecciones que debe aprender en esa vida. De los vínculos por así llamarlos «divinos» en la Tierra, el más poderoso es el de la Madre y nos genera un aprendizaje profundo, tan doloroso que a veces lastima, tan amoroso en ocasiones que mutila y sobreprotege. Todo en nombre del amor.

Es una relación muy poderosa, en la cual el hijo, en su estado de indefensión absoluta, establece la vinculación con su madre de manera inmediata. Una relación no igualitaria en la que existe una total dependencia del hijo. Esa indefensión temprana se hace duradera si el vínculo no madura. El rol de madre no se aprende, se configura desde las memorias de haber sido hija, es un tramo de autogestión permanente en el cual la madre va conociendo sus luces y al mismo tiempo van emergiendo sus sombras. El tipo de madre que hemos tenido determina en mucho nuestra personalidad, pero esto no es algo inamovible, el ser humano es constante evolución y puede tomar la decisión de ser cada día más sano en sus emociones y contexto, aunque a veces eso implique deshacer o rehacer ese vínculo afectivo tan poderoso y lograr caminar por las rutas del perdón.

Para las que somos madres, está claro que no existen recetas y que los hijos no vienen con un instructivo. En ocasiones los lastimamos sin querer o por cargar con heridas emocionales que no hemos logrados sanar, y se las heredamos de manera inconsciente.

A veces nos sorprendemos a nosotras mismas haciendo justo lo que habíamos jurado no hacer jamás con nuestros hijos porque eran acciones que a nosotras nos habían provocado un dolor profundo. Los lastimamos por error, por ignorancia, por accidente. No solo se lastima por maldad o por egoísmo. También en ocasiones se lastima pensando que se está prodigando un acto de amor. Muchos seres humanos han sido privilegiados por contar con una madre amorosa que los escucha, que se toma el tiempo para estar a su lado, que les reconoce sus logros, que les prodiga caricias sin importarle la edad del hijo, que con una disciplina cariñosa les enseña principios y valores. Pero muchos otros seres humanos han vivido y viven experiencias llenas de resentimiento, dolor y decepción con sus madres. Han tenido que aprender a transitar por el sendero del abandono, la injusticia, la desilusión o de la culpa.

Sin embargo, dice Carl Gustav Jung que «aquellos que no aprenden nada de los hechos desagradables de la vida fuerzan a la conciencia cósmica a que los reproduzca tantas veces como sea necesario para aprender lo que enseña el drama de lo sucedido. Lo que niegas te somete; lo que aceptas te transforma.» Aprender de nuestras cicatrices es la opción transformadora. El vínculo amoroso e imperfecto que tenemos con nuestra madre se convierte en el estambre con el que tejemos historias agridulces. Y seamos hombres o mujeres, todos hemos tenido una madre con una historia personal específica, única, imperfecta. Cuentan las historias del ser que quien armoniza el vínculo con su madre se ha reconciliado con su vida en plenitud. Cuando mamá lastima es una recopilación de historias conmovedoras narradas desde ese niño herido que, a través del perdón, se deshace de su dolor crónico y camina hacia el sendero de la liberación emocional, de la reconciliación, y hacia la gratitud.

Cuando una madre lastima llora el espíritu.
Si eres niño lloras
porque no comprendes que la persona que más amas no te
proteja,
que te compare,
te abandone o te ignore.
Cuando eres adulto,
lloras porque sientes que, por más que
quieres lograr su reconocimiento y aceptación,
eso se hace imposible y te sientes frustrado.
Y a pesar de todo,
a pesar del dolor y de los rencores que esto provoca,
la sigues amando con fervor,
porque tienes la esperanza perpetua de que lo hizo
sin querer haberlo hecho.

Rayo Guzmán

DESDE EL ABISMO

*El perdón cae como lluvia suave desde el cielo a la tierra.
Es dos veces bendito; bendice al que lo da y al que lo recibe.*

William Shakespeare

Nunca pensé vivir más de setenta años. Desde que era niño he tenido un sueño recurrente. Sueño que camino por una vereda angosta, bajo la luz de la luna y que de pronto aparece frente a mí una mujer vestida de blanco con largos cabellos plateados que me toma de la mano y me guía hasta un precipicio. Una vez ahí, me señala el abismo y me empuja. Caigo. Despierto bañado en un sudor frío. Respiro profundo y enciendo la luz. Una y otra vez, durante toda mi vida.

El martes próximo cumpliré setenta y dos años. Hace cuatro días visité a mi médico por una serie de dolencias y achaques que yo atribuí a la edad. Mi relación con el dolor físico ha sido de evasión constante y de resistencia permanente. Desde niño se me entrenó para no quejarme y esconder de los demás cualquier pena que me acongojara. El resultado es así de simple: esa serie de dolencias y achaques no eran otra cosa que avisos de una enfermedad que crecía en mi cuerpo como hiedra y yo ni enterado. Enemigo de los análisis y estudios médicos de rutina, he acudido a buscar ayuda demasiado tarde. El médico dice que, si bien me va, me quedan tres meses de vida.

A mis setenta y dos casi cumplidos es una noticia que no me importa mucho. Que si mis venas se han engrosado, que si mi

corazón ya casi no late, que si mis piernas se hinchan sin mi autorización previa, que si mi orina es muy concentrada, ¿qué más da para alguien que ya ha vivido el tiempo suficiente? Por el contrario, hay ocasiones en las que el cuerpo me pesa y la muerte me es atractiva. Regresé de ver al médico con su diagnóstico mortal en mi mente y comencé a hacer una retrospectiva de mi existencia. Estos días los he pasado sentado sobre mis recuerdos más añejos y con la mirada sumergida en mi pasado. Cuando ya tiene uno el aviso de que el futuro es corto, el pasado es un buen refugio. Por más doloroso que este sea, reconforta toparse con momentos felices que habitan nuestra memoria. Aunque sean pocos, son suficientes para dibujar una sonrisa en mi rostro ajado por las arrugas.

-¡Rufino! ¡No me hagas enojar! -gritaba doña Altagracia Moncada, mi señora madre, mientras me correteaba por el jardín con la palma de su mano abierta y lista para soltar el manazo sobre mi lomo. Parece que es hoy mismo que lo hace. Al recordarla vuelvo a sentir miedo.

Mi madre fue una mujer de pocas palabras y de carácter seco. Nacida en el seno de una familia de clase media donde las mujeres tenían menos valor que los varones, creció llena de resentimiento hacia los hombres. El primer hijo hombre nació muerto y la abuela Hortensia puso todas las esperanzas en su segundo embarazo, del que nació mi madre, quien la desilusionó al no reemplazar a su hijo muerto por nacer niña. El varoncito llegó hasta el embarazo cuatro de mi abuela, y mi madre y sus dos hermanas que la siguieron en orden de nacimiento ya habían sido entrenadas para rendir pleitesía al macho que llegaba al hogar. Después del tío Moisés ya no hubo embarazos y doña Hortensia se dedicó a cuidar del hijo con devoción. El abuelo Marco murió de pulmonía cuando mi madre recién había cumplido quince años. Doña Hortensia y sus tres hijas se dedicaron a atender al tío Moisés, convirtiéndolo al paso de los años en un bueno para nada que no tenía oficio ni

santo que lo iluminara. Lo mataron en una cantina, cuentan que por un lío de faldas, justo cuando faltaban dos meses para que cumpliera los treinta. Desde ese día la abuela se encerró en su casa de adobe que le heredó el abuelo Marco, se dedicó a encender velas y a rezar rósarios para que el alma de su inmaculado hijo llegara derecho al cielo.

No debe de haber sido fácil para mi madre crecer entre los lamentos de mi abuela y las exigencias que puso sobre sus hombros al recordarle sin descanso que era la hija mayor y, por lo tanto, la responsable de lo que sucediera a todos en esa familia. Servir de ejemplo a los demás es uno de los roles más pesados e injustos que existen en las familias. Sus hermanas menores huyeron tan pronto tuvieron oportunidad. La tía Paula se lió en amores con un militar de origen costeño, quien se la llevó a radicar a miles de kilómetros del hogar y solo una postal navideña nos recordaba su existencia. La tía Felicitas se metió a una congregación de monjas del Sagrado Corazón y se hizo carne de convento. Murió de pulmonía cinco años después de haberse ido. A la abuela Hortensia le llegaron sus dos mudas de ropa y sus escapularios en una caja de cartón con algunas monedas. Mi madre se quedó a vivir con mi abuela aun después de que mi padre, el buen Fidel, la desposara. Mi padre era el tendero del pueblo. En las pocas ocasiones en que platicué con mi padre de otras cosas que no fueran cuántos costales de harina había en la tienda, me llegó a confesar que una condición que mi madre le puso para casarse con él, fue la de irse a vivir con ella a la casa de la abuela Hortensia, porque no podía abandonar a su madre a su suerte. Mi padre aceptó y entonces crecí en la misma casa en que creció mi madre, siendo yo, Rufino, el primogénito y a final de cuentas el único hijo, pues mi hermana Guadalupe, que nació dos años después de mí, murió de tifoidea sin haber cumplido los tres años.

Taciturna, seca en sus palabras y en sus emociones. Dura como piedra. Así era mi madre. Para ella «ser buena madre» era el arte

de saber acomodarme el manazo en el momento preciso antes de que me convirtiera en un inútil. Por las mañanas despertaba enojada y abandonaba su habitación gritando mi nombre, y si no respondía ipso facto, la nalgada no se hacía esperar.

-¡Rufino! ¡Arriba, holgazán! ¡No me hagas enojar tan temprano!

Nunca comprendí cómo era posible hacerla enojar si yo estaba dormido. Nunca comprendí por qué me repetía una y otra vez que no la hiciera enojar si ella ya estaba enojada desde antes de conocerme. Así era doña Altagracia. Fría, enojada con la vida, seca y dura como una piedra.

Mi padre aprendió a vivir con ella y su eterno enojo. Aprendió a quererla como era, tanto la amó que siempre he estado convencido de que cuidaba cada uno de sus movimientos y palabras para no «hacerla enojar». Por ejemplo, a mi madre no le gustaban las demostraciones físicas de afecto y mi padre terminó por acostumbrarse a abrazarme a escondidas para no molestarla. Mi padre me regalaba golosinas que yo escondía bajo mi cama, recordándome siempre que las comiera sin que mi madre se diera cuenta. Alguna vez que me sorprendió comiendo dulces de coco a media noche en mi recámara, le bastaron tres segundos para arrebátarmelos y jalarme la oreja con tanto coraje y fuerza que sentí que la desprendía de mi cabeza. «¡Nunca llegarás a viejo comiendo estas porquerías, Rufino!» Me decía mientras desbarataba mis golosinas en el bote de basura. Les he de confesar que, a pesar de sus regaños, casi cumplo setenta y dos y nunca he dejado de comer dulces de coco.

Uno de los días más tristes de mi vida fue cuando murió mi padre. Las dos cajas de cigarrillos que fumaba cada día cobraron su factura y la angina de pecho lo mató. Yo tenía catorce años. Mi madre me dijo que los hombres no lloran y me presenté en el velorio vestido con el único traje negro que tenía, con el semblante dolido pero sin llorar. Tuve que irme después a llorar al monte, allá donde nadie me viera. Ella se puso de luto y cubrió su cabeza

con una mantita de encaje negro. Y así se vistió el resto de su vida. A veces sentí que ese día ella se sintió importante, que el papel de viuda digna ha sido el que más le gustó interpretar. Tal vez por fin ante todos tenía una excusa para su cara adusta y la frialdad de su mirada. Escondí mi dolor, evadí mi pena dedicándome a trabajar en el negocio de mi padre, y ese día me despedí de mis tardes correteando por el campo con mi amigo Pepe, y de mis mañanas de escuela. Justo cuando terminó el novenario mi madre me ordenó que abandonara los estudios y que me quedara a su lado a trabajar en la tienda.

El rumbo de mi patética historia lo cambió por completo don Anastasio, un proveedor de jabón que distribuía su producto a lo largo y ancho del país. Cada semana que llegaba a la tienda me platicaba del mundo exterior, de los cambios en la política, en la industria, y me mostraba fotografías de los lugares que visitaba. Me hacía soñar con un mundo diferente y anhelar una vida distinta. Don Anastasio fue el que me dijo que yo era bueno con los números y que sin problema alguno podía conseguirme una plaza en la escuela nocturna de contabilidad. Cuando se lo comenté a mi madre ella se puso furiosa y, como siempre, me dijo que no la hiciera enojar y que dejara de pensar tonterías. Me dijo que un muchacho como yo estaba destinado a cuidar de ella y del patrimonio que nos había dejado mi padre. Pero no la escuché. Por primera vez dejé de ser el hijo obediente y respetuoso. A pesar de sus reproches acepté la propuesta de don Anastasio y me metí a estudiar en la Escuela Nocturna de Contadores. Era una pequeña escuela técnica mercantil de poca monta, pero para aquellos años cualquier lugar de estudio era bueno para labrarse un futuro mejor.

Mi madre se endureció más. Dejó de hablarme durante el día para ignorarme por las noches. Las únicas palabras que cruzaba con ella eran para entregarle cuentas los sábados. Me dejaba el plato con comida sobre la mesa para que lo recalentara a mi conveniencia. Lo peor vino cuando terminé mis estudios de

contabilidad y uno de mis profesores me ofreció trabajar en su despacho. Eso implicó contratar un ayudante en la tienda y dejar que un «extraño» estuviera al cuidado de nuestro patrimonio. Mi madre se encerró en su pequeño mundo entre velas y cristos a honrar la memoria de mi padre. Salía temprano de casa para ir a misa y después dedicarse a tejer mantillas de encaje detrás del mostrador de la tienda. Las vendía a la salida de la iglesia los domingos. Nunca perdonó mis deseos de superación, nunca perdonó mi decisión de vivir mi propia vida.

Dicen que no te puede ir mal en todo y ese fue mi caso. A pesar de la penumbra de mi relación familiar, llegó el éxito profesional. Me mudé a la capital dejando a mi madre al cuidado de doña Catalina, una buena mujer que por unos cuantos pesos soportaba su mal carácter y sus gritos. La tienda al pasar de los años ya solo generaba números rojos y decidí cerrarla; otra decisión que mi madre no me perdonó a pesar de que cada mes yo le enviaba el dinero suficiente para vivir de manera holgada. Y eso lo hice hasta el último día de su vida.

Me fui a hacer la mía. Radiqué en la capital por unos años, después me fui a provincia y conocí a Lucila, quien me regaló treinta años de feliz matrimonio y dos hermosos hijos. Hice fortuna, amigos, buenos negocios. Fui muy feliz al lado de mi familia. Ernesto, mi hijo mayor, estudió arquitectura y radica en el extranjero con su esposa Sofía y mi nieto Salvador de ocho años. Silvia, mi princesa, estudió odontología y se casó con un médico cirujano. Viven en la capital y aún no me han dado nietos. Lucila murió de insuficiencia renal hace seis años. Yo siempre fui sano. Nunca me he quejado de nada. Doña Altagracia me entrenó bien y aprendí a callar mis dolores y a esconder mis achaques. Siempre he tenido miedo de hacer enojar a los demás.

Mi madre murió hace ya mucho tiempo. Murió un quince de marzo de hace cuatro lustros. Pudo conocer a Lucila y a mis hijos, pero ni los nietos le ablandaron el corazón. Cuando mi familia y

yo la visitábamos, se la pasaba regañando a mis hijos, advirtiéndoles que si corrían por la casa podían tirar sus velas y provocar un incendio. Permanecía callada, observando a mi esposa y a mis hijos sin decir nada. A veces llegué a sospechar que mi felicidad le molestaba, que mi atrevimiento de vivir sin ella no sería perdonado, ni a mí ni a mis generaciones futuras. La culpa me asediaba siempre. Me sentía culpable de pensar mal de mi madre. Me enseñaron que un hijo jamás debe juzgar a una madre, y cuando me sorprendía haciéndolo me sentía el peor de los seres humanos. Sentía que caía en un abismo de tristeza, de soledad, de amargura.

Hace cuatro días, cuando el médico me dijo que me queda poco tiempo, me senté en mi sillón favorito y comencé en mi mente a hacer una lista de mis pendientes. Como buen contador, llevo las cuentas al día. Mi testamento en orden, no debo dinero a nadie, a quien me debe lo liberaré de la deuda, quiero irme en paz. Sentado en ese sillón, esclavo de mi memoria, me di cuenta de que esa paz que necesito para irme no es posible porque moriré con algo inconcluso.

Cierro los ojos y me veo por esa vereda caminando. La luna ilumina el sendero. La mujer de largos cabellos color plata aparece y me empuja al abismo. Me doy cuenta de que moriré sin que mi madre me haya dicho una sola vez te amo. Lloro. Respiro hondo. Despierto. Enciendo la luz. Ese abismo en el que me veo cayendo desde que soy un niño no es otra cosa que el vacío de cariño en el que me crió mi mamá. Puede parecer ridículo que a mis casi setenta y dos años esté aquí, como un niño, encogido en el sillón suplicando que mi madre me diga que me ama. Puede parecer ridículo pero es la verdad. Tal vez por eso soy un viejo cariñoso, un abuelo consentidor que regala dulces de coco a sus nietos mientras los mece sobre sus piernas. Tal vez por eso cada vez que hablo con mi Ernesto o con mi Silvia les digo cuánto los amo. Tal vez por eso fui un esposo fiel y amoroso. Tal vez por eso en el lecho de muerte de mi madre no dejé de repetirle cuánto la amaba.

Tal vez esperando que ella me dijera un «yo también», pero no lo hizo. Y a mis impensables casi setenta y dos años lo que más deseo en estos momentos es un «te amo» de doña Altagracia.

Como buen creyente espero que en la otra vida mi madre me esté esperando, que me reciba entre sus brazos y me diga lo que se le olvidó decirme en esta vida. La perdono. Lloro. Cierro los ojos y me veo caminando por una vereda iluminada por la luna. La mujer de largos cabellos plateados aparece, me toma de la mano y subimos juntos hacia la eternidad.

ENTRE RISAS

*El perdón es una decisión, no un sentimiento,
porque cuando perdonamos no sentimos más la ofensa,
no sentimos más rencor. Perdona, que perdonando
tendrás en paz tu alma y la tendrá el que te ofendió.*

Madre Teresa De Calcuta

Mi madre no conoce los límites en sus actos ni en sus palabras. La prudencia es algo que no se le da. Los años le han reafirmado su derecho a opinar acerca de todo, no importa si se trata de religión o de ciencia, de política o de cocina, ella siempre tiene comentarios sobre cualquier tema que escuche. Es una mujer robusta y de cortos cabellos que antaño fueron largos y los tuvo que cercenar después de que una estilista se los quemó con un tinte. Todavía recuerdo esa tarde en que llegó con su nueva apariencia a la casa. Mi padre, que estaba de pie, se sentó, y mis hermanos y yo, que estábamos de parlanchines, nos quedamos en silencio; pero no resistimos nuestras risas, que provocaron el llanto estrepitoso de mi madre. La consolamos diciéndole que se veía más joven y se recuperó del todo cuando mi padre le dijo que se veía más delgada. Se llama Clementina Montoya y le encanta aparentar ante todos que es una buena madre, una esposa ejemplar y reparte consejos a su paso. La educaron las monjas de la Congregación del Niño Jesús y aprendió a bordar punto de cruz y a tejer con agujas y con gancho. Desde siempre la recuerdo con su bolsa de triques para bordar o tejer, sentada en su sillón color arena, junto a un montón de

revistas de las que sacaba las ideas para sus creaciones. Su cocina olía a sopa de arroz y a caldo de pollo. Ha sido una madre cariñosa a su modo y consentidora con mi hermano Pablo. Con Yadira y conmigo ha sido más exigente. Dice que las mujeres debemos tener estructurada una moral más rígida y las buenas maneras bien ensayadas porque somos el pilar de la familia.

Yo soy la mayor, me llamo Gloria, mi hermano Pablo es el de en medio y Yadira la menor. Hay dos años de diferencia entre cada hermano, lo que explica por qué mi madre pasó varios años batallando con chiquillos. Para ella lo mejor de su vida somos sus hijos, y quiero pensar que lo que hace y me lastima siempre ha sido sin querer, sin pensar, sin proponérselo. Pero ha dolido.

Mi padre se llama José María y todos lo conocen como Chema. Heredó una mueblería de su padre y la ha hecho prosperar a lo largo de los años. Tiene sobrepeso y se ha quedado calvo, y eso ha sido motivo incontables veces para los ácidos comentarios de mi madre. «Si he sabido que ibas a parecer pelota de playa, no me caso, Chema», «Solo te falta el Chavo del Ocho, porque el barril ya lo tienes», «Hay que ir al baño de vez en cuando, mi amor, no te quedes con todo adentro». Eso y más le dice sin importarle si están a solas o acompañados. Mi padre se pone de mil colores y seguro le reprocha sus palabras cuando están a solas, porque frente a nosotros jamás le ha expresado nada. Su inconformidad la leemos en el color de su piel y en el apretón de labios en su rostro, pero ha permanecido estoico ante las bromas que mi madre fabrica con su apariencia.

Mi madre ha sido así desde que recuerdo. De todo intenta hacer una broma. A veces le sale lo creativo y logra hacernos reír. Su problema radica en que su ingenio se centra en ridiculizar a los demás y eso cansa. Tal vez sea simpático una vez, pero cuando ya se convierte en un discurso continuo, lastima. No se da cuenta de lo mucho que nos ha herido a lo largo de los años. Nos ha ridiculizado en reuniones familiares, en bodas y en quince años,

frente a los amigos del colegio y durante las navidades. Entre risas nos ofende y nos lastima sin siquiera darse cuenta.

«¿Ya viste el peinado que te cargas, Gloria?, parece bacinica, no se te vaya a ocurrir salir así a la calle; Con ese vestido pareces mona con patas de hilos de alambre, heredaste las piernas de mi suegra; ¿Cómo dices que se llama ese chico con el que sales? Ese que tiene la cara del Indio Fernández y camina como si anduviera en un caballo; No sé cómo te dieron el papel de princesa en la obra, Gloria, con esas fachas en las que siempre andas lo que pareces es mucama; Cuando engordas pareces cuerda con nudo, Gloria, solo se te hace una bolita en la barriga, de todos lados sigues como una espátula...»

Y no se cansa. Le he pedido de mil maneras que por favor sea más mesurada en sus bromas y comentarios, que una broma de vez en cuando y en momento oportuno está bien, pero que cuando se convierten en la forma de interacción continua pierden su efecto gracioso. Para todos tiene siempre una frase que a ella se le hace chistosa, pero que nueve veces de diez para los demás es un insulto. Ella se ríe y si nos siente ofendidos le resta importancia y nos dice: «Es broma, no lo tomen tan en serio».

De las bromas, pasa a las imprudencias. «Pensé que estaba usted embarazada, no sabía que había subido tanto de peso»; «Así que eres tú el chamaco con mal aliento, Gloria me ha hablado mucho de ti»; «Me encanta conocer a las amigas de mi hija, qué bueno que te invitó Gloria a la casa, pero te imaginaba más delgada»; y la típica: «¿Quieren que les muestre las fotografías de cuando Gloria era bebé?», y entonces desparrama sobre la mesa imágenes de cuando yo tenía seis meses de edad en donde aparezco desnuda y panza abajo sobre una cama.

Mi madre habla poco de su pasado. Sus padres murieron en un accidente cuando ella tenía veinte años, así que no los conocimos

ni mis hermanos ni yo. Su hermana mayor, la tía Ofelia, se casó con un gringo y vive en Nueva York. Ella es su única pariente cercana con la que hemos convivido. Mi madre se casó con mi padre a los veintitrés años, después de un breve noviazgo de seis meses. Han formado una pareja estable a pesar de lo que les relato, y ha pesado más en su vida lo dulce que lo amargo.

Así es Clementina, mi madre. Exagerada en su hablar, alegre y entusiasta. Bromista e imprudente. Ahora también yo soy madre. Hace cinco años me casé con Gustavo, mi novio de la universidad. Tenemos dos hermosas hijas, Flor de cuatro y Fabiana de dos. Tenemos juntos un despacho de contabilidad y muchos sueños por realizar. Ahora que tengo mi familia he tratado de quedarme con lo valioso de mi adorada mamá. Me he quedado con su carácter alegre, con su optimismo continuo. Pero he sido cuidadosa en la forma en que me expreso de Gustavo y de las niñas. Tengo miedo de que, sin darme cuenta y sin querer, me sorprenda a mí misma haciendo mofa de mis seres queridos y ofendiendo sin pensar a los demás. Le he pedido a mi madre que con mis hijas y con mi marido cuide sus comentarios, que en mi familia tenemos una dinámica de comunicación distinta, en donde la broma es oportuna y nunca reímos a costa de los demás. Ella se ríe y me dice que no lo tome tan en serio, que lo ha hecho sin querer y que me ama.

Creo que de eso se trata este asunto, de perdonar a mamá por todo lo que me ha ofendido sin querer. Se trata de quedarme con lo valioso y transformar el dolor en una lección de vida que me enseñe a mejorar. Se trata de no sembrar rencores ni sentimientos oscuros. Se trata de soltar lo que no es útil para tener las manos libres para recibir lo provechoso.

DECADENTE

*El perdón es la fragancia que derrama la violeta
en el talón que la aplastó.*

Mark Twain

Muchos dicen que han logrado algunos de sus más grandes éxitos gracias a su madre. Yo digo que todos mis logros los he conseguido a pesar de la madre que tuve. Quien me ha conocido en la vida adulta no se imagina el pasado que escondo. No conoce las cicatrices de abandono, traición y humillación que tengo y que han quedado ocultas en la profundidad de mi memoria. Quien se limita a la apariencia se encuentra con un hombre realizado, conservado en salud y cuerpo, bien vestido, con una bella esposa y tres maravillosos hijos que no han hecho otra cosa que llenar de bendiciones mi existencia. Quien se asoma a lo profundo, ahí donde guardo entre penumbras y misterios mis orígenes, se da cuenta del dolor acumulado a lo largo de la vida. Un dolor crónico, persistente, imperecedero.

Mi madre era una mujer muy hermosa. Mi abuelo era de origen español, de un pueblecillo de Asturias, y mi abuela la hija de un poderoso empresario del ramo de la construcción en el Estado de México. Mi madre fue hija única porque mi abuela murió de una enfermedad intestinal ocasionada por una bacteria que se anidó en sus intestinos. La medicina de mitad del siglo XX no fue capaz de curarla. Mi abuelo la llevó a muchos médicos en México y en el extranjero sin encontrar una cura para su mal. Después de su muerte, cayó en una depresión que se vio reflejada en malos negocios y en la pérdida de la mayor parte de su fortuna. A pesar

de estas vicisitudes, mi madre creció entre algodones, bajo el cuidado de nanas y choferes y estudiando en los mejores colegios de la capital. Estudió Arte y Literatura y pasó varios años en los Estados Unidos en una escuela especializada en artes gráficas. El abuelo murió cuando ella apenas había cumplido los dieciocho. Le dejó como herencia la casona de San Jerónimo y varios departamentos en otras zonas de la capital. Ella decidió venderlo todo y establecerse con esos recursos, que para una jovencita sola no eran pocos, en Oaxaca. Esa ciudad siempre le atrajo por su capital cultural y culinario. Mi madre se llamaba Constanza y repito, era hermosa. Mucho, demasiado. Un metro y ochenta centímetros de estatura, cintura estrecha y largas piernas que emergían de una cadera armoniosa. Una piel acanelada de terciopelo, con un rostro de finas facciones coronado por una espesa cabellera oscura. Sus ojos verdes eran profundos y denotaban una inteligencia innegable.

Abrió una galería de arte por la calle de Alcalá y comenzó a viajar por el mundo, trayendo obras de artistas emergentes. Pinturas, objetos de cerámica, tapetes y esculturas de procedencias cercanas y lejanas. Provenientes del lejano Oriente o de los pueblos de artesanos del país. Conoció las grandes capitales del mundo, París, Roma, Tokio, Londres, Nueva York. Se fue haciendo de un nombre en el medio y comenzó a tener clientes de todas partes del planeta, la mayoría turistas que visitaban Oaxaca y se topaban con su galería en el andar. Eran los años setentas, tiempos de luces y sombras, de efervescencia. Un buen día un amigo la invitó a Huautla a comer hongos con María Sabina, la curandera mazateca que ya gozaba de fama. Ese fue el inicio de su romance con los psicotrópicos, con el largo amorío que mi madre tendría a lo largo de los años con cualquier sustancia que al entrar a su cuerpo la hiciera sentirse ligera, incorpórea como espíritu y la elevara hasta el infinito.

Una cosa lleva a otra y su grupo de amistades se fue nutriendo de los más psicodélicos personajes. Algunos portaban largas cabe-

lleras y usaban chalecos tejidos por los indígenas. Otros con pantalones acampanados de terlenka, esa fibra sintética que tan de moda estaba en aquellos años. Mi madre vivía en el piso superior de la galería, en un amplio departamento que decoró con buen gusto y que más que un lugar para vivir, parecía un pequeño museo. Ese departamento se convirtió en el lugar de reunión de los amigos bohemios de mi madre, quienes entre discusiones literarias y vino tinto, fumaban pipas con hachís, carrujos de mariguana o masticaban peyote. Fueron años de locura y libertad que le dejaron como factura el cierre de su galería y la reducción de su capital casi a la mitad. Cuando la fortuna se largó, se fueron con ella los «amigos» y entonces Constanza decidió que era momento de preparar el equipaje y buscar otro lugar en el mapa para establecerse. Quedó muy resentida con aquellos que abusaron de su juventud y de su hospitalidad. Quedó frustrada de cosechar soledad y abandono después de ser generosa con todos. Con dos maletas y el dinero que le quedaba en el banco, se dirigió hacia el norte del país y se estableció en Chihuahua.

Encontró un departamento por la calle Ángel Trías, a unas cuadras de la catedral. Desde ahí comenzó a reinventarse, se mandó hacer tarjetas de presentación como dealer de arte y con los contactos acumulados pudo comenzar de nuevo. Con su porte altivo que reflejaba su buena cuna, de manera inevitable captaba todas las miradas a su paso. Se inscribió en clases de pintura con uno de los más conocidos maestros de la ciudad, quien había expuesto sus obras en famosos museos del país y del extranjero. Su sensibilidad y destreza con los pinceles comenzaron a ser alabadas y su maestro la motivó para que hiciera su primera exposición. Durante el día atendía a sus clientes y negociaba las obras que caían en sus manos. Al caer la tarde se encerraba en su guarida a pintar sin descanso, a plasmar en cada lienzo sus nostalgias, sus angustias, sus dolores. Para inspirarse se tomaba una copa de vino tinto, después dos, a veces cuatro. El vecino del

departamento de arriba, un estudiante de agronomía con el que a veces cruzaba palabras, una tarde le invitó un «churrito» de mariguana y entonces el consumo de evasores regresó a la vida de mi madre.

El día de su primera exposición conoció a un hombre alto y atractivo, de cabello rubio y espalda ancha. Enfundado en un traje de lino color camello llegó al lugar acompañado de un reconocido político de la época. La azul mirada del varón se topó con el verde de los ojos de mi madre y una chispa se encendió. La chispa de una pasión desenfrenada que los llevó a terminar la fiesta en la lujosa habitación del forastero en el más elegante hotel de la ciudad. Parecía que sus cuerpos se estaban buscando desde hacía siglos y que al encontrarse una ansiosa espera encontraba en sus besos la calma. Luciano Grajeda era su nombre. Oriundo de Durango, hijo de importantes ganaderos. Culto, educado en el extranjero y director de un reconocido bufete de abogados asentado en Ciudad Juárez. Le compró tres pinturas y le robó la vida. Se la llevó a vivir con él a una hermosa casa estilo modernista en la ciudad del Paso, Texas. Su bufete estaba en Ciudad Juárez, pero su vivienda en la ciudad estadounidense. Mi madre cargó con sus pertenencias y se dedicó a pintar mientras Luciano estaba en sus asuntos. Se le olvidó preguntarle muchas cosas, estaba cegada por el amor y disfrutando su presente. Pero Luciano era un hombre con un secreto que sería revelado el día de mi cumpleaños número dos.

Constanza se embarazó de Luciano a los siete meses de estar juntos. La dinámica cambió entre ellos y las ausencias del amante se hicieron más frecuentes. El día de mi nacimiento mi padre se encontraba en Durango arreglando los trámites de una herencia. Mi madre me dio a luz a solas en un hospital de El Paso, un catorce de marzo a las seis de la tarde. A su regreso, Luciano llegó cargado de regalos para la madre y para el bebé, pero vacío de interés y de ternura. Mi madre cayó en depresión y tuvieron que contratar

una nana para que se hiciera cargo de mí. Empezó a tomar una copa a media mañana para calmar sus nervios, dos, a veces cuatro. Tomaba antidepresivos con vodka, con vino tinto o con tequila. Fue la época más prolífica de su obra. Durante esos veinte meses pintó doce de sus mejores cuadros. Me pusieron el nombre de Ernesto, en honor a Ernest Hemingway, el escritor favorito de ella. El día que cumplí dos años, ella empacó mi ropa y la suya. Salió de esa casa para no regresar jamás. La noche anterior corroboró sus sospechas. Luciano tenía catorce años de casado con una mujer de Durango con la que tenía tres hijos. El papel de amante y señora de casa chica no le interesó a Constanza y conmigo en brazos se buscó otro destino. Nunca volvimos a saber de mi padre, ni ella ni yo, nunca nos buscó y se lo tragó el olvido.

Mi madre se estableció en Cuernavaca. Rentó una casita de dos niveles. Como antaño, en el nivel superior montó la vivienda y en la planta baja abrió su oficina. Comenzó a promover su obra y la de otros artistas del lugar, fue recuperando contactos de los años pasados y su pequeña galería fue adquiriendo renombre. La alta sociedad de la ciudad la recibió con los brazos abiertos. Tan bella, tan elegante y fina. Esa hermosa mujer con su adorable bebé. Contrató a Bertila, una mujer de sangre indígena, de la sierra de Guerrero, que se convertiría en mi cariñosa nana y un personaje esencial de mi historia personal. Crecí entre los comentarios ocurrentes de Bertila y viendo desfilar elegantes personas por la galería de mi madre. Mujeres con el cuello lleno de joyas, con elegantes vestidos de seda floreada, hombres que descendían de suntuosos carros y que no dejaban de lanzarle piropos a mi madre. Pero ella ya no creía en el amor eterno ni en el amor de un solo hombre. Comenzó a salir con uno y con otro. Un día uno moreno, al día siguiente un rubio. El lunes con un alto, el miércoles con un chaparro. El fin de semana con un viejo, para el siguiente sábado salir con un hombre menor que ella. El desfile de galanes era constante y su vida se hizo nocturna. A veces, cuando regresaba

de la escuela, aún la encontraba dormida en su cama. Crecí protegido por Bertila, quien me contaba historias disparatadas para disfrazar el acelerado ritmo que estaba tomando la vida de mi mamá. Me inventaba historias como que los empresarios trabajan todo el día y solo de noche podían ir a hacer negocios con mi madre, o cuando ya no encontraba qué decirme hacía muecas de disgusto y me decía que los hijos no juzgan a sus mamás. Crecí sintiéndome muy solo. Abandonado.

Cuando terminé la educación primaria, mi madre estaba saliendo con un tipo mucho mayor que ella. Era un político del Estado de Chiapas que tenía una casa de descanso en Cuernavaca. El señor se enamoró perdidamente de mi madre y le pidió que se casara con ella. Era un hombre viudo con hijos ya mayores. Sin embargo, para casarse con ella le puso como condición mi envío a una escuela en el extranjero, porque él ya no tenía paciencia con los chamacos. Mi madre así lo hizo, me mandó a Estados Unidos a un internado y se fue a vivir a Chiapas con ese hombre. Bertila se fue con ella. Siempre me sentí una carga para mi madre. Como si mi existencia hubiera llegado a desbaratarle sus planes de vida, como si le estorbara para ser feliz.

En el internado permanecí cinco años. Solo visitaba a mi madre en Navidad y en Pascua. Sin embargo, esos días me la pasaba solo en la enorme casa chiapaneca, platicando con Bertila o encerrado en mi habitación leyendo. No era alguien bien recibido. El esposo de mi madre no ocultaba su incomodidad ante mi presencia. Para él la que existía era mi madre, esa belleza acanelada que presumía en todos los eventos de alcurnia a los que eran invitados con frecuencia. Mi madre dejó de pintar y arrumbó sus atriles y óleos en el ático. Nunca más volvió a tocar un pincel. Tomaba en exceso, pero como su esposo también lo hacía, se curaban las crudas y exploraban juntos los efectos de las diferentes drogas de moda. LSD, cocaína, marihuana, heroína. Los límites eran desconocidos para ellos.

Cuando salí del internado de Estados Unidos, me mandaron a Francia, me dijeron que era importante dominar varios idiomas y que todo era por mi bien. Pasé dos años en aquel país, realizando visitas anuales a mi madre, quien a pesar de visitar París con frecuencia, apenas tenía tiempo para tomarse conmigo un café au lait frente al Museo del Louvre. Su desprecio y desinterés hacia mi persona se clavaron en lo más profundo de mi corazón. Un buen día me llamó y me dijo que ya no podía sostener mi estancia en Francia. Que me regresara a México de inmediato. Me esperaba hospedada en un hotel de la capital del país. Cuando llegué estaba ebria y en camión. Bertila a su lado, en silencio. Se había separado del político, quien en gratitud por los años juntos le dio una gran suma de dinero y le pidió que abandonara Chiapas a la brevedad. Después me enteraría que encontró a mi madre con otro hombre en su cama. Por fortuna no la mató. Ahí estaba mi madre otra vez sola, ebria, drogada. Con arrugas alrededor de sus ojos y de la comisura de sus labios. Los años y sus excesos se reflejaban en el color cenizo de su piel y en sus ojos sin luz. Esa belleza indomable estaba dejando sus mejores tiempos en el pasado.

Yo ya era mayor de edad y decidí alejarme de ella y fabricar mi propio destino. Renté un departamento en la colonia Condesa y conseguí un trabajo de medio tiempo en una reconocida agencia de viajes. Por las tardes trabajaba y por las mañanas estudiaba administración de empresas en una universidad de bajo costo. La dueña de la agencia era una mujer de unos sesenta años, con apellido de alcurnia y bien relacionada. Mi dominio pleno del inglés y del francés le fascinaba y desde que me conoció sintió simpatía por mí. Años después se convertiría en mi suegra. Así se me pasaron los años, trabajando, aprendiendo a hacer negocios y viviendo un tórrido romance con la hija de mi jefa. Jessica, quien terminaría convirtiéndose en mi esposa, llegó a mi vida para convertirme en mejor persona. Sus abrazos llenos de amor lograron sosegar a mis demonios interiores.

Mi madre se regresó con Bertila a Cuernavaca y yo la visitaba una vez por año para no sentir culpa por mis pocos deseos de verla. Una tarde, Bertila tocó a mi puerta para pedirme trabajo. Me dijo que mi madre se había ido del país y que ella ya no quiso seguirla. Ya estaba vieja y cansada para esos trotes. Con un abrazo lleno de gratitud la recibí y mucho de lo que les cuento me lo ha relatado ella durante las noches en que tomando chocolate caliente nos hemos sentado a lamernos las heridas.

Terminé mis estudios, me asocié con mis suegros y levantamos tres exitosos negocios: una fábrica de calzado deportivo para exportación, un restaurante en Polanco y otra agencia de viajes. Me casé con Jessica hace catorce años y tenemos tres hijos, Ernesto de doce, Daniela de diez y Benito de ocho. Ella se dedica a cuidar de nuestro hogar, jamás le he permitido trabajar. Me da pánico pensar que alguno de mis hijos experimente esa sensación de abandono de parte de su madre como la que yo he padecido. Mi declaración anterior puede resultar egoísta pero es sincera, además siento que Jessica nació para ser mamá, en el ejercicio de su rol como madre la percibo plena, cubriendo con su amor incondicional a nuestros hijos. Bertila murió hace seis años, después de una larga vida de lealtad y de cariño. No solo amó con devoción a mi madre (a la que incluso llamaba en su lecho de muerte), también me amó a mí y a mi familia de la misma manera. Bertila fue como una abuela para mis niños. Murió sin enterarse de la tragedia.

Una mañana de hace dos años recibí una llamada. Eran unos agentes federales estadounidenses. Después de identificarse me dijeron que tenía que ir a Nueva York de inmediato. Se trataba de mi madre. Estaba metida en un grave problema y les dijo que el único familiar que tenía era yo, su hijo. Jessica me convenció de ir, porque yo no quería hacerlo. Me retorció entre el rencor y la vergüenza, se me abrieron heridas que creía cerradas. Encontré a mi madre en un cuarto de paredes grises, con una ventana en una

de ellas, que parecía conectar esa habitación con otra. Su belleza de antaño se había esfumado. Estaba vieja, ojerosa, en extremo delgada y con los brazos llenos de hematomas que revelaban su adicción a la heroína. Enfrentaba cargos de robo, prostitución y trata de personas. Ahí me enteré de lo que había hecho mi madre desde que abandonó México. Se había dedicado a la prostitución, a consumir drogas, a consumir su vida de manera ilegal y miserable. Ahí la encontré decadente, en completo deterioro. Contraté un abogado y, por su edad y sus dañadas facultades mentales, fue confinada de por vida en una institución mental. Ahí pasó los últimos tres años que le restaban de vida. Una fría mañana de enero la encontraron muerta tirada junto a su cama. Es cruel lo que voy a decir, pero cuando la supe muerta una paz me invadió. Como si saberla viva me lastimara, me llenara de angustia el espíritu. Una vez muerta me sentí liberado de una incómoda carga. Como si su muerte me hubiese llenado de paz, me duele aceptarlo, pero así ha sido. A veces me siento culpable, otras veces liberado. Recorro el camino del perdón buscando el consuelo para mis lamentos, la compasión para su recuerdo.

Cuando la gente me pregunta sobre mi madre les cuento la historia que inventé para sobrevivir: Mi madre era una exitosa pintora que se enfermó mientras vivía en Nueva York y que murió de pulmonía en un hospital. Les digo que me amó con locura, que siempre fuimos muy unidos y que la recordaré siempre con mucho cariño. La historia verdadera permanece escondida en las entrañas de mis pensamientos, ahí donde el dolor invocó al perdón durante noches enteras; ahí donde el recuerdo ya no lastima. A pesar de tener una madre así, he podido trascender sus acciones y generarme un destino diferente. Somos historia y somos posibilidad, está en cada ser humano la decisión de qué hacer con sus recuerdos dolorosos. Unos los convierten en resentimiento y vacío. Otros elegimos el perdón y fabricarnos un mejor destino.

INJUSTA

No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón.

Karol Józef Wojtyła, Juan Pablo II

Dicen que soy egocéntrica y que me gusta mucho hablar de mí. No lo voy a negar. Existe en mí una necesidad desmesurada por recordarme a mí misma y al mundo entero quién soy y lo que he sido capaz de lograr. Me ha costado mucho deshacerme de este molde de conducta. He buscado ayuda profesional y me ha encantado, sobre todo porque pago para que alguien escuche hablar de mí durante horas. Necesito cada día de mi vida reafirmarme y sentir que soy valiosa porque en el fondo no me lo creo. Después de deambular por diferentes doctrinas psicológicas y de filosofar largas horas con eruditos en el tema, he llegado a la conclusión de que el origen de mi mal se llama «mamá». Es algo paradójico porque a ratos la amo y a ratos la odio. Vivo para agradarla y siento que jamás lo consigo. Siempre hay alguien o algo mejor que yo y sus comparaciones taladran mi cerebro haciéndome fabricar pensamientos en ocasiones asesinos y algunas veces suicidas.

Clara Solórzano de Urbina es mi madre. Una mujer de sesenta y cuatro años con sonrisa de niña y esbelta figura. Clara Urbina Solórzano mi nombre, y desde ahí empezó mi calvario. Al recibir el nombre materno cargo sobre mis hombros la responsabilidad de ser tan perfecta como ella. Debo llenar de orgullo y dignidad mi nombre y mis apellidos. Sobresalir de entre el todo y jamás

tirarme a la nada. El mismo instante en que me heredó su nombre me heredó sus pensamientos. Se propuso tatuarlos en mi cerebro y lo consiguió. A mis cuarenta y tres años sigo pensando como ella piensa y cuando me descubro pensando diferente me descalifico de inmediato. Tengo que honrar a mi madre. «Honrarás a tu padre y a tu madre», dice el cuarto mandamiento de la ley de Dios. Y como la ley de Dios encuentra su más fiel interpretación en la palabra de mi progenitora, he crecido obedeciéndola en todo. Nunca he dudado de su buen gusto en el vestir y desde que recuerdo me visto como a ella le agrada, durante mi infancia mi madre elegía con cuidado cada prenda que yo portaba según la ocasión. Ahora, y a pesar de que ya pinto canas, sigue pendiente de mis atuendos. Durante la adolescencia osé desafiarla y llegué a comprarme un par de prendas sin su aprobación durante alguna salida con mis amigas, y por supuesto que fueron a parar directo al costal de «donativos» para la casa hogar. Así es mi madre, pero para no caer en mi costumbre de hablar de mí, les hablaré de ella, que para el caso es lo mismo.

Mi madre nació en mil novecientos cuarenta y siete, en un entorno tradicionalista y puritano. Hija de prósperos comerciantes de materiales para la construcción, siendo mi abuelo Gustavo Solórzano un renombrado arquitecto y mi abuela Yolanda una abnegada ama de casa, dedicada a mantener reluciente el hogar y limpios y bien peinados a sus dos hijos. Mi tío Gustavo, el mayor, hijo de la tradición, también estudió arquitectura y fue reconocido a lo largo de los años por realizar importantes y progresistas obras en Guadalajara, ciudad natal de todos los Solórzano. «Clarita», como llamaban a mi mamá, creció como la niña mimada de la familia, inevitable era mandarla a una escuela de monjas y hacerla diestra en la costura, el tejido y la cocina. Su destino sería «un buen matrimonio», el que llegó personificado en Javier Urbina, quien pidió su mano justo el día en que ella cumplía dieciocho cuando él contaba con veintisiete. «Un gran partido», repetía mi

abuela cuando nos contaba la historia de su noviazgo. Desde esos relatos intrafamiliares se gestó la figura de mi padre como la de un semidiós que llegó a la vida de mi madre para convertirla en una digna señora. Quien se siente un par de horas a charlar con mi mamá estará destinado a escuchar la narración de una vida llena de aciertos, llena de bondades, impecable, perfecta... Como ella.

Ser hija de quien no comete errores es desgastante. He crecido llena de temor a equivocarme y aunque dos de mis terapeutas insisten en hacerme creer que lo que mi madre llama «errores» han sido mis más grandes aciertos, me encuentro a mis cuarenta años todavía sin creérmelo y llamándole «errores» a mis supuestos aciertos. Como primogénita y única mujer he tenido que vivir tratando de complacer y superar a mi madre sin conseguirlo. Mi hermano menor, Miguel, se libró de semejante experiencia porque «él es hombre y puede hacer las cosas diferente», según me explicó mi mamá cuando tuve conciencia de la larga lista de diferencias de crianza que existían entre él y yo. Para mi madre la osadía y las agallas le pertenecen al género masculino y a la mujer le favorecen más la sumisión y el recato, «las buenas maneras», como les llama.

Sus estrategias de manipulación son espectaculares. A lo largo de los años ha convencido a mi padre de que él es quien toma las decisiones, cuando todos sabemos que cualquier rumbo que ha tomado la familia lo ha decidido ella en la intimidad de la alcoba. Mi padre, un hombre de carácter fuerte, osado y excelente en los negocios, al entrar al hogar se convierte en un dócil corderito que se escuda diciendo: «En la oficina mando yo, aquí en la casa su madre». Debo aceptar que esto le bajó puntos a los niveles de respeto absoluto que sentía por mi papá, sobre todo cuando permitía injusticias en casa por no suceder bajo su jurisdicción.

Injusta. Si tuviera que elegir una palabra para definir a mi madre sería «injusta». Y cuando lo pienso me ataca la culpabilidad porque es mi madre y siento que no tengo derecho alguno para juzgarla.

Pero el que no me sienta con derecho a pensarlo no ha impedido que lo sienta y lo que se siente es más fuerte que lo que se piensa. Sentía injusto que cualquiera de mis éxitos en la escuela, mi madre los minimizara diciendo: «No estás haciendo ninguna gracia, Clarita, es tu obligación ser buena estudiante, para eso se mata tu padre trabajando, para que aprovechen como debe ser». Ese maldito como debe ser que siempre he encontrado tan ambiguo y sin sentido es una de las frases con las que entretengo mi pensamiento desde que amanece. Despierto cada día pensando si voy a ser capaz de hacer las cosas como debe ser, y cuando pregunto «¿Cómo debe ser?» me quedo sin respuestas. Todavía no entiendo qué eso de como debe ser, y sin embargo la frase me persigue día y noche.

Me casé como debe ser, noviazgo aprobado por mi madre, dos años de relación, petición de mano, preparativos de boda y fiesta con bombos y platillos. Obvio, todo dirigido por mi madre, incluso la confección de mi vestido de novia, que estuvo fielmente vigilada por ella. Muy a mi pesar tuve que terminar la universidad y guardar mi título de abogada en una carpeta de piel negra que me regaló mi padre para dedicarme en cuerpo y alma, como debe ser, a mi matrimonio. Gerardo siempre fue del agrado de mi madre porque era la personificación del hombre exitoso, de buenas maneras y de «buena familia». Siempre fue un gran esposo y procreamos dos hermosos hijos, Liliana y Gerardo. Nos instaló en un hogar con todas las comodidades y se dedicó a trabajar para ofrecernos una vida plena. Pero se le ocurrió matarse en un accidente automovilístico justo antes de cumplir los diez años de casados y me dejó con un hijo en cada mano llorando por su ausencia. Y aquí comienzan mis grandes errores, esos que mis terapeutas dicen que son mis aciertos y que yo no llego a visualizarlos así. Por eso sigo en terapia.

Una vez muerto Gerardo, mi madre insistió en que debía regresar a vivir a la casa paterna. Me negué. Me gustaron tanto los

años que viví con Gerardo en «otra casa», teniendo como única «obligación» la visita de los domingos a la casa de mis padres que no quise regresar a vivir bajo su yugo. Debo decir que mi madre no respetaba esa rutina y se aparecía de vez en cuando entre semana por mi casa para supervisar lo que yo hacía en mi hogar, resaltando siempre mis «áreas de oportunidad», dándome consejos de cómo mejorar en cuanto a la limpieza o el cuidado de mis hijos. Yo ya no quise regresar y eso la ofendió. A esta decisión le ha llamado «el peor de mis errores».

El segundo «gran error» que cometí fue buscar trabajo en un bufete de abogados. Un trabajo de medio tiempo que podía realizar mientras mis hijos estaban en la escuela. Eso la ofendió aún más. Me dijo que pagaría cara mi osadía y que mis hijos me echarían en cara el abandono en el que los dejaba. Resistí a sus críticas colgada de mis aspiraciones. En ese tiempo murió mi padre de un infarto fulminante y entonces cometí el siguiente error: no la traje a vivir conmigo a casa. Hablé con mi hermano Miguel y él estuvo de acuerdo en pagar a una persona para que la atendiera. Para ese entonces Miguel ya estaba casado y con tres hijos, entregado a sus negocios y viviendo en la capital del país. Por dinero no había problema. Mi padre había dejado en bonanza a mi mamá y Miguel estaría pendiente de que no le faltara nada. Mi carrera como «la hija mala» iba viento en popa.

Visito a mi madre cada sábado por la mañana. Mis hijos han crecido cerca de ella. La aman. Ella ha sabido ser una abuela cariñosa aunque rígida en su pensar. A mí me ha ido muy bien como abogada. A los dos años de trabajar como ayudante en el bufete comencé a litigar, hice una especialidad en derecho penal y no me puedo quejar. He sido reconocida a nivel nacional como una de las mejores en mi ramo. Cuando me hacen entrevistas en la prensa o en la televisión, de inmediato llamo a mi madre para compartirle mis hazañas. Pero ella las minimiza, siempre hay un abogado mejor, la hija de una conocida suya ha conseguido mejores casos,

critica mi manera de hablar ante los medios o me compara con otras madres que no trabajan y que se hacen cargo de sus hijos de una mejor manera que yo. No logro convencerla de que he sido valiente, de que soy valiosa. No logro que se sienta orgullosa de mí. Mi hermano Miguel dice que con él es igual, pero no es cierto. A Miguel no le encuentra errores, no lo compara. Es su niño prodigio. Por más que me esfuerzo en compartirle lo que he sido capaz de superar, lo que he sido capaz de aprender, lo que he sido capaz de hacer, mi madre todo lo minimiza e incluso en ocasiones lo descalifica. «Si no fueras tan obstinada no tuvieras que pasar por semejantes cosas», me dice refiriéndose a las arduas batallas que he librado y de las cuales he salido victoriosa. Para ella no han sido crecimiento ni logros, han sido castigos divinos por desobedecerla. Y lo más irónico es que así la amo. Cada vez que la veo muero en el intento por conseguir su aprobación, su aplauso. Nunca lo consigo pero sigo intentándolo. Me consuela que a mis hijos sí les reconoce lo que hacen, los dos ya están en la universidad. Mis hijos han crecido, Liliana estudia Mercadotecnia y Gerardo Administración de Empresas. Ellos van y le cuentan a la abuela su diario vivir y ella los escucha con su sonrisa de niña dibujada en su rostro. Impecable, siempre como recién bañada, lista para recibir a no sé quién que nunca llega. Con su casa en orden oliendo a jazmines y sus uñas recién pintadas de color nácar. Perfecta. Intachable. Aliada con un dios castigador y recordándome de vez en cuando mis pecados.

¿Por qué no me acepta como soy? No lo sé. Se lo he preguntado en varias ocasiones y se queda callada. Me dice que no es cierto, que me ama y que es mi madre. Que una madre ama a todos sus hijos por igual. Pero no es cierto. No sé si nos ama igual a Miguel y a mí, pero sí sé que no de la misma manera. La forma de amarme a mí ha sido exigiéndome una perfección que no he logrado a pesar de mis empeños.

El más reciente de mis «errores» se llama Víctor. Es divorciado y tiene cuarenta y cinco años. Socio de un conocido despacho de contadores de la ciudad. Aún no se lo he contado a mamá. Tengo miedo de volver a ser juzgada y a pesar de que mis hijos están felices con mi relación y de que me siento enamorada y bien correspondida no alcanzo la plenitud. Vivo en el casi. Siento que mi vida es casi perfecta.

Dicen mis terapeutas que tengo que valorarme más. Que tengo que reconocerme que no he repetido el patrón con mis hijos, a los que he dejado realizar a cada uno en su estilo, en su esencia. Que tengo que reconocer mis esfuerzos por salir adelante en un mundo de hombres como mujer profesionista. Que convertí el dolor de mi temprana viudez en fortaleza. Dicen que soy injusta conmigo misma al no valorarme. Eso dicen ellos, pero mi madre dice lo contrario. Ella dice que he cometido error tras error y que un día el ardiente caldero del purgatorio recibirá a mi espíritu. Sin embargo, es mi madre y la amo. A veces, cuando cae la noche y me encierro en mi habitación, pienso en ella y se me hace un nudo en el estómago. Dos minutos después siento compasión. Al tercer minuto la he perdonado y la vuelvo a amar con devoción. Seguiré asistiendo a terapia, continuaré hablando de mí para reafirmarme y para convencerme de que he sido buena persona.

Me descubro cada mañana frente al espejo, eligiendo mi vestimenta del día, preguntándome si mamá estaría de acuerdo con mis elecciones. Me pregunto a menudo si estaré haciendo las cosas «como debe ser». Me sacudo sus ideas y me empapo de las mías. Intento ser yo sin ella. A veces lo consigo, otras no. Me deprimó por no ser la hija que ella esperaba. Me culpo por calificarla como injusta o exigente. Me peleó y me reconcilio con ella en mi interior tres veces al día. Esta es mi lucha permanente y solo espero que el tiempo sea bondadoso y nos alcance lo suficiente para aceptarnos una a la otra antes de que alguna de las dos llegue a la sepultura. No pierdo la esperanza, y les cuento a todos quién

soy y de lo que he sido capaz esperando encontrar en sus comentarios la aprobación que no consigo de mi madre.

Cuando la visito y la encuentro sentada en su sillón favorito, con su peinado impecable y su sonrisa de niña, la abrazo con ternura y le digo que la amo porque, haga lo que haga y sea como sea, siempre la voy a querer como debe ser, porque es mi madre.

EL DESLIZ

*Los niños comienzan por amar a los padres.
Cuando ya han crecido los juzgan
y, algunas veces, hasta los perdonan.*

Oscar Wilde

-Ella no es hija de tu padre, es hija de un desliz de tu madre -me dijo la tía Nadina, hermana de mi mamá.

A mis trece años escuchar tal declaración me pareció un chascarrillo. Pero el tono de la tía, lleno de intriga, no hizo otra cosa que sembrar en mi joven corazón la duda.

Llegué a casa y fui directo a la alcoba de mi madre. Ahí encontré a doña Refugio tendida sobre su catre en la oscuridad. Otro ataque de migraña la atacaba y lo único que hizo fue pedirme que la dejara a solas. Me salí a la calle a patear mi viejo balón de cuero rojo y en cada patada imaginaba estar pateando el trasero de mi chismosa tía. Desde ese día la odio. No soporto estar cerca de ella y mentiría si dijera que no le he deseado la muerte más de una vez en mi vida. Al caer la tarde regresé a casa y me encerré en mi habitación. No quise cenar y puse de pretexto un dolor de panza para evitar convivir con la familia. Por la puerta entreabierta de mi cuarto alcanzaba a observar a mi madre sirviendo la cena, a mi padre rebanando el pan con un cuchillo sobre una tabla de madera y a mi hermana menor, Julieta, sorbiendo su jarro de leche caliente y jugando con la espuma que se quedaba colgando de sus

labios. Julieta tenía ocho años, y según la tía Nadina, no era hija de mi padre.

A la mañana siguiente llegué a la escuela y en el primer recreo me fui directo a la biblioteca. Tomé el primer diccionario que encontré y busqué el término «desliz»:

1. Acción y efecto de deslizar o deslizarse.
2. Desacierto, indiscreción involuntaria, flaqueza en sentido moral, con especial referencia a las relaciones sexuales.
3. Entre los beneficiadores de metales, porción de azogue que se desliza y escapa al tiempo de la operación y limpieza de la plata.

Según la Real Academia de la Lengua Española, mi madre, o se había deslizado por una pendiente, o trabajó con metales, o tuvo una flaqueza moral en referencia a sus relaciones sexuales. Y como ni lo de deslizarse por una pendiente ni lo de trabajar con metales se me hizo hicieron posibles opciones, deduje que la tía Nadina se refería a la moral de mi mamá.

No recuerdo cuántas tardes pasé observando en silencio y con discreción a mi hermana Julieta para después buscar el espejo y observarme durante minutos esperando encontrar algún parecido posible entre los dos. Entonces me di cuenta de que éramos muy diferentes. Julieta rubia, con mejillas que se enrojecían con el sol y con cabellos rizados que le caían sobre los hombros como resortes. Yo en cambio, moreno cenizo, regordete y con labios gruesos. Muy parecido a mi padre, el buen señor Juvenal, dueño de la Ferretera El Tambor, herencia de su padre y en la que yo me visualizaba trabajando en un futuro.

Dos semanas después, volví a casa de la tía Nadina y le pregunté por qué me había dicho que mi hermana no era hija de mi padre y ella se encogió de hombros y me dijo que la «agarré en un mal día» y que habló por hablar. Además me amenazó con decirle a mi madre que le había robado su dedal de oro con el que cosía

(cosa que era mentira) si iba a contar esas intrigas a mi casa. Me quedé callado y con la duda sembrada en mi corazón.

Esa duda me persiguió siempre y pasaron los años sin que yo tuviera el valor suficiente para preguntarle a mi madre si lo que la tía Nadina me había dicho era cierto o si se trató de una mentira. Me quedé con la duda clavada en el pecho y con la sospecha permanente. Transcurrieron los años y me convertí en el ayudante de mi padre en la ferretera. Los días se me iban organizando tornillos de todos tamaños, sacudiendo el polvo de los mostradores y atendiendo a los clientes. Fue entonces cuando sucedió algo inesperado. Una nublada tarde de diciembre en que mi padre me dejó solo a cargo del negocio porque tuvo que ir a una ciudad vecina a cobrar un dinero, se presentó una mujer de edad avanzada, envuelta en un rebozo gris, preguntando por mi madre.

-Busco a Refugio González -me dijo la mujer, volteando hacia el interior del local, como intentando corroborar mi soledad.

-Está en la casa, ¿quiere dejarle algún recado? -respondí.

-Solo dile que «El Chato» ha muerto.

Después salió presurosa de la ferretera como si alguien la persiguiera, como si acabara de arrojar una bomba y no quisiera que se supiera que ella era quien lo hizo. Salté del mostrador y alcancé a ver que se alejaba envuelta en su rebozo a toda velocidad calle abajo. No supe qué hacer. Me quedé paralizado y aquella duda que había estado dormida en mi interior se despertó. Tan pronto dieron las siete de la tarde bajé las cortinas del negocio y a zancadas llegué a la casa. Mi padre regresaría tarde de su viaje y quería encontrar a solas a mi mamá para decirle el recado de la viejecilla. Mi hermana Julieta pasaba unos días en casa de la tía Nadina ayudando con los preparativos de la fiesta del pueblo. Así por fin y a solas, enfrenté a mi madre, quien al escuchar el recado de que «El Chato» había muerto, se sentó de golpe sobre la cama y se persignó. La duda, la rabia, los celos, los más negros pensamientos y la palabra «desliz» pasaban por mi cerebro de

dieciocho años que ya tenía conciencia de las «cosas del amor». Mi madre me miró con sus ojos llorosos para entonces sentarse en una silla de la alcoba y de frente ofrecirme la verdad y desbaratarme la duda.

-Manuel, hijo mío, tarde o temprano lo ibas a saber. «El Chato» es el padre de tu hermana Julieta, hijo, un hombre que conocí cuando tu padre se fue a trabajar a los Estados Unidos de bracero y con el cual tuve una relación fugaz.

Me arrodillé frente a mi madre ante tal confesión y en ese preciso momento los recuerdos acudieron a mi mente como una violenta avalancha que arrasa con todo a su paso. De súbito recordé cuando era un niño de escasos seis años e iba agarrado de la mano de mi madre hacia la plaza. Recordé la imagen de un tipo platicando con mi madre mientras yo corría de un lado a otro persiguiendo palomas entre los jardines. La imagen de mi madre tomada de la mano de ese extraño al que me hacía llamarle «tío». Lo recordé todo con nitidez, como si hubiese ocurrido un día antes, ahí desde las entrañas de mi memoria surgía la imagen de un globo de tres colores amarrado a un largo resorte enredado a mi muñeca, yo lo hacía rebotar con mi mano sentado en una banqueta mientras mi madre y el «tío» se besaban en el resquicio de una puerta. Me dolió el alma, el cerebro, el aliento. Mi madre había engañado a mi padre y concebido la hija de otro. Era una traidora.

Entre llanto y gritos le preguntaba por qué fue capaz de hacer algo así, le recriminé que me usara como tapadera para sus encuentros clandestinos. Ella sollozaba y me decía que una vez que me calmara me explicaría todo. Respiré aire que olía a rabia y me puse de pie con la mirada llena de odio esperando escuchar sus razones.

Fue entonces cuando mi señora madre me contó que ella y mi padre se casaron por compromiso. Ella tenía quince cuando él ya rondaba los treinta. Los padres de mi mamá pensaron que era el

candidato idóneo para esposo por ser un comerciante en ciernes con buen futuro y que le daría una mejor vida que la que pudieron darle ellos. Me describió esos primeros años de matrimonio en que se dedicó a ser una esposa sumisa y fiel, en los que aprendió a cocinar y las tareas de una casa y en los que fue sumamente feliz con mi llegada. Mi nacimiento los unió como pareja y los hizo aprender a amarse, a su manera pero cada día más. Sin embargo, cuando mi padre hizo un par de malos negocios y tuvo que cerrar la ferretera por un tiempo, aceptó la invitación de uno de sus hermanos para irse a trabajar al norte en una fábrica. Le prometió a mi mamá regresar con las manos llenas de dólares para invertirlos en el negocio familiar y volver a echarlo a andar. Todo sucedió tal cual. Mi padre trabajó de sol a sol en aquel país lejano y regresó con todo lo ganado para volver a abrir el negocio que su padre le había heredado. Pero cuando regresó encontró a mi madre con cuatro meses de embarazo y sus entrañas llenas de pecado. Mi madre, por su parte, se encontró con el corazón de mi padre dispuesto al perdón. Así es. Mi padre, al conocer lo ocurrido, cayó en un silencio de tres días con sus noches, para después salir de su mutismo, tomar un baño caliente y decirle a su mujer: «Aquí no ha pasado nada, hay que festejar que vamos a ser padres y voy a querer a ese niño como si fuera mío, lo único que te pido, Refugio, es que nunca vuelvas a ver al desgraciado que te preñó».

Nació mi hermana Julieta, blanca, con pelillos rubios sobre su cabecita. Desde que don Juvenal la vio, se enamoró de ella y prometió amarla y cuidarla cada día de su vida. Nunca hizo diferencias entre ella y yo. Incluso a veces llegué a sentir celos de Julieta porque con ella tenía consideraciones especiales, como permitirle sentarse en sus piernas y plantarle besos en la barba o sacarle un peso de la bolsa del pantalón para ir entre risas a comprarse un dulce. Eso hizo mi padre. Perdonar y seguir vivo.

-¿Y qué pasó con «El Chato»? -pregunté a mi madre sin perder mi tono de reclamo.

—«El Chato» era un bueno para nada, borracho y con hijos en cada pueblo circunvecino. Nunca se preocupó ni por tu hermana ni por mí. Cuando supo que tu padre regresó al pueblo se fue lejos. La vieja que fue a buscarte a la ferretera seguro era su hermana Eduviges, la única que supo de la existencia de la niña. Nunca lo volví a ver, hijo, te lo juro. Desde el día que tu padre me perdonó me he consagrado a amarlo a él y a ustedes. Son lo más valioso que tengo. La culpa con la que vivo nadie me la ha de quitar. Por eso me dan las migrañas, hijo, son dolores de culpa que me acompañarán hasta el día de mi muerte.

Mi padre la perdonó, pero yo no pude. Dicen que un hijo es el más duro juez y en mi caso así fue. No pude soportar seguir viviendo ahí con ella. Julieta me recordaba cada mañana su desliz y su traición. Mi corazón de joven no estaba listo para comprender actos de viejos. Un día cualquiera me levanté muy temprano, empaqué mis pocas pertenencias y les dije a mis padres que me iría a buscar mi propio destino. Mi padre, con lágrimas en los ojos, me recordó que ahí siempre sería mi hogar, y mi madre, junto con mi hermana, se dedicaron a abrazarme y a llenarme de besos la cara entre sollozos. Julieta me colgó un escapulario en el cuello y me besó en la frente.

Ese día empezó mi calvario. Quien vive con el corazón lleno de rencores termina masticando amargura. Me hice de dos amigos en el camino y llegamos los tres juntos a la capital de país. Viví con ellos un par de meses hasta que conseguí trabajo como chofer y pude pagar mi propio departamento. Me puse a estudiar mecánica los fines de semana y pude sacar un título que me llevó a conseguir años más tarde un buen empleo en la industria automotriz. Hice carrera en la empresa hasta ser jefe de taller. Me casé por primera vez a los veinticinco, tuve un hijo que no veo y que el día de hoy andará por los treinta y dos años. En mi segundo matrimonio no tuve hijos, permanecimos juntos tan solo un año y siete meses. En el tercero aguanté un poco más de cinco años,

después me divorcié y de ese matrimonio me quedan dos hijos, Tania de quince y Alberto de doce. Son a los dos únicos hijos que visito de vez en cuando, en sus cumpleaños o en las navidades les llevo regalos costosos para aligerar la culpa de no sentirme un buen padre.

En cada mujer veo a una traidora. La causa de que mis matrimonios hayan terminado en divorcio siempre ha sido la misma: los celos. Vivo carcomido por un miedo irreverente de que me vean la cara de estúpido, huelo la traición en cada movimiento y estoy enfermo de control. No hay mujer que resista semejante dinámica en una relación y terminan por tirar la toalla. No he sido agresivo con ellas físicamente, pero psicológicamente ni hablar. Cada una de las mujeres que se atraviesan por mi camino tiene que pagar el «desliz» de mi madre. En cada mujer veo a doña Refugio y les hago pagar caro su pecado. Julieta nunca se casó. Vivió solterona cuidando a mis padres hasta que cayó enferma. Hace siete años murió de una infección en los pulmones y lloré con los ojos pero en secreto gocé con el alma su partida. Sentí que con ella se iba a la sepultura la prueba de la traición de mi madre hacia mi padre. Mi hermana murió creyendo que Juvenal fue su padre. Pero mis rencores no se fueron con ella a la tumba. Seguían en mi interior y se hicieron viejos conmigo. Hasta que la Navidad de hace dos años, se me ocurrió ir a visitar de sorpresa a mis viejos. Nunca los visité con frecuencia, iba una o dos veces por año al pueblo para averiguar si seguían vivos. Cuando estaba por entrar a la casa, me detuve y observé por la ventana. Ahí estaban mis padres. Juntos. Uno abrazado del otro, sentados en el mismo sofá y cubriendo sus piernas con la misma manta, viendo la televisión. Mi padre pasaba su cansado brazo por la esquelética espalda de mi madre. Después la besó en la frente y ella recargó su blanca cabecita en el pecho de mi papá. Me recargué en la pared y contuve el llanto. Algo sucedió en mi interior. De golpe me abandonaron los rencores. Entré sin tocar la puerta y me arrodillé frente a ellos,

les pedí perdón por mi egoísmo y mis duros juicios. Me volví a sentir niño al estar con ellos. Un niño indefenso que requiere cuidados y ternura. Me abrazaron y me dijeron que me aman. Esa Navidad volví a nacer y desde entonces mi espíritu está en paz.

Don Juvenal tuvo la muerte de los justos, apenas cumplidos sus noventa y cuatro años se fue a dormir después de cenar y nunca volvió a abrir sus ojos. Esto sucedió hace nueve meses. Refugio sigue viva, y la visito cada vez con más frecuencia. Ya está sorda y no ve con un ojo, pero con el que le queda bueno me sigue viendo con amor. Cuando voy al pueblo, vamos juntos a llevar flores a las tumbas de mi hermana y de mi padre, barremos las sepulturas y limpiamos el mármol de sus lápidas. Después regresamos a casa y conversamos durante horas. Mi madre me anda consiguiendo novia, dice que la hija solterona de la dueña de la panadería es buen partido para un muchacho madurito y mañoso como yo. Tal vez ahora sí estoy listo para amar de manera sana a una mujer. Y a mi madre ya no le dan migrañas.

SIN PROTECCIÓN

*El débil no puede perdonar.
El perdón es atributo de los fuertes.*

Mahatma Gandhi

El mundo es un lugar inseguro, lleno de peligros, lleno de personas peligrosas que están siempre al acecho, esperando la primera oportunidad para encajarte sus dientes como lobos hambrientos. El mundo es un lugar donde tienes que cuidarte, desconfiar de todos y estar alerta. Nunca minimices tus miedos, jamás ignores tu intuición. Vive con los ojos abiertos y ponte tu suéter, que si no te lo pones, te pescas una pulmonía y te mueres.

Escribí el párrafo anterior en una hoja blanca, con un lápiz amarillo que me proporcionó la doctora Guízar. Es mi cuarta sesión con ella y creo que por fin me siento a mis anchas con un profesional de la salud. La doctora Guízar es una mujer atractiva que tal vez ronda los cincuenta años. Siempre viste de colores neutros y usa zapatos muy finos. Me gusta, es una mujer elegante. Lo más importante: no me inspira miedo.

Paco, un compañero del laboratorio de análisis clínicos donde trabajo, me la recomendó mucho y no se equivocó. Por primera vez me siento cómodo en presencia de un psiquiatra. He visitado a más de diez a lo largo de mis veintinueve años. Voy porque tengo miedo. Soy un miedoso crónico. La doctora Guízar dice que ella me puede ayudar, pero que yo tengo que poner mucho de mi parte.

Me pone a escribir los mensajes que escucho en mi cabeza y por eso me da las hojas en blanco y me presta su lápiz amarillo. Yo escribo y ella me observa detrás de sus elegantes gafas de marco rojo. Se ha sorprendido de los mensajes que le escribo y me ha preguntado de dónde saco semejantes ideas. Mi respuesta es siempre la misma: de mi madre.

Agustina Somonte Urías se llamaba mi mamá. Conservo en mi computadora miles de fotografías suyas y las observo a detalle cada noche. Sobre todo en las noches de los sábados en que la soledad me asusta y Justina mi sirvienta no se queda a dormir. Soy un miedoso de primera, pero mi madre me dejó semejante herencia y ahora sin ella no sé cómo vivir.

Ella me crió en una cápsula sellada de «amor» donde nunca me pasaba nada, donde no entraba el frío, no entraba el dolor y siempre había tranquilidad. Casi como en su vientre. Tal vez nunca me sacó de ahí. Dice mi abuela que mi madre me sobreprotegió porque a ella la lastimaron mucho y no deseaba para mí las mismas experiencias. Los doctores me han dicho que ella también debió haber tenido una serie de trastornos de personalidad que afectaron su rol de madre y me los transmitió. El hecho es que la vida me da miedo y sufro cada día de mi existencia. Envidio a la «gente normal» que se atreve a caerse, a golpearse y a limpiarse la sangre y sigue viviendo como si nada le hubiese sucedido. Yo no puedo. Me da miedo.

Agustina, mi madre, fue la hija mayor de un matrimonio exitoso en todos los sentidos. Mi abuela Raquel fue una reconocida escritora de novelas rosas durante los años setenta. Mi abuelo Herminio, un rico ganadero que llegó a perder la cuenta de las cabezas que habitaban sus terrenos. Tuvieron otros dos hijos varones, mis tíos Anastasio y Javier, quienes estudiaron agronomía y hoy radican en Estados Unidos dedicados a la industria alimentaria. Agustina era la luz de los ojos de mi abuelo Herminio y la consintió como a ninguno de sus hijos. Sus caprichos eran

órdenes y sus deseos realidades inmediatas. Su infancia y su juventud las pasó junto a sus padres hasta que se llegó el día en que tuvo que abandonar las comodidades de la casa paterna para irse a estudiar a la universidad. Le montaron departamento y le dieron un vehículo para que Agustina no pasara penurias en el transporte público y que se dedicara de tiempo completo a sus estudios. Sin embargo, se les olvidó protegerle el corazón y cayó rendida de amor a los pies de un tal Santiago Juárez, hijo de un vendedor de autos, quien la embarazó para abandonarla después. Ahí comenzó la tragedia de mi madre, quien abandonó sus sueños profesionales para regresar a la casa de sus padres y engendrar al hijo de aquel cobarde.

La muñequita esbelta de piel nácar y estrecha cintura regresó con barriga y llena de achaques, pues el embarazo estuvo lleno de contratiempos y riesgos que la metieron a la cama en reposo durante dos meses, tiempo en que se dedicó a comer todo lo que se le ponía enfrente. Aumentó veintiocho kilos que se le quedaron pegados al cuerpo aún después de parirme. Con mi llegada se fue su cintura, su esbeltez, su juventud y sus anhelos. Nunca debió salir de su casa, jamás debió salir de ese lugar seguro, porque allá afuera es peligroso, porque el mundo es un lugar peligroso donde la traición acecha y el engaño te carcome la piel. Cuentan los abuelos que desde que me pusieron en sus brazos, Agustina se dedicó a cuidarme con devoción. Me regaló su nombre, Agustín, y se concentró en cuidarme de manera obsesiva, pendiente de la mínima necesidad mía. Ella se nulificó para dedicarse a mi crianza y no había en ella más anhelo que el de cuidarme y protegerme. Que yo recuerde nunca me caí, nunca me ha salido un chichón en la cabeza y tampoco recuerdo haber padecido alguna enfermedad severa. Simples resfriados que hacían que mi madre me encerrara en casa a piedra y lodo, cerrando las ventanas y evitando cualquier indicio de viento para evitar que la cosa empeorara. Ella misma preparaba mis alimentos y escribía listas interminables de consejos

y de datos importantes para mi mejor desarrollo. Los momentos inevitables de dolor, como la salida de dientes o la aplicación de las vacunas, eran las pruebas de ácido para mi madre, que no soportaba verme sufrir de esa manera y delegaba en mi abuela Raquel esos menesteres.

«No salgas sin tu suéter; Ten cuidado, te vas a caer; No hables con esa persona, que no sabemos quién es ni qué intenciones trae; Los amigos no existen, solo los conocidos, no confíes en cualquiera; Nadie te va a querer como yo que soy tu madre; El amor no existe, solo el interés; Todos son pecadores; Dios te va a castigar; Debes tener temor de Dios; Nadie te quiere en este mundo más que yo; Nadie te va a cuidar como yo.»

Escribo todos esos mensajes en la nueva hoja en blanco que me ha dado la doctora Guízar. Me pregunta de nuevo quién me los ha dicho y mi respuesta es la misma: mi madre. Entonces ella me dice que si yo pienso que todo eso es verdad y yo respondo que sí. Porque no conozco otra verdad, porque no tengo otra versión de la vida y ella se murió dejándome indefenso sin saber cómo vivir sin su protección.

Mi madre se dedicó a cuidarme y a protegerme de todo y de todos y en sus ratos libres a comer. Subió tanto de peso que la diabetes se hizo presente y con ella una serie de achaques cardiovasculares y urinarios. A una temprana edad tenía achaques de vieja. La abuela Raquel parecía más jovial y sana al lado de su hija. Yo digo que se hizo vieja de tanto cuidarme. He llegado a pensar que se desgastó en semejante tarea que se impuso. Yo pasé mi infancia en casa de los abuelos, jugando de vez en cuando con los hijos de las sirvientas o con alguno de los nietos de los amigos que visitaban a mi abuelo. Solitario, sano y bien protegido. Nunca supe lo que era jugar en el lodo, nunca supe lo que era jugar al superhéroe y mucho menos pude ver las caricaturas de Batman

en la televisión porque mi madre decía que eran de contenido agresivo y poco útil para mi cerebro. Me llevaba a la escuela con enfado y se le hacían eternas las horas que yo pasaba en ese lugar. Varias veces la llegué a observar por la ventana del salón parada en la acera de enfrente, observándome de lejos, vigilando que nadie me hiciera daño. Ella me leía fábulas de La Fontaine y me ponía canciones de Cri-Cri «el grillito cantor», y escuchando esta música me hice un ridículo adolescente miedoso y, al mismo tiempo, sorprendido de que existieran más cosas que las que mi madre me enseñaba. La educación secundaria fue una etapa de cambios, no solo porque mi cuerpo cambiaba, sino también porque me hice menos torpe en mis movimientos y pude hacer un poco de gimnasia sin que mi madre se enterara. «Jamás deportes de brutos, Agustín, mejor juega ajedrez, eso sí es de mentes sabias, lo demás son cosas de bestias y te puedes fracturar un brazo y terminar en el hospital».

Mi mayor travesura ha sido esa, mentirle a mi madre y decirle que iba a jugar ajedrez cuando en realidad asistía a clases de gimnasia. Llegaba directo a la ducha antes de que se percatara de mi sudor, además de guardar mi ropa deportiva en los cajones de la escuela para no despertar sus sospechas. Acudía solo una vez por semana a la clase de ajedrez para evitar ser sorprendido durante las jugadas del domingo con mi abuelo. No llegué a más. Nunca he peleado con otro hombre, nunca he ido a un partido de fútbol, nunca he sangrado por la nariz a menos que el calor del verano se suba a mi cabeza, nunca he escuchado heavy metal ni ninguna otra música diabólica, nunca he dejado de cargar un suéter bajo el brazo aunque estemos en pleno verano, siempre he sido obediente.

Mi madre estuvo protegiéndome de los peligros del mundo exterior y pendiente de todo, pero se le olvidó que no era eterna y se murió dejándome sin su protección. Su afición a la comida y su descuido personal la llevaron a una crisis cardiovascular de la

que ya no pudo salir. Hubo complicaciones severas y termino con diálisis y un doloroso desenlace. Aun en su lecho de muerte no dejaba de repetirme una y otra vez: «Agustín, cuídate, el mundo es un lugar peligroso, no confíes en nadie, nadie te va a querer como yo, escucha tu intuición, debes estar siempre alerta, los demás solo quieren lastimarte, no salgas sin suéter».

Los abuelos quedaron a mi cargo. Recién había cumplido los dieciséis años. Me sentí solo, abandonado. A pesar de estar con mis abuelos, el vacío que dejaba mi madre era inmenso. Me sentí desprotegido y lleno de miedos. Mis tíos insistieron en que estudiara una carrera universitaria y elegí Bioquímica. Los cuatro años que pasé en la universidad me limitaba a salir de mi dormitorio para acudir a mis clases y punto. Los fines de semana iba a la casa de mis abuelos y me encerraba en la alcoba que antes fuera de mi madre a dormir a veces durante veinte horas seguidas. Los abuelos, cada día más viejos y cansados, optaban por dejarme «descansar» y darme los recursos necesarios para que yo continuara con mis estudios. El abuelo murió el año pasado y mis tíos ahora cuidan de la abuela y de mí. He terminado mis estudios y he conseguido un trabajo en el cual me desempeño con orden y discreto éxito, pero siempre necesito que alguien me cuide y hasta el día de hoy sigo aceptando la ayuda y la protección de mis tíos para no sentirme solo en este mundo peligroso que tanto miedo me provoca.

La primera vez que comencé a sufrir de escalofríos, temblores y crisis nerviosas me llevaron con un psiquiatra que lo que atinó fue a darme medicamentos para calmar el cuadro y decirme que estaba enfermo de «mamitis». Eso ofendió a la abuela y nunca regresamos con ese médico. Otra crisis me llegó una mañana durante una clase en la universidad. Los encargados del departamento psicopedagógico me enviaron con otro psiquiatra, quien volvió a recetarme fármacos y a sugerirme una terapia más a fondo. Asistí a un par de sesiones pero me daban miedo los

dientes del doctor y su mirada de búho. Era un hombre corpulento que se asemejaba a un luchador de sumo metido en una bata blanca y me dio mucho miedo. Entonces dejé de ir. Y así sucesivamente, hasta que he llegado con la doctora Guízar.

«El amor no existe, hijo, solo el interés; Tú eres el único hombre bueno de este mundo, porque todos los demás son malos, solo buscan obtener de las mujeres el placer y las abandonan; Nunca te enamores, hijo, no vale la pena; Nadie te va a querer como yo, que soy tu madre.»

A mis veintinueve años soy un ser funcional infeliz. Tengo estudios, trabajo, salud, y mucho miedo. Nunca he tenido novia. Tengo miedo a que me lastimen, como decía mi madre. Hubo una chica, Lupita, de cabellos rizados y negros, que tomaba una clase de química conmigo que me gustaba. Pero el día que me propuse invitarla a salir fui a buscarla a las canchas de tenis donde ella entrenaba y la encontré besándose con un tipo del equipo de fútbol. Mi madre tenía razón, no vale la pena. Además enamorarme me da miedo.

A pesar de amar con devoción el recuerdo de mi madre, a veces siento que la odio por abandonarme, por haberme dejado desprotegido y con la mente llena de ideas enfermas que me han convertido en un ser inútil e infeliz. Pero dice la doctora Guízar que eso no es bueno, que debo perdonar a mi mamá y aprender a hacerme responsable de mí mismo. Que ella lo hizo sin pensar, creyendo que era lo mejor para mí. Dice que las madres muchas veces hacen lo que sienten correcto, pero que a veces se equivocan porque son seres humanos.

Paco, mi compañero de trabajo, se ha dado cuenta de mis miedos. Pasamos mucho tiempo juntos entre jeringas y matraces. Me ha dicho que se le hace extraño que me desmaye cuando me sacan sangre y que no me da miedo cuando yo le extraigo las

muestras de sangre a otros. Le he dicho que no me da miedo que le pase algo a los demás, lo que me da miedo es que me pase algo a mí. Tengo que cuidarme porque ya no está mi mamá para hacerlo. También le he contado a Paco que me gusta mucho la encargada de la farmacia de enfrente, pero que me da miedo hablar con ella. Entonces Paco me ha mandado con la doctora Guízar. Dice que ella me puede ayudar y espero que así sea.

Ayer ya pude cruzar la calle y entrar a la farmacia para platicar con la chica. Se llama Fabiola y tiene veinticinco años. Es rubia, delgada y le gusta jugar ajedrez. La voy a invitar a cenar el próximo viernes, después de mi cita con la doctora Guízar. La doctora se ha ganado mi confianza, me escucha, me siento cómodo con ella. Tal vez es porque es esbelta, de piel nácar y estrecha cintura. Me recuerda a mi madre. Es elegante y me siento protegido cuando estoy con ella. La semana pasada tomó una hoja en blanco y el lápiz amarillo y comenzó a escribir. Le pregunté si no sería yo quien escribiría los mensajes y me dijo que no, que era su turno.

«El mundo es un lugar hermoso, Agustín, lleno de oportunidades. El mundo es un lugar lleno de personas maravillosas de las que puedes aprender mucho. Entre esas personas encontrarás verdaderos amigos, que te acepten y te amen tal y como eres. Tu intuición y tus talentos úsalos para aprovechar las oportunidades que trae la vida. ¡Abre la puerta, corre, siente la lluvia sobre tu rostro, que así como te enfermas te curas! Y por favor, no te pongas suéter, que no se siente igual el agua sobre la ropa que sobre la piel.»

La doctora me lo entregó y lo he leído tres veces al día desde entonces. Lo voy a leer otra vez antes de ir a mi cita con Fabiola, porque hoy quiero robarle un beso, caminar con ella bajo la lluvia, y por primera vez no llevaré mi suéter.

LAS MALAS LENGUAS

El perdón no cambia el pasado, pero sí el futuro.

Anónimo.

Me dijeron que la vieron por la estación de autobuses. Iba vestida con un traje sastre azul y cargaba una pequeña maleta. Dicen que vino a la ciudad solo para visitar al notario porque se han vendido los terrenos de la colonia Rosales que le heredó su padre. Esos terrenos era lo último que ella tenía aquí. El último lazo que la ataba a su pasado. Escuché los rumores de boca de María, la hija del carpintero que vive enfrente de donde vivo con mi hijo Luis y mi marido Carlos. Tengo una familia y ahora también yo soy madre.

Es por eso que a veces me duele más la herida. Esa herida que se abrió y nunca ha cerrado. Esa herida que se alimenta de odio cada vez que me cuentan de ella, cada vez que me dicen que ha visitado el barrio y que no ha preguntado por mí. Esa herida que desde que tuve conciencia del abandono de mi madre no deja de dolerme. Me duele aquí, cerca del corazón, me punza en las noches en que me acuerdo de mi cruel infancia vagando detrás de mi padre mientras él tocaba las puertas de elegantes casas vendiendo enciclopedias. Días de hambre de comida y de hambre de cariño. Por eso ahora que soy madre y que no imagino un día sin saber de mi Luisito menos entiendo que ella se haya laído y que se olvidara de mí para siempre.

Mi historia la he reconstruido con rumores que de boca en boca han llegado a mis oídos a lo largo de los años. Las pocas veces que mi padre abrió su boca para hablarme de mi mamá, lo hizo con insultos y contándome una versión llena de rencores y de traición. Así que un día decidí no preguntarle más, mi padre decidió no volver a tocar el tema y así pasaron los años. Las vecinas del barrio eran las que me contaban cuando ella se aparecía por el rumbo. Una vez fuimos al rancho de mis abuelos paternos y en el cajón de una vieja cómoda encontré una fotografía de la «in-nombrable», como le llaman ellos. En la imagen mi madre estaba de pie, enfundada en un vestido blanco con estampados de flores. Con su cabello negro azabache, lacio, cayendo sobre sus hombros y mirando hacia la cámara mientras esbozaba una sonrisa discreta. A su derecha, mi padre vestido de charro con sus manos detenidas sobre su cinturón piteado, en pose de orgullo. Tal vez se las tomaron un día de aquellos en los que asistían a las charreadas o a las fiestas patronales del lugar. No lo sé. Son solo deducciones mías porque tan pronto me descubrió mi abuela Sara, de inmediato me arrebató la fotografía de las manos y se la llevó a esconder a otro lugar. Recuerdo que le pregunté que si la del vestido de flores era mi madre y me respondió: «Tú no tienes madre, niña, esa mujer no merece que la llares así».

Entonces les contaré la versión que he rescatado entre los rumores, entre los rencores de mi padre y entre lo que el señor cura me ha contado. A veces pienso que el mismo señor cura me ha mentido por lástima, pero aun así me gusta creer lo que él me dice porque es la versión menos cruel. El cura dice que mi madre y mi padre se casaron en contra de la voluntad de mis abuelos maternos. Que mi madre era de una familia de más abolengo que la de mi papá y que jamás los dejaron ser felices. Que mi padre le echaba en cara a mi madre todo el tiempo el rechazo de mis abuelos y que ella se cansó de esa vida de malos tratos y se regresó con su familia. Según el cura, mi padre se encerró conmigo en la casa y

no la dejó volver a verme, pero que ella me quiere y que desde donde está piensa en mí y que se quedó tranquila porque sabía que iba a estar segura al lado de mi papá. Cuando de niña escuchaba este cuento, no puedo negar que se me sosegaba un rato el corazón. Sin embargo, fui creciendo y mi inocencia aminoró, entonces comencé a tener malos pensamientos y la versión de que mi madre estaba muy feliz de saber que yo estaba en buenas manos con mi padre ya no me convenció. En mis noches de insomnio siempre me ha taladrado el cerebro una pregunta: ¿Cómo puede ser capaz una madre de abandonar a un hijo? Cuando era soltera ni idea tenía de la respuesta, pero ahora que soy madre, ¡menos! Es algo que con mi maternidad se hizo aún más confuso, pues al sentir el amor que le tengo a mi hijo Luisito no concibo el abandono de una madre hacia un hijo. Me resulta algo imperdonable.

La versión de las «malas lenguas» es diferente a la del cura. Minerva Bucio Hernández es mi madre. Hija de Teodoro Bucio y de Paulina Hernández. Tercera hija de ese ejemplar matrimonio, con dos hermanos varones mayores y una hermana menor. Dicen que es el vivo retrato de don Teo, como llamaban a mi abuelo materno en la región. Eran los dueños de un ingenio azucarero que daba trabajo a cientos de campesinos de la zona y eran un clan muy respetado. Narciso Farías, mi padre, era uno de esos campesinos asalariados, aficionado a la charrería y amante del dominó, quien osó posar sus ojos sobre el preciado tesoro de don Teo, su hija Minerva. Las malas lenguas dicen que mi padre era muy guapo y que vestido de charro desmayaba a más de una a su paso. Que cuando subía al caballo y mostraba sus destrezas con la cuerda los gritos de admiración de las damas no se hacían esperar. Tal vez eso enamoró a la doncella del palacio, quien sucumbió a los encantos del campesino a pesar de las objeciones de su familia. Una noche en que mi padre salió de la cantina más borracho que una cuba tuvo la gran ocurrencia de visitar a esas horas a su amada

y montado en su caballo la raptó. Aquí es donde yo me pregunto si fue a la fuerza y a golpes o si mi madre se subió al caballo por su propia voluntad, llena de amor hacia su charro. El caso es que la llevó a su humilde vivienda en las afueras del en ese entonces aún pueblo y al día siguiente se presentó ante el clan Bucio Hernández para pedir la mano de la muchacha, aunque para entonces ella ya le había entregado las otras partes del cuerpo. Don Teo no tuvo más que aceptar la situación y con lágrimas en los ojos y dolor en el estómago aceptó acompañarlos a la iglesia para legitimizar esa unión. Eran otros tiempos y el qué dirán era agobiante, así que dieron su brazo a torcer y mis padres se casaron. La boda fue modesta y el vestido prestado por una modista amiga de mi abuela paterna. Para reiterar su inconformidad ante esa boda, mis abuelos maternos no soltaron peso ni prenda para ayudar a los novios. Aun así, dicen los que asistieron que mis padres se veían enamorados y felices. Aunque no fue para siempre.

Doña Renata, una vieja lavandera que hasta el día de hoy asea la casa de mi padre es la que tiene recuerdos más remotos y asegura haber estado presente el día en que mi madre me dio a luz, justo nueve meses después de la incómoda boda. Mi madre es de tez apiñonada y finas facciones, con buenas piernas y muy pulcra. Mi padre es moreno tirándole a oscuro, con facciones gruesas y labios protuberantes que se disfrazan bajo un espeso bigote que conserva hasta hoy en día plagado de canas. Renata dice que me parezco más a mi papá que a mi mamá, y que tal vez por no ser como ellos, los Bucio Hernández desde que vieron mi apariencia me rechazaron. A pesar de ponerme el nombre de la abuela Paulina no llegué a ser considerada una del clan. Recuerdan haber visto a mi madre visitar a mis abuelos llevándome cargada entre sus brazos, pero jamás vieron a mis abuelos maternos poner un pie en el domicilio de mis padres. Mi mamá era la que me llevaba con ellos, ellos nunca vinieron hacia nosotros. Aquí es donde la historia cuadra un poco lo que el señor cura me dice. Mi padre empezó a

beber en exceso y a pasar horas y horas en la cantina jugando dominó. Mi madre pasaba mucho tiempo sola, sin más compañía que mis llantos y mis demandas, y encima de todo eso, el constante rechazo de su familia. La cosa se puso candente cuando comenzó a crecer el pueblo, se industrializó más la zona y llegaron empresas nuevas y con ellas nuevos trabajadores, y entre ellos un tal Gonzalo, gerente de ventas de una harinera. Las malas lenguas cuentan que comenzaron a ver a este hombre rondar la casa de mis padres en horas en que el señor de la casa no estaba. Otros dicen que en más de una ocasión vieron a mi madre charlando con este tipo a través de la ventana de la casa y tomados de la mano. Mientras tanto, mi padre pasaba menos horas en el trabajo, lo que enfurecía al clan Bucio Hernández, quienes le seguían pagando su sueldo intacto por tratarse del esposo de mi madre. Se la pasaba en la cantina perdiendo dinero que no tenía en juegos de dominó y bailando con chicas de la vida alegre. Dicen las malas lenguas que justo en ese tiempo, una tarde el tal Gonzalo se presentó ante mi madre y le propuso escaparse con él. Mi madre, que según la abuela Sara ya estaba pérdida de amor por el forastero, y según el cura cansada de los malos tratos de mi padre, aceptó de inmediato, sin embargo su nuevo príncipe le dijo que «sin la niña», y entonces prefirió ser mujer que madre y se largó con él.

Mi padre me encontró horas más tarde dormida en el sillón de la sala, en la penumbra. Con mis dos añitos a cuestas y sin comer, el sueño me había vencido. Apenas las luces del farol de la calle iluminaban la casa. Leyó una nota que sólo él sabe qué decía y que quemó tan pronto leyó; después me envolvió en una manta para irme a dejar a casa de mi abuela Sara para luego irse a la cantina y ponerse borracho durante más de una semana. Cuentan que compró una pistola y en más de tres ocasiones fue a casa de los Bucio Hernández a tirar balazo y a gritos pedirle a mi abuelo que lo dejara ver a mi madre. Una tarde don Teodoro Bucio se presentó en la casa de mi padre para decirle que se olvidara de su

hija, que ella había comenzado una vida nueva muy lejos y que cuidara de mí. Le ofreció unos terrenos y dinero, pero mi padre rechazó todo y lo corrió de su casa. El tiempo no detiene su curso y los cambios llegan con él. El pueblo se hizo ciudad, los Bucio Hernández vendieron el ingenio y se fueron. Años más tarde se supo que don Teodoro había muerto y que doña Paulina estaba muy enferma. Las personas que vieron a mi madre en la estación de autobuses dicen que vino porque la abuela se murió y que ella y su familia ya no quieren tener nada que los una a este lugar que tan malos recuerdos les trae.

Mi padre todos estos años ha hecho lo que ha podido. Está muy enfermo del hígado y por eso ya no bebe, pero quedó borracho de resentimiento. Nunca se volvió a casar y si amores le he conocido han sido de una noche o de cantina, jamás algo serio. Abandonó la charrería y es velador de obra en una construcción. Yo crecí entre la casa de mi padre y la de la abuela Sara, quien está vieja y achacosa pero sigue viva y muda, sin decirme jamás una palabra sobre el asunto de mi madre. Yo por mi parte estudié la secundaria y después me metí a trabajar en una fábrica de dulces. Ahí conocí a Carlos, mi marido. Cuando cumplí los dieciocho nos casamos. Ahora tengo veinticuatro y mi hijo Luis recién cumplió dos añitos. Me salió apiñonadito, a la mejor un gen de mi mamá lo acarició. Creo que me casé muy joven buscando formar una familia propia. Para sentirme completa. Porque siempre me he sentido incompleta, como si me faltara un pedazo en el corazón.

No sé si mi madre me abandonó por un hombre o por una mejor vida. No sé si mi padre me retuvo a la fuerza o ella no tuvo fuerzas para venir a buscarme. Lo único que sé es que hoy he decidido perdonarla porque no quiero que mi hijo tenga una madre llena de rencor. Fui con mi hijo a la estación de autobuses y me senté en una banca a observar a la gente. Mientras Luisito chupa una paleta mi mirada se pierde en el vacío. Comienzo a

sentir una paz desconocida. Lo levanto entre mis brazos y lo abrazo con todo mi amor. Al abrazar a mi hijo imagino que es mi madre quien me abraza de la misma manera. En ese abrazo me libero de ella y me reconcilio con su recuerdo. Por si alguna vez aparece y me busca que me encuentre entera, sin heridas, lista para entregarle este amor de hija que solo a ella le pertenece.

LA MÁS NEGRA DE LAS OVEJAS

Se perdona cuando se ama.

François de La Rochefoucauld

Desde pequeñita he intentado ser de su agrado, pero siempre existe alguien mejor que yo ante sus ojos. He crecido con una sensación de insatisfacción interior y con el corazón lleno de envidia hacia los demás. No me gusta la felicidad de los otros y menos si se trata de la felicidad de mis hermanos. Ellos siempre han sido mejores que yo. Al menos es lo que me ha hecho sentir mi madre desde que mi mente fabrica recuerdos.

Mi madre se llama Lucía y es de origen humilde pero con ínfulas de realeza. No sé de dónde le viene esa creencia de que su sangre es azul y se pavonea por la vida con altivez y sintiendo el derecho de criticar, medir y analizar la vida y la moral de los demás. Pulcra y altiva, discreta y manipuladora. Así es ella. Sin embargo es mi madre y la amo. No puedo negar que hay momentos en que quisiera que ya su cuerpo se convirtiera en polvo para que con ella desaparezca este sentimiento de insatisfacción imperecedera que se apodera de mí. De inmediato me arrepiento de mis espantosos deseos y me siento mala hija. Así es que entre la culpa y mi pobre autoestima me he convertido en una mujer insegura y envidiosa a la que le ha hecho mucha falta el amor de su mamá.

Mi padre de ser macho alfa con el paso de los años se convirtió en manso cordero que acepta todo lo que ella propone y para evitar los conflictos con ella se ha limitado a ceder en todo para

mantenerla contenta. Aunque la conoció en una fiesta de pueblo en medio de cumbias y danzones y vestida de segunda mano, ella le ha hecho creer a mi papá que al conocerla se sacó la lotería, como si mi padre proviniera de un mundo plebeyo y ella fuera descendiente de una monarquía. Mi padre se tragó el cuento y lo ha sabido manipular con su intachable conducta de mujer decente, entregada a sus hijos y a su hogar, el cual está siempre impecable, sin trastos sucios sobre la mesa y sin ropa sucia en los canastos. Todo en su lugar, todo en orden. Así ha disfrazado mi madre su necesidad de control desmesurado que algunas veces obtiene con silencios, en otras con gritos y cuando ya no le queda más, inventándose enfermedades o dejándose caer llorando como niña de tres años a pesar de tener sesenta y ocho. Alejó a mi padre de sus padres y de sus hermanos diciéndole que son gente conflictiva y que es mejor tenerlos lejos.

Ella es la perfección absoluta, la moral intachable, la rectitud y la bondad personificada. Su mensaje social siempre ha sido: Soy Lucía, madre entregada, esposa fiel, amiga amorosa, buena hija y con dignidad cargo mi cruz.

Está claro que su cruz somos todos los que nos hemos atrevido a hacerla sufrir. Primero mi padre, que como empleado de oficina gubernamental no le ha podido dar más que una vida modesta. Sin lujos pero con comodidades. Sin embargo mi madre nunca ha estado satisfecha. Cada vez que visita la casa de un familiar o amigo regresa hablando de lo hermoso que son sus pisos, sus muebles y que le encantaría tener unos iguales. Mi padre hace lo que puede y trata de complacerla hasta donde sus posibilidades se lo permiten, pero ella siempre está deseando lo de otros. Lo más interesante es que a pesar de que la familia de mi madre es de origen modesto, incluso tirándole a pobre, ella siempre se conduce por la vida como si perteneciera a una estirpe acaudalada.

Mi padre es hijo de comerciantes de telas y nunca ha ocultado las miserias de su infancia. Por el contrario, él se siente bendecido

de haberse superado y lograr darnos a su familia una vida mejor que la que le dieron sus padres. A esto mi madre le quita valor, lo descalifica y le insiste en que no hable ya de esas cosas, que la gente no tiene porqué saber semejantes historias. Y que además gracias a ella es que mi padre logró salir del agujero en el que creció. Está por demás decir que nunca nos ha permitido a mis hermanas y a mí visitar con frecuencia a la familia de mi padre. Para ella esa es «gente diferente» a nosotros.

La cruz que mi madre carga también soy yo, que para su pesar soy muy distinta a ella. A mí me gusta hablar de frente, llamarle a las cosas por su nombre y no me detengo mucho en reflexionar sobre lo que los demás opinan de mí. Soy la más negra de sus ovejas, la que se parece a mi padre y no a ella, la que es audaz y que a veces no piensa lo que dice o hace. La que se salió de su control. No sé si mis otras dos hermanas también sean consideradas como parte de su cruz, porque ellas se han dedicado a alimentar la leyenda de la Lucía intachable llena de virtudes y mártir del clan familiar. Liliana y Faustina han sabido vivir como a mi madre le gusta, obedientes, calladitas y pidiéndole autorización para cada decisión que toman. A mi hermana Liliana, la que me sigue en edad, mi madre le sigue comprando sus calzones. Hasta esos confines llegan sus necesidades de control. A mí eso me da risa, hace muchos años que yo no le pido su opinión para nada. Ya lo hice mucho tiempo y me cansé de que si mi rumbo era bueno se adjudicara el éxito (porque gracias a ella yo lo había logrado todo), y si mi rumbo era desfavorable no dejaría de recordarme lo tonta que soy. A su cruz también debo agregar a mi abuela, que a sus casi noventa sigue con vida y a la que cuida con devoción para que todos digan lo buena hija que es. En el fondo yo sé que mi madre está cansada de cuidarla, que le gustaría que alguno de sus dos hermanos le ayudara en la tarea, pero eso también sería perder el control y permitirles a otros que alcancen la gloria eterna con sus buenas acciones.

Cuando pierdo el control y me confronto con ella pasa como ya les conté, del silencio al grito, del grito al llanto y después se tira al suelo como niña llamando la atención de todos los presentes para quedar como la víctima y hacerme sentir culpable de sus achaques. Cae enferma y ya no recuerdo cuántas veces me ha dicho: «Silvana, un día de estos me vas a matar». Pero, ¿qué he hecho yo para que ella sea así? Les cuento.

Creo que es porque me parezco a mi padre, tengo sus mismos pies y su mismo andar por no dejar de lado sus ojos y la manera en que nos mordemos el labio inferior como un tic nervioso. Tal parece que le recuerdo que en su primogénita venció la genética de Víctor (así se llama mi padre) y no la suya. Cuentan que mi parto fue muy doloroso y que los primeros tres meses de vida me cuidó mi abuela porque ella estaba deprimida por haberse convertirse en madre. Ahora la psicología moderna le llama depresión postparto, pero para el caso es lo mismo. Mi madre se puso triste con mi nacimiento. He de decir que mi mamá era muy joven, pues cuando nací apenas había cumplido los veinte. A los cuatro años nació mi hermana Liliana y dos años más tarde Faustina la menor. Dice mi madre que esos dos embarazos los vivió entre algodones, sin achaque alguno y con partos bondadosos al grado que al día siguiente ella estaba de pie y amamantándolas. Como la hija mayor, desde temprana edad fui llamada a aprender los oficios del hogar y plancho ropa desde los ocho y preparo huevos con jamón desde la misma edad. Mi deber como hija era ayudarla a cuidar de mis hermanas menores y asistir a la escuela de monjas a la que me mandó para alejarme de malas costumbres y pensamientos. Por fortuna siempre he sido curiosa y tan pronto aprendí a leer acudí a la biblioteca, conocí desde temprana edad *Las aventuras de Huckleberry Finn* de Mark Twain y comencé a soñar con recorrer la ribera del Misisipi escapando de las monjas y de las rutinas de mi hogar. Siempre he sido una soñadora irreverente y la lectura ha sido mi pasión.

Cuando comencé la educación secundaria ya me había hecho fama de rebelde entre mis familiares y amigos y no dudaba en inventar historias para escaparme de clases y largarme con amigos a pasear por la ciudad. Cada vez que la directora del colegio mandaba llamar a mi madre y la enteraba de mis hazañas los castigos no se hacían esperar. Mi madre descargaba de sus tareas domésticas a mis otras dos hermanas y las depositaba sobre mis hombros y no había otra opción que obedecerle y asumir las consecuencias. Mi forma de vestir le molestaba, mis amigos no eran de su agrado y mis aspiraciones menos. Ella insistía en que yo tenía que acercarme más a Dios y pedirle que salvara mi alma del pecado. Cuando cumplí los quince años se sentó conmigo en la sala a solas y me dijo que yo era poseedora de un tesoro llamado virginidad y que no debía entregarla a nadie hasta que saliera de la mano de un buen hombre después de habernos declarado nuestro amor frente a un altar. El sexo era para los animales. En los humanos era para la concepción de la familia y entonces ella misma se ponía de ejemplo en el relato recordándome por enésima vez lo buena mujer, madre e hija que es. Tan pronto terminé el bachillerato salí disparada de mi casa apoyada en un beca que obtuve en una universidad que estaba en una ciudad lejana, a cinco horas de mi madre y de sus ideas. Esto tampoco fue de su agrado.

Comencé a estudiar y a trabajar al mismo tiempo. Durante las mañanas asistía a la universidad y por las tardes ayudaba a un diseñador gráfico en su estudio. La carrera que yo elegí fue la de publicidad y lo que aprendí en ese primer empleo complementó muy bien mi formación. Obtuve mención honorífica al terminar mis estudios y logré acomodarme en una agencia importante de la capital como ejecutiva de cuenta. Esto tampoco fue de su agrado. Mi madre no perdía la esperanza de que yo regresara a casa, para ayudarla con mis hermanas y a cuidarla a ella como lo hace una buena hija.

Una ocasión fui a visitar a mis padres y llegué cargada de regalos. Perfumes para mis hermanas, corbatas para mi padre y un hermoso vestido fino de diseñador para mi mamá. Estaba segura que le gustaría mucho, pues lo elegí de entre muchos con todo esmero, era discreto, elegante y de tela exquisita. Cuando lo abrió no hubo expresión alguna en su rostro, con un «gracias» insípido lo regresó a la caja y fue a guardarlo en su habitación. Nunca se lo puso. Nunca lo ha usado. Sin embargo, cualquier obsequio de parte de mis hermanas es aplaudido y bien apreciado por ella, de inmediato lo usa si es el caso y no deja de presumirlo entre sus amistades.

He tenido grandes éxitos profesionales en mi vida laboral. He sido ganadora de premios y de importantes sumas de dinero por mi desempeño en la publicidad. Mi padre me dice que mi madre no deja de hablar de mí en mi ausencia. Que ante conocidos y extraños presume mis logros. Pero a mí nunca me ha dicho nada. Nunca me ha reconocido esfuerzo alguno frente a frente. Sus abrazos se limitan a ser muestras de bienvenida al llegar y de despedida al irme, pero jamás brotan de la nada, por el simple hecho de ser madre e hija. Jamás.

Lo primero que observa al mirarme son mis defectos: «Silvana, ese saco no te va»; «Silvana, ese coche que te has comprado no es muy seguro»; «Silvana, deberías ser más discreta con tus risas»; «Silvana, ese corte de pelo no te queda». No recuerdo haber escuchado de ella un «bravo» o un «bien hecho». Cuando la invito a ir de vacaciones conmigo a la playa o a algún lugar remoto siempre tiene excusas. Nunca puede. Pero con mis hermanas sale de manera frecuente de paseo y además regresa contenta a platicarme lo bien que la pasaron. No sabe estar conmigo, o yo no sé estar con ella. Siento que no soy de su agrado, que hay algo en mí que no la convence. Creo que no soy la que ella esperaba que fuera. Lo único que ha generado su manera de quererme es que yo viva envidiando a mis hermanas y a todos los que gozan de sus atenciones. Me

hice competitiva y no me gusta la felicidad de otros. Me da mucho coraje que no valore mis regalos, que prefiera estar con otras personas que conmigo, que no reconozca mis logros, que me valore tan poco.

Me dice que me he alejado mucho de mi familia. Que soy una mala hija. Que por eso estoy sola. Evito ir a verla porque me lastima. Me duele que sea así conmigo. Me he refugiado en mi trabajo, en mis amigos y en mi padre. Con él hablo una vez por semana porque es el único que nunca deja de decirme lo mucho que me ama. Está muy contento porque le he dicho que he comenzado a salir con Gabriel, un abogado español que conocí en mi último viaje a Madrid. Dice que lo lleve a casa, que a todos les dará mucho gusto conocerlo. Pero yo tengo miedo de hacerlo. Me da pavor que Gabriel se dé cuenta de que no soy del agrado de mi madre, me da pánico pensar en que mi madre le ponga enfrente la lista de mis defectos uno por uno. Si esta relación se afianza no tendré más opción que asumir tal faena. Mientras tanto prefiero verla poco, pensarla mucho y amarla siempre.

Quiero sacar poco a poco de mi interior este ardor que me consume, esta rabia que me estruja y esta envidia que me asfixia. Quiero reconciliarme con ella y lograr aceptarla como es, aprender a amarla así, chantajista y manipuladora, inconsciente e insatisfecha, hipocondríaca y llorona. Quiero pensar que lo hace sin querer hacerlo, perdonarla para que ya no me duela su actuar. Liberarme del rencor porque dicen que si no se lo saca uno del alma, se enferma el cuerpo.

A veces sueño que estoy en su velorio. La veo pulcra y pálida dentro del ataúd con el vestido que le regalé puesto. Otras veces sueño que viene a buscarme y me trae ese vestido para regresaármelo y que yo me lo pongo. Con ese vestido puesto me veo frente a un espejo y está hecho a mi medida, como mandado a hacer para mi cuerpo. Despierto. El vestido no está y mi madre no ha muerto. Sigue aquí por la vida, lastimándome sin querer,

hablando de mí sin conocerme y presumiendo mis logros con extraños. Tal vez sea esa su forma de amarme, y no es la que yo esperaba. Tal vez no soy lo que ella esperaba, pero la amo porque es mi madre.

CONCHITA

*Sea vuestro pecho de bondades nido,
no ambicionéis lo que ninguno alcanza,
coronad el perdón con el olvido
y la austera virtud con la esperanza.*

Juan de Dios Peza

Algo le pasó a Conchita que perdió el entusiasmo y se le consumió la esperanza. A Concepción de los Ángeles Madero Zúñiga solo le duró la felicidad los primeros cinco años de su longeva vida. Esos primeros cinco años de su vida en los que su papá Carmelo la paseaba por los campos recolectando zanahorias que salían de entre los surcos impregnadas de tierra. Esos años en los que su mamá Eufemia la esperaba junto al comal para darle un taco con frijol recién cocido. Apenas cumplió los cinco, papá Carmelo se fue para siempre. Mamá Eufemia le dijo que lo mató un coyote una noche que regresaba borracho del pueblo y con esa historia creció. Mamá Eufemia se volvió arisca y malhumorada y dejó de darle tacos y de jugar con ella. Ni Conchita, como la llaman de cariño, ni sus dos hermanos más pequeños preguntaron nada y crecieron ayudando a mamá Eufemia en las tareas del campo y del hogar, hasta que justo al cumplir los doce una vecina del rancho le dijo a Conchita que no hubo coyote ni muerte, sino una morena de anchas caderas que enredó a Carmelo entre sus caderas y se lo llevó para siempre. Conchita empezó entonces a tener problemas de habla. Se hizo tartamuda y le costaba mucho hilvanar

conversaciones largas. Mamá Eufemia vio que el cuerpo de Conchita se ensanchaba, que los pechos le crecían y que la menstruación se hacía presente y comenzó a buscarle hombre. Eran esos tiempos y lugares en los que ya estaba escrito el capítulo siguiente de cada hijo. Esos años en los que la voluntad era la de los mayores y los deseos de los adultos. Conchita aprendió a preparar el comal y el nixtamal para las tortillas. Se hizo diestra en cocinar salsas de chiles diferentes, desde las dulzonas de pasilla hasta las picosas de habanero. Se hizo experta en el uso del azadón levantando la mala yerba y recolectando cebolla y garbanzo para luego ir a venderlo al pueblo cada domingo en la romería. Se hizo triste, taciturna y silenciosa. Apenas abría la boca y las palabras se le enredaban en la lengua. Mejor callar que pasar vergüenzas. Mamá Eufemia le encontró prospecto justo dos meses después de que Conchita cumplió los diecisiete. Fabián Valenzuela, de treinta años y dueño de una tienda de abarrotes en un pueblo vecino. Un gran partido para una chiquilla medio muda, medio flaca, medio viva. Conchita obedeció los mandatos de su madre y se casó con ese hombre más mayor y más vivido. A los pocos días de estar con él, se dio cuenta de que no lo amaba y refugiada en su silencio empezó a pensar en escaparse. Al cabo la gente diría que la mató un coyote y no pasaría más. Por las noches, después de cumplir con sus obligaciones de mujer, se tapaba la cara con la manta y se ponía a tramar su escape. En un par de semanas juntaría el dinero suficiente para comprar un boleto a Pachuca, la capital del estado. Cada mañana sustraía un par de monedas de la caja de la tienda de abarrotes y tenía su guardadito. Ya faltaba menos, solo unas monedas más y un poco más de valor y se largaría muy lejos. Allá donde tal vez podría hablar con soltura y encontrar a la morena que se llevó a su papá.

Justo cuando las monedas fueron suficientes y el valor el necesario, se dio cuenta de que estaba embarazada. Y mientras Fabián y mamá Eufemia danzaban de felicidad ante la noticia del futuro

nacimiento, Conchita se moría por dentro, se quedaba sin fuerzas para dejar a un hijo sin padre. Se quedó con Fabián y, entonces, nació yo.

Fabián, mi padre, era un hombre de anchos hombros y de buenas maneras. Le gustaba fumar cigarro sin filtro y cantar con mariachi en las fiestas. Alegre y dicharachero. Nadie comprendía cómo seguía con mi madre, que además de tartamuda y silenciosa se volvió desconfiada y enfermiza. Para mi padre siempre existía un mejor mañana y cualquier dolor era una lección de fortaleza. Para mi madre la vida es un pesar, el mañana no existe y no debes confiar ni en tu propia sombra que te abandona tan pronto llega la oscuridad absoluta.

Con la noticia de mi nacimiento mi padre fue el hombre más feliz de la tierra, me puso su nombre, mató un puerco e hizo fiesta durante dos días. Invitó a mamá Eufemia y sus otros a vivir con nosotros. Pasó del surco al pavimento a la familia entera y les ofreció comodidades que nunca antes habían conocido en el rancho. Teléfono, televisión y agua potable. Mamá Eufemia murió feliz cuando yo tenía ocho años. Tengo pocos recuerdos de la abuela, pero por las pocas fotografías que conserva mi madre he aprendido a reconfigurarla en mi mente. Mis tíos Joaquín y Joel, hermanos menores de mi mamá, crecieron, se hicieron hombres, se robaron a las novias y se fueron para la frontera. Uno vive en Tijuana y el otro en Nogales. Mi hermana Candelaria nació dos años después de mí. Ha sido mi compañera de juegos, mi mascota y mi mamá en ocasiones, hasta el día de hoy me regaña según ella y me da buenos consejos. Creo que uno al otro nos dimos ese cariño de madre que estuvo ausente en nuestras infancias. Mi madre se limitó a alimentarnos y mandarnos a la escuela y pasaba las tardes ayudando a mi papá en las labores de la tienda. Candelaria siempre ha sido lo opuesto de mí, alegre, juguetona, bailadora y atrevida. Salió a mi padre. Coqueta desde chiquilla, se enamoró muy joven de un soldado, se casó después de un breve

noviazgo y ha formado una familia bonita con dos preciosos niños y vive en la capital del país. La veo poco pero cuando eso sucede la disfruto mucho y no dejo de sentir en mi interior una inmensa gratitud por su presencia.

Mi padre murió hace cuatro años. Una afección coronaria lo derribó. Lo extraño mucho. Mi madre vive en la misma casa y la tienda sigue abierta a pesar de que los tiempos han cambiado y los grandes supermercados han invadido las ciudades. Ella la mantiene con los pocos fieles clientes que le quedan y como dice «para entretenerse en algo». Lo tartamudo lo fue perdiendo a lo largo de los años, tal vez cuando se resignó a esa vida junto a mi padre que a final de cuentas resultó ser un buen hombre. Pero el entusiasmo y la esperanza no los recuperó jamás.

Desde que tengo uso de razón todos sus mensajes han sido hasta cierto punto crueles para mí. Si soy sincero a plenitud puedo decir que se ha dedicado a humillarme. Me educó con gritos y con insultos. Hubo faltas que no consideré graves, como comer una rebanada más de pastel o esconder un dulce bajo mi almohada, que para ella fueron agravios mayores como para mojar una cuerda y pegarme con ella en la espalda. No sé qué me dolía más, si su frialdad o sus golpes. Al menor error de mi parte expresaba una completa desaprobación hacia mi persona, de manera letal y contundente. «Eres un estúpido», «No sirves para nada», «No sé para qué pierdo mi tiempo contigo», «Nunca llegarás a ser nadie». Cada una de sus frases se me tatuaba en el alma y en lo peor, en la conducta, porque hasta hoy en día deambulo por la vida sin valorarme a mí mismo. Mi padre nunca intervino porque, de hacerlo, la furia de doña Conchita se dirigía contra él y entonces la cosa se ponía peor. Mi padre se limitaba a irse a la tienda para, horas más tarde, ya que había bajado la marea, buscarme, regalarme unas monedas y acariciarme la cabeza pidiéndome que la comprendiera y que ya no la hiciera enojar.

He llegado a la conclusión de que mi padre amó a mi madre con locura y que a mi madre no le quedó otra que aprender a quererlo de manera resignada. Lo peor vino cuando crecí y comencé a tener aspiraciones y deseos de superarme. Todo lo que le platicaba estaba mal. «Tú no sirves para eso, Fabián, eres muy menso», «Esa carrera es para hombres inteligentes, tú no vas a poder con eso», «Pero si ya sabes que eres tonto, para qué lo intentas», «No vas a poder», «Te va a ir mal», y muchas frases más por el estilo. Mensajes hirientes para mi autoestima. Su crítica destructiva. Su desesperanza y su falta de entusiasmo. A pesar de ella y a pesar de sus mensajes, seguí luchando y entre acierto y error pude terminar mi licenciatura en mercadotecnia y comencé a trabajar en una empresa de electrodomésticos. Me hice disciplinado, en apariencia fuerte y aguanteador. Pero por dentro sensible y temeroso. No soporto ver que alguien le grite a un niño ni mucho menos que le pegue. Soy caballeroso, afable, tenaz y comprometido. Meticuloso en todo lo que hago porque me da miedo cometer errores y tengo un miedo permanente de que alguien me grite o me diga que soy estúpido.

Una vez llegué a visitar a mi madre para contarle que me habían ofrecido un mejor puesto en la empresa. «Ya llegará alguien mejor que tú y te lo quitará tarde o temprano», me dijo. El día que compré mi primer coche fui hasta la tienda por ella y la llevé a dar un paseo. Se limitó a decirme: «Ten cuidado, porque seguro te lo van a robar o lo vas a chocar, ya ves que eres muy menso para manejar». Cuando conocí a Ana Luisa, mi esposa, se la llevé a presentar y lo que atinó a expresar fue: «Pues a ver cuánto te aguanta, porque no creas que es fácil convivir con alguien como tú». Cuando me despidieron de aquel trabajo en la empresa de electrodomésticos, busqué su consuelo y lo que me dijo fue: «¿Ves?, siempre has sido menso, y eso que en ese trabajo sí duraste mucho... yo pensé que te iban a despedir enseguida».

Entonces, convencido de que algo le pasó a Conchita que le hizo perder el entusiasmo y la esperanza una tarde de diciembre me senté en su casa a platicar con ella. Esa tarde que se convirtió en noche, de su propia boca escuché la historia que les he narrado. Ese día comprendí muchas cosas de mi madre. Nadie es como es porque le da la gana, siempre hay una historia que explica el porqué. Somos presente, pero también somos historia. Esa noche aprendí a ver a mi madre con diferentes ojos, a escuchar sus palabras con diferentes oídos. A ver más allá de lo que veo, a escuchar más allá de lo que habla. Enfundada en su vestido gris, largo hasta la pantorrilla y con sus manos huesudas se puso de pie y me abrazó.

-No seas menso, Fabián, soy tu madre, ¿cómo no te voy a querer!

-Tienes razón, mamá. No me hagas caso. Gracias por todo.

Comprendí que en su muy particular manera de amarme, y a pesar de todo, mi madre me ama y yo la amo a ella.

Pasé la noche en su casa y al día siguiente llegué a mi hogar. Ana Luisa me esperaba con unos chilaquiles recién preparados y un vaso con jugo de naranja. Había llevado a nuestra hija a la escuela. Tengo una hermosa familia, una esposa amorosa y una maravillosa niña de dos años que me tiene loco de felicidad. Mi manera de amar a mi hija es diferente de la manera en que mi madre me ha amado. Quiero una herencia emocional más sana para mi pequeña Sofía.

Desde esa noche de confesiones comprendo más a mi madre, la acepto tal y como es y ya no espero que cambie algún día. Me cayó el veinte como dicen por ahí, y me di cuenta de que nadie es como es porque se le ha ocurrido, sino por lo que le ha ocurrido es como es. Somos presente, pero también somos historia. Ahora comprendo por qué mi mamá Conchita se quedó sin entusiasmo y se le escapó la esperanza. La comprensión es el estado emocional más pleno, porque comprendiendo se libera y se transforma el ser humano. Por eso ahora cuando voy a visitar a mi madre, la

abrazo a pesar de sus desplantes, la beso a pesar de su muina. He aprendido a ignorar sus críticas y a evaporar sus insultos y lo mejor de todo, me siento más seguro de mí y de mis capacidades y he dejado de sentirme enfadado con lo que veo en el espejo.

BAÑOS DE PUREZA

A falta de perdón, deja venir el olvido.

Alfred de Musset

Crecí entre humo de copal y veladoras. En la casa había una habitación que se usaba de oratorio. Ahí mi madre tenía santos en bulto e imagen frente a los que nos arrodillaba cada noche antes de irnos a la cama. Las vírgenes no faltaban, desde la Inmaculada Concepción hasta la Virgen de Guadalupe. Había Cristos tallados de diversos materiales, en madera, marfil y mármol. Escapularios que habían sido sumergidos con anterioridad en agua bendita, eran colgados en nuestros cuellos. Uno para mi padre, uno para mi hermano y otro para mí. Al despuntar el alba la oíamos salir rumbo a la iglesia para la misa de seis. De regreso pasaba a la panadería y llegaba a casa a preparar el desayuno. Huevos con jamón, un poco de zumo de naranja y por supuesto pan recién horneado. La casa siempre estaba invadida de olores. Si no era copal, era sopa de pollo, si no era a pastel recién horneado era a tarta de carne. Entre los rezos y la cocina Eleonora Martínez educaba a sus hijos y cuidaba de su amado esposo José Balbuena.

El castigo, la culpa y el pecado eran palabras frecuentes. O se escuchaban en los rezos que aprendimos de memoria en el catecismo, o salían de la boca de mi madre convertidos en consejo, advertencia o premonición. Ser pecador no era de esta familia. Los Balbuena Martínez éramos gente decente, de valor y de moral. La sociedad nos acogía en su regazo como ejemplo del buen vivir,

del buen ser. La rutina era nuestra compañera y la disciplina nuestra mejor maestra. Mi hermano Felipe es menor que yo por tres años y a mí me tocó ser quien se encargara de taparle sus travesuras y limpiar la sangre de sus rodillas cuando las raspaba en algún osado juego. Desde niña me recuerdo impecable, de las ropas y de la mente. Peinada en una coleta que se atrapaba en un moño del mismo color de mis ropas. Perfumada y con zapatos recién lustrados, como si siempre estuviera presta para asistir a un magno evento. Las arrugas no eran permitidas en mis vestidos ni los cabellos rebeldes sobre mi cara. Una señorita debe cuidar sus modos, sus maneras, su cuerpo, su salud y sobre todo sus pensamientos, y darse baños de pureza al despertar y al acostarse para que jamás se le impregne lo impío, para que no se contagie de pecado. Para los hombres era un poco más relajado el asunto, a final de cuentas son «hombres y tienen algo de bestia» decía mi mamá. A la mujer, el recato, la discreción y la conducta intachable le conceden su valor. Por eso debía ser pura de pensamientos e inmaculada. Como mi madre.

Eleonora, mi madre, nació en 1947, año en que Pedro Infante se hizo popular al protagonizar *Nosotros los pobres*. Creció en una casona de la colonia Roma estilo Art Nouveau propiedad de la familia de mi abuelo, el renombrado arquitecto Luis Martínez. La educaron en colegios religiosos y apenas cumplió los quince la mandaron por dos años a Irlanda para estudiar la lengua de Shakespeare y aprender de religiosas todo lo requerido para ser una buena esposa. Desde siempre tuvo claro que su máxima aspiración era un buen matrimonio, una familia con hijos y entregarse a tal tarea. Tuvo dos hermanos varones, el mayor siguió la tradición familiar y se convirtió en arquitecto, y el menor se fue a vivir a España en donde, con ayuda del abuelo, puso un negocio de carnes y embutidos y se convirtió en un próspero comerciante. Eleonora regresó a México convertida en una hermosa joven de largos cabellos castaños y largas piernas. Distinguida, pulcra y bilingüe.

Era uno de los mejores partidos del grupo social en el que se movían mis abuelos y fue inevitable que pusiera sus ojos en ella un atractivo joven de ascendencia española de nombre José. Mis padres se conocieron en un banco, una mañana en que mi madre acompañó a la abuela a cambiar un cheque. Cuenta mi papá que cuando vio a mi madre por primera vez cayó rendido de amor ante sus encantos. Caballeroso y atento la abordó y le pidió a la abuela permiso para visitarla. Un apuesto joven de familia reconocida era justo lo que estaban esperando para su hija. El mejor partido, la mejor historia de amor. Boda y fiesta. Eleonora estaba lista para hacerse cargo de un hogar y preparada para educar a sus vástagos bajo los principios que dicta la buena moral y la ausencia de pecado.

Y sin descanso alguno, Eleonora se consagró en cuerpo y alma a su familia. Pendiente de las necesidades o caprichos de mi padre, y diestra en el cuidado de sus hijos. El abuelo Luis les construyó una casa en el sur de la ciudad, rodeada de jardines y de fuentes. Ahí crecimos Felipe y yo. Entre jazmines y santos escuchando el Padrenuestro y Aves Marías. Temerosos de un Dios que es justiciero y que castiga. Preocupados por no hacer nada que nos enviase con todo y zapatos al infierno. Alertas siempre de no enfadar a mi madre, quien en sus cóleras nos castigaba obligándonos a permanecer hincados rezando el rosario en el cuarto de oración. Siempre creí que la mayor aspiración de mi mamá era llegar a ser declarada santa y que en la posteridad millones de fieles se arrodillaran ante su imagen exclamando plegarias. Nunca la vimos perder el control ante los demás. Sus gritos fueron escasos, no es de damas levantar la voz. Con la simple mirada nos entrenó para entender sus instrucciones, sus deseos, sus advertencias. Con la misma mirada que enamoró a mi padre, nos llenó de miedos a nosotros. Adicta a la limpieza, de manera obsesiva revisaba cada rincón de la casa buscando el mínimo rastro de polvo escondido para deshacerse de él. La casa estaba siempre reluciente y está por

demás decir que sus obsesiones por la pulcritud me las transmitió inevitablemente.

Mi padre la idolatraba. Para él mi madre fue la personificación de lo más bello, de lo inmaculado. A veces llegué a sentir que él se sentía de menor calidad moral que ella. Ahora que soy adulta he llegado a pensar que cada vez que mi padre creyó equivocarse o cometer un pecado, se iba sintiendo más chiquito que mi madre, quien con su intachable conducta y su acertado comportamiento a final de cuentas nos hacía sentir menos a todos.

Nunca la vimos expresar sus emociones con plenitud. Siempre sus alegrías eran modestas, sus risas reservadas, sus tristezas ocultas. Jamás la vimos discutir con mi padre frente a nosotros. Solo ellos y sus tumbas conservan esos relatos. Mi padre murió hace doce años. Era tres años mayor que ella, nacido en el cuarenta y cuatro. Murió de un infarto en su despacho, enamorado de mi madre como desde la primera vez que la vio. Mi madre fue la musa de sus talentos y la casta doncella que le entregó los tesoros más preciados de la vida: su cuerpo, su alma, sus hijos, su familia, su amor. Alcanzó a conocer a sus tres nietos: José Eduardo y Constanza, hijos de mi hermano Felipe, y a Claudia, mi hija.

Al igual que mi madre, yo también fui enviada a un colegio de monjas y después al extranjero. Estuve un año en Londres y otro año en París. Regresé para matricularme en la universidad y estudiar Diseño Gráfico, aunque siempre estuve consciente de que todo esto era «mientras me casaba». Mi madre me repetía una y otra vez que para una mujer no hay mejor futuro que un próspero marido. Recuerdo que cuando se dio cuenta de que mi primera menstruación se hizo presente, me instruyó de inmediato en el arte de «cuidar mi virginidad». «Los hombres buscan el pecado entre las piernas de la mujer, Jimena, mantenlas cerradas, nunca abras la puerta de tu más valioso tesoro». Me dijo que todo lo que me decían en la universidad sobre el sexo y sus protecciones no eran más que maneras propagandísticas de promover el pecado.

El sexo era para procrear hijos, no para sentir placer. Cuando alguna vez algún amigo se presentó en la casa buscándome sin aviso, de inmediato lo abordaba con preguntas. Le importaba mucho quiénes eran sus padres, a qué se dedicaban, qué apellidos portaba. El qué dirán la subyugaba. Para mi madre siempre fue muy importante lo que los demás pensaran de ella y de su familia. Como suegra fue implacable, no dejaba de tirarle sermones de rectitud en los oídos a Irasema, la esposa de mi hermano Felipe. Quería convertir a la nuera en una extensión de su conducta impoluta como mujer y madre y eso motivó conflictos en la familia, de los que siempre salía bien librada por tratarse de alguien cuyo comportamiento impecable respaldaba sus argumentos.

Cuando terminé mis estudios ya llevaba dos años de noviazgo con Julio Navarrete, el hijo de un abogado muy conocido de la capital. Mi madre se dedicó a preparar la boda, parecía que ella era la que se casaba. Fue una fiesta maravillosa organizada por La Chata Garduño, la banquetera de moda. Salimos en las revistas de sociedad y nos fuimos de luna de miel a las Islas Baleares. Julio ha sido un gran esposo, un gran compañero de aventuras. Me ha enseñado a relajarme y a olvidarme un poco del diablo, de los pecados y de las culpas. Su carácter alegre y bondadoso ha traído a mi vida un aire de libertad que nunca antes respiré. En mi casa solo hay un Cristo y las velas solo se encienden en nuestra alcoba antes de un baño caliente o cuando hacemos el amor. Mi hija Claudia recién cumplió tres años y le estamos buscando un hermanito. Lo más complicado de mi vida sexual (obvio que llegué virgen al matrimonio) ha sido lograr el orgasmo. Bendito Julio que me ayuda en la hazaña. Bendito mi marido que ha logrado que yo sienta placer sin sentirme pecadora.

Mi madre murió hace tres meses. Un problema digestivo la llevó al hospital y se presentaron complicaciones. Organicé su velorio con ayuda de mi hermano y le dimos sepultura una tarde nublada de octubre. «Fue una santa», decían todos. Conocidos y

extraños, parientes cercanos y lejanos, no dejaban de reiterar la santidad de mi madre. Beata, inmaculada, intachable.

Después del entierro, nos dirigimos a la casa de mi madre Felipe y yo. Julio se fue a llevar a nuestra hija Claudia en casa de mis suegros. Mi cuñada y los hijos de Felipe se fueron a cenar algo por ahí. Nos quedamos mi hermano y yo a solas recorriendo las habitaciones de esa casa en la que habíamos crecido. Caminando en la penumbra sin encender las luces como si al mantenernos a oscuras no importunáramos el sueño eterno de nuestros padres difuntos. Felipe se sentó en el salón principal y se puso a llorar. No lo hizo durante el velorio, ni en la misa, ni el entierro. Los hombres no lloran, le enseñó mi madre. Yo me puse a vagar por la casa. Entré a la alcoba de mi madre que seguía oliendo a ella, a loción fina de jazmines. Me senté sobre la cama y observé el retrato de mi padre que estuvo en su buró derecho desde siempre. Después entré a mi cuarto de soltera, como le llamaba ella. Mi cama, mis medallas de salto y carrera, mis muñecos de peluche. Lista para cuando deseara venir a pasar una noche como hija y no quisiera ser esposa. El cuarto de Felipe estaba en las mismas condiciones. Listo para ser usado, como si el muchacho se hubiese ido ayer mismo a hacer su vida. Con los carteles de autos deportivos pegados sobre las paredes y las cajas con los cientos de discos de vinilo que coleccionaba en sus mocedades. Cuando entré al cuarto de oración por inercia me arrodillé sobre el reclinatorio de madera que mi madre tenía frente a un Cristo crucificado. No sé cuánto tiempo estuve ahí, sin pensar, sin sentir, sin llorar. Simplemente arrodillada y con los codos sobre el cojincillo rojo de terciopelo. Encendí una veladora y entonces la vi.

Una caja de madera del tamaño de una de esas que se usan para guardar los zapatos. Estaba en lo más alto de la repisa en donde mi madre guardaba las velas y los inciensos. Me subí a una silla y la bajé. Pude ver que tenía talladas las iniciales de mi madre: E.M. No la pude abrir porque un candado dorado me lo impedía.

Con la caja bajo el brazo me dirigí a la habitación de mi difunta madre y busqué en su buró derecho el llavero que desde mis más remotos recuerdos le conocí. Un llavero de esos de horquilla grande con cien llaves de distintos tamaños y formas colgando y del que nunca se desprendía durante el día. Siempre lo traía con ella en su bolsa, o lo guardaba en su buró junto a su cama cuando durante las noches. Tardé algunos minutos en encontrar la llave, no fue tan complicado porque el candado tenía la marca MALVER inscrita en su base y solo una de las llaves portaba la misma inscripción. Pensé que al abrirlo encontraría fotografías de mi infancia o tal vez algunas joyas. Pero encontré otra cosa. Algo que jamás pasó por mi mente.

Treinta y dos cartas de un tal Enrique Ovando. Cartas llenas de pasión que describían cada uno de sus encuentros amorosos con mi madre. Estupefacta di lectura a cada una de ellas. Algunas eran de reclamo por la negativa de mi madre para un próximo encuentro. Otras eran casi eróticas detallando los recuerdos de esas tardes de pasión que pasaron juntos en el Hotel Carduro de la salida a Cuernavaca. Por lo que alcancé a comprender entre líneas, ese hombre era casado y la conoció en un mercado del sur de la ciudad en los años ochenta. Por la fechas deduje que el amorío duró más de diez años, hasta que él optó por despedirse de su amada al saber que ella nunca abandonaría a su esposo. La intachable, la inmaculada, la santa, había sido pecadora y ese fue su secreto. Adolorida regresé las cartas a la caja, le puse el candado y guardé la llave. Bajé con Felipe y le pedí que me llevara a casa, cuando me preguntó qué llevaba en esa caja solo atiné a decirle que recuerdos.

No lo hablé con nadie. Ni con Julio. Me daba vergüenza. Llegué a sentir que quien había pecado era yo y no mi madre. Durante estos meses he leído las cartas en soledad varias veces. En cada lectura me atropellaban los recuerdos. Por más que intento averiguar en mis memorias a qué hora y con qué pretexto pudo

mi madre verse con su amante, no consigo encontrar la respuesta. Ella siempre fue demasiado inteligente para despertar sospechas. Tan santa que nadie la sospechó pecadora. Me dio mucho coraje recordar cómo nos exigió rectitud a mi padre, a mi hermano y a mí, mientras ella vivía en plenitud su romance furtivo. Me retorcí de rencor al saberla mentirosa e infiel. Aborrecí su recuerdo durante varias noches, hasta que la lucidez regresó y me di cuenta de que yo no soy nadie para juzgar a mi madre muerta.

A tres meses de su partida, he decidido liberarme y perdonarla. Al fin y al cabo mujer, a fin de cuentas humana. Ni santa ni pecadora. Ni sus baños diarios de pureza la eximieron del pecado. Se llevó a la tumba las causas de su debilidad y la historia de su amor clandestino. Comprendí la razón de sus rezos imparables y de sus obligatorias misas. Tal vez Eleonora intentaba por medio de la oración transformar su arrepentimiento en perdón, su fragilidad en fuerza y su pecado en olvido.

Quemé la caja con las cartas en su interior. Me llevaré su secreto hasta mi tumba. Esparcí las cenizas de su pecado en el jardín de su casa y recé por su alma y por la mía. Darle cuenta de que mi madre era imperfecta me ha hecho bien de alguna manera. Me siento más humana, menos culposa, más relajada. Y como dijo Jesucristo: «El que esté libre de pecado, que lance la primera piedra».

LA HIJA PREDILECTA

*La gente se arregla todos los días el cabello.
¿Por qué no el corazón?*

Proverbio chino

Siempre he considerado como algo irreal el hecho de que las madres amen a todos sus hijos por igual. Dicen que se han realizado estudios al respecto y algunos de estos afirman que el mito del Hijo Preferido es una realidad y no una sensación inexistente. No sé si esto esté asociado a las experiencias emocionales previas de la madre o al carácter que van manifestando los hijos al crecer, no lo sé. Solo lo siento. Lo vivo.

Para mí está muy claro que mi madre tiene predilección por mi hermana Victoria, dos años menor que yo. Su predilección a veces se vuelve más que obvia, absurda. Mi madre intenta tapar el sol con un dedo y cuando es sorprendida en sus conductas injustas, finge demencia y niega todo. Así de simple.

Virginia Fuentes se llama mi mamá. Es una mujer que nació hace sesenta años y que lleva cuarenta años de matrimonio con mi padre, Julián Anaya. Ella una mujer de hogar, él un ingeniero civil dedicado a construir condominios para el gobierno. A mí, Laura Elena, me tocó ser la primogénita de los Anaya Fuentes. Nací una noche del trece de junio de hace treinta y ocho años. Estoy casada desde hace diez años con Manuel, un empleado contable de la industria del calzado, y soy madre de una niña de siete años, de nombre Lizeth. No he tenido más hijos, ya no quiero.

Me da miedo quererlos más que a la que tengo, me da miedo repetir mi historia personal en mis descendientes. El dolor con el que he vivido de saberme apreciada por mi madre menos de lo que aprecia a mi hermana es un dolor permanente. Es un algo encajado en la profundidad de mi conciencia que me aqueja desde hace mucho tiempo.

El favoritismo de mi madre hacia Victoria ha sido tan evidente que no me ha quedado otro camino que la resignación. Nada de lo que yo haga puede hacerla mirarme con otros ojos, ni hacerme sentir importante. Cualquier error que yo cometa, por mínimo que este sea, se convertirá ante sus ojos en una irremediable falta. Si es Victoria la que se equivoca, todo tiene solución, aquí no ha pasado nada. Todo le será perdonado porque se trata de ella, y no de mí.

Desde muy temprana edad empecé a estar consciente de este dolor. Desde muy niña sentí sus diferencias en el trato y las maneras de querernos. Parece que fue ayer cuando la descubrí sentada en la sala con mi hermana de seis años sobre sus piernas. Le besaba la frente y la abrazaba con mucha ternura. Ese día y a mis ocho años de golpe me di cuenta de que hacía mucho tiempo que mi mamá no me abrazaba así. Ni de esa manera ni de ninguna otra. Un simple beso antes de salir rumbo a la escuela y nada más. Siempre sus demostraciones de afecto encontraban sujeto en mi hermana. «Es la chiquita», me decía mi padre, cuando leía en mi mirada la desilusión. Con esa explicación que tenía que ver con el tamaño me tuve que conformar, yo la Grande y Victoria la Chiquita, por eso eran así las cosas, así de simple.

De ser cierto eso de que la predilección de una madre por un hijo está asociada con su pasado emocional, puedo deducir que tal vez a doña Virginia le afectó el haber sido hija de una mujer que tuvo predilección por su hijo varón. La vida pasada de mi madre está plagada de asuntos inconclusos. Estudió hasta quinto de primaria, porque tan pronto la abuela Lucrecia la vio crecida,

la sacó de la escuela para que atendiera a Lucio, el primogénito, único varón y príncipe del hogar. Entonces, Virginia no terminó la escuela. Después, al cumplir los catorce, intentó inscribirse en una academia de secretariado, y apenas llevaba un año dos meses dando forma a su nueva aspiración, cuando la abuela Lucrecia la hizo abandonar el intento diciéndole que ella estaba enferma y la tenía que ayudar a cuidar a su hermana menor Flavia. Entonces, Virginia no terminó el secretariado. Si no se trataba de estar pendiente de las necesidades de su hermano mayor, se trataba de estar al cuidado de su hermana menor, o atendiendo las enfermedades de la abuela. Lo propio siempre inconcluso y siempre para luego. Tan pronto crecieron mi madre y su hermana la consigna fue: «Todas las mujeres de esta casa estamos para servir a su hermano». Para ese entonces el tío Lucio había terminado los estudios de contaduría y trabajaba en una fábrica de refrigeradores. Era listo y llegó a ser promovido como gerente en pocos años. El abuelo Bernabé, más viejo cada día, optó por jubilarse del banco en donde laboró durante décadas y se quedó en casa sentado frente al televisor hasta su muerte. Mis recuerdos de infancia en la casa de la abuela Lucrecia se limitan a cenas dominicales en donde todos sentados alrededor de la mesa esperábamos con parsimonia a que el tío Lucio estuviera presente para poder comenzar a probar bocado alguno.

Mi mamá conoció a mi padre un domingo al salir de misa, y mi padre tuvo que conquistar primero a mi tío Lucio para que le diera su consentimiento y poder acercarse a la muchacha. Tuvieron un noviazgo de tres años y después de todos los rituales obligados se casaron y hasta el día de hoy siguen juntos. El abuelo Bernabé y la abuela Lucrecia ya están muertos, se fue uno tras el otro hace más de catorce años. El abuelo en enero y la abuela en diciembre del mismo año. El tío Lucio está en su segundo matrimonio y vive en Veracruz. Su primera mujer jamás fue del agrado de la abuela y terminaron separándose, dicen los chismosos de la familia

que gracias a los artilugios de la abuela Lucrecia se desbarató esa unión. Años después el tío Lucio se encontró una mujer costeña más relajada, y con mi abuela en la tumba, pudo intentar una nueva historia de pareja y parece haber encontrado la estabilidad. Mi tía Flavia se quedó soltera, se enfermó de una de esas gripas raras que tienen que ver con los pollos y se murió hace dos años.

Mi madre lleva auestas esta historia y sus cuarenta años de matrimonio con el que ella insiste ha sido el amor de su vida: mi padre. Nunca he sabido si tuvo otros pretendientes o amores porque de su vida privada y pasada no le gusta hablar. Se ha consagrado a su hombre y a sus hijas, aunque queriendo menos a su hombre que a sus hijas y a una más que a la otra. Es evidente que para ella es más importante ser madre que esposa, y que como madre tiene su hija preferida y que esa no soy yo.

He sido una hija obediente, sobresaliente en los estudios, respetuosa con mis mayores y responsable en mis tareas. Me he esforzado por aprender desde muy temprana edad todo lo que me pueda ser útil para la vida, desde saber planchar, lavar ropa a mano y cocinar arroz con leche, hasta a manejar automóviles estándar y automáticos y algo de carpintería. Una parte de mí es soñadora, audaz y temeraria, y la otra disciplinada, conservadora y prudente. La primera me ha ayudado a lanzarme en paracaídas, viajar a tierras lejanas y a vivir sola en otras ciudades. La segunda me ha permitido estudiar dos carreras, tener un trabajo estable y productivo, ahorrar lo suficiente para comprarme mis cosas y formar una familia. Me he esforzado por ser la mejor versión de mi misma con la intención oculta de lograr que mi madre me quiera tanto como a mi hermana Victoria. No lo he conseguido.

Lo más doloroso es cuando he ido a comprarle a mi madre regalos. Joyas, ropa, libros, para después enterarme que se los ha regalado a Victoria. Eso me duele mucho. Siento que mis regalos no tienen valor para ella y que todo lo que yo tengo, desea que lo tenga mi hermana. Parece que a mi madre le agradaría más que

fuera mi hermana y no yo la que tiene, la que hace, la que logra. Porque mi hermana Victoria no es como yo.

Victoria se fugó con un chofer de transporte pesado que conoció una noche en que asistió a la lucha libre con dos amigas. Se fugó porque no contó con el consentimiento de mis padres para casarse. Después nos enteramos que se había casado por la ley civil en una oficina de otro pueblo. Durante tres años mandó cartas a mis padres diciéndoles que no se preocuparan por ella, que estaba bien, pero no era cierto. Se divorció hace ocho años y se regresó a vivir con mis padres y ahí está en casa con ellos. Tiene un novio viudo que una amiga de mi mamá le presentó hace un año, con el que sale cada noche a dar un paseo. Durante el día ayuda a mi madre en las labores de la casa. Victoria se puede equivocar, puede ser egoísta y no decir gracias. No pasa nada. Victoria tiene el privilegio del amor incondicional de mi madre haga lo que haga, sea como sea. Todo le es perdonado.

-Señora Virginia, qué bien le ha ido a Laura Elena, me la saluda mucho -dijo una vez una vecina a mi madre.

-Pues sí, está muy bien, pero casi no la veo, la que me cuida y acompaña ya ve que es mi Victoria, no sé qué haría sin ella, viera que buen pretendiente trae -respondió mi mamá.

Las escuché detrás de la puerta y escondí en mi respiración el llanto que estaba por brotar de mis ojos. Me dolió, me duele y me seguirá doliendo.

Sin embargo estoy aprendiendo a vivir así. Tratando de ignorar los mensajes de mi madre que me lastiman. Haciendo como que no los escucho, pensando en que los dijo sin querer. Cuando en alguna ocasión le pregunté por qué quería más a Victoria que a mí, su respuesta fue la esperada: «No es verdad, las amo por igual, son ideas tuyas». Y como son ideas mías, me hago responsable y busco ayuda, leo libros al respecto esperando respuestas, acudo a terapia buscando explicaciones, me acurruco en los brazos de mi esposo y abrazo con desbordante amor a mi hija. Tal vez mi madre

me ha visto tan fuerte y decidida desde siempre, que se ha convencido de que no la necesito para mucho. Quizá siente que mi hermana es más frágil y la necesita más que yo.

Dicen que para perdonar no se deben de tomar tan en serio las limitaciones del otro, los agravios del otro, restarles importancia. Eso intento y a veces lo consigo, sobre todo cuando imagino a mi madre de niña dejando inconclusos sus sueños por realizar los sueños de los demás. Cuando la visualizo como esa joven esclava de las tradiciones y de los mandatos de los abuelos. Cuando la pienso niña y le doy permiso de ser caprichosa y de amarme como le venga en gana.

DOLOR CRÓNICO

Enseñemos a perdonar; pero enseñemos también a no ofender. Sería más eficiente.

José Ingenieros

Mi madre tiene miedo a envejecer. Es impresionante la cantidad de cremas para cara y cuerpo que almacena en el baño. Si entro a la cocina me topo con docenas de frascos que contienen píldoras para mejorar la apariencia de la piel, antioxidantes, vitaminas para el cabello y los huesos, toda una farmacia nutricional en casa. Todos los días acude al gimnasio y realiza rutinas de pierna, brazo y glúteos. Se ha operado el busto y los hilos rusos han estirado la piel de su rostro en más de dos ocasiones. Se niega a aceptar el paso de los años. El mes pasado cumplió cuarenta y dos y ella dice que parece de treinta, y como los treintas son los nuevos veintes creo que se siente de veintidós. Madonna es su inspiración y quiere llegar a los cincuenta tan conservada como la cantante y ni hablemos de moda porque su clóset está repleto de lencería coqueta y de los últimos diseños del momento. Azucena se llama y tiene la piel nacarada, los ojos negro intenso y la boca rellena de colágeno. Es delgada por herencia y gracias a las dietas y ejercicios que sigue de manera rigurosa desde que tengo memoria. Trabaja en una agencia de viajes desde hace veinte años. Cuando se divorció de mi padre se impuso el propósito de darme estudios y una vida mejor que la que ella tuvo en la humilde casa de los abuelos.

Mi padre se fue porque mi madre lo corrió al descubrir los amoríos que tenía con una secretaria del banco en donde era

cajero. Siempre me ha dejado claro que se casó con él por mi culpa. Se embarazó sin planearlo y sin estar enamorada y mucho menos convencida del valor de esa relación. Como quien dice soy hija de una calentura y no de un amor sincero. Yo tenía apenas tres años cuando se separaron y a mi padre lo veía cuando era niña. Ahora que he crecido y soy una señorita de veintidós años solo me manda un regalo en mi cumpleaños con una de sus hermanas y se justifica diciéndome en una carta que vive muy lejos y que ya tiene una familia. Nunca he entendido bien lo que quiere decir eso de tener una familia, porque al ser su hija, se supone que yo también soy su familia pero está claro que a mí ya no me incluye en el paquete.

Sospecho que mi madre nunca ha tenido instinto materno y que tampoco era su máxima aspiración el matrimonio. A ella le gusta ser activa, desarrollarse en sus intereses y viajar. Le gusta estar en su mundo, con sus ideas y aspiraciones, rogando a Dios que la ciencia desarrolle más formas y nuevas maneras de rejuvenecer a los seres humanos. Siempre está pendiente de lo más reciente en cuanto a nanotecnología aplicada a la salud y a la belleza y de las últimas recetas orgánicas para la conservación de la salud. Es adicta al ejercicio y a los vestidos coquetos. Le gusta leer y salir a tomar la copa los sábados y platicarme de sus pretendientes. Cada dos semanas le aparece un galán nuevo y durante tres días me relata los detalles de su aparición, me muestra fotografías en su celular y sueña con que es el príncipe que ha estado esperando. Al cuarto día la intensidad baja y está por demás decirles que ya para la siguiente semana ha borrado las fotografías y ha bloqueado al individuo de sus contactos. Así es mi madre, la famosa Azucena Larios. A donde llega impregna el lugar con su perfume Chanel y acapara las miradas. Su charla divertida y sus ademanes coquetos la hacen el centro de atención en cualquier reunión.

Nadie puede imaginar que soy su hija hasta que ella lo afirma. Soy tan tímida y rellenita de carnes que encontrar las semejanzas

con mi madre me parece una tarea imposible. Mientras ella se ha dedicado a trabajar, a estudiar y a aprender cosas nuevas por la vida yo me he dedicado a estar en la escuela y en la casa comiendo carbohidratos y tomando refrescos. He tenido varias nanas, algunas de ellas además de cariñosas eran buenas cocineras y me consentían preparándome pastelillos de almendra, tartas de queso y pan de nata. El comer ha sido mi refugio y a pesar de la insistencia de mi madre para que yo haga ejercicio a lo más que he llegado es a saltar la cuerda veinte veces en el patio de la casa. Hija de una madre ausente y de un padre cobarde, he crecido con un vacío que he intentado llenar con chocolates y pasteles. Soy presa de un dolor crónico que solamente disminuye con la comida.

A mis veintidós años, soy talla trece mientras mi madre es talla siete a sus cuarenta y dos. Uso ropa holgada que esconde las lonjas que se desbordan de mi cintura y evito enseñar mis piernas regordetas llenas de celulitis. Me siento insegura y prefiero el silencio al diálogo. Prefiero la lectura al ejercicio y me gusta más la soledad que la compañía. Se me dificulta hacer amistades y me sobran nueve dedos en las manos cuando cuento a mis amigos. Sandra es la única amiga que tengo y es la única que ha llegado a conocer mis demonios. A pesar de ello me acepta y me quiere y yo vivo agradecida por su amistad incondicional y por sus aplausos ante mis pequeños logros.

Estudié enfermería y trabajo en un hospital. La vida de mi madre es tan distinta a la mía que parece que compartimos espacio existiendo en dimensiones paralelas. Cuando mi madre se acuerda de que existo, voltea a verme y me recuerda lo gorda que estoy. «No es posible, Patricia, pareces ballena», «Deja de comer que vas a explotar como globo», «Cada vez que respiras engordas», «¿No te da vergüenza parecer cerdita?», «Así nunca encontrarás novio, tienes que ponerte a dieta y hacer ejercicio». Cuando era más pequeña sus frases no eran así, a veces pienso que para mi madre una niña gordita es bonita, pero cuando ya la infancia te abandona

la gordura es sinónimo de fealdad. Me siento fea, insegura, fracasada. Como si adentro de mi gordo cuerpo de veintidós años viviera el alma de una mujer de cien. Me siento cansada, triste y los pensamientos suicidas han visitado en varias ocasiones mis noches sin sueño.

Mi madre sigue en su planeta, allá donde su belleza es apreciada, su juventud conservada es reconocida, en donde el desarrollo de su persona es lo importante. Mi amiga Sandra dice que mi madre es egoísta, pero no me gusta escuchar críticas hacia mi mamá en la boca de otros. Aunque yo piense lo mismo, me incomoda que otros la juzguen. La justifico porque me ha repetido hasta el cansancio lo mucho que sufrió con mi papá. Si yo no hubiera nacido ella no hubiera pasado por tan malos momentos. Cuando pienso eso es cuando preferiría no haber nacido. Me duele el pecho, me tiemblan las manos y entonces corro hacia la cocina, abro el refrigerador y me como todo lo que hay adentro. Los ataques de ansiedad que padezco desde siempre, desaparecen comiendo y así, comiendo, me tranquilizo. En su ausencia me he dedicado a comer, para llenar este vacío que siento, pero no se llena nunca, es un vacío sin fondo.

Hay quien no ha tenido una madre amorosa que la cuide porque la muerte se la arrebató, hay quien no la ha tenido porque la madre padece alguna enfermedad que la imposibilita, pero yo, no he tenido una madre presente por su poca disponibilidad emocional para conmigo. Existe pero no está, la puedo tocar, pero no la siento. Hija huérfana de madre viva.

Si en eso quedara todo, tal vez mi dolor crónico sería más llevadero. Lo que lo hace más intenso son esos pequeños contactos cotidianos en los que me insulta y compite conmigo como si tuviéramos la misma edad. «Mira, deberías aprender a tu madre, mira mi cintura, yo si tengo», «No vas a llegar a mi edad si sigues comiendo como cerdito», «Al menos ahorra para que te pagues una liposucción, querida». He llegado a pensar que le recuerdo a

mi padre, a ese hombre al que no le ha perdonado su traición. He llegado a creer que he sido lo peor que le ha sucedido en su vida. Pero es mi madre y la amo.

Dice Sandra que no debo adelgazar para complacer a mi madre. Que lo tengo que hacer por mí. Me repite que debo aprender a ser la protagonista de mi existencia, que debo entrenarme en el amor a mí misma y a lograr vivir sin angustia. Mientras mi madre sale cada dos semanas con un nuevo pretendiente, yo nunca he aceptado la invitación de un chico. Mientras mi madre sale de viaje, de fiesta, a divertirse, yo me encierro en casa a ver televisión y a comer pizzas. Mientras ella se cuida y se niega a envejecer, yo a veces invoco a la muerte.

Hay quien percibe a mi madre como una mujer ridícula y le sugiere vestirse conforme a su edad y convivir más conmigo. Eso la ofende. Hay quien le aplaude sus ganas de vivir y hasta la ponen de ejemplo. Para mí es mi madre y no la quiero juzgar; quiero aprender a vivir con ella tal y como es. Quiero enfrentar mis ansiedades y mis miedos, quiero recuperar mi autoestima y mirar hacia el horizonte y no hacia los abismos. Sé que un día lo lograré. Quiero bajar de peso, tomar lo positivo de Azucena Larios y quedarme con eso impregnando mi corazón. Dicen que no hay perdón que no sea posible si se tiene el deseo, y yo quiero lograr convertir sus agravios en perdón y encontrar mi propia identidad.

MADRE ETERNA

*Muchos mueren demasiado tarde y algunos prematuramente.
No entra aún en los oídos la doctrina del morir a tiempo.*

Friedrich Nietzsche

Te fuiste de este mundo cuatro meses después de que me pariste. Una camioneta sin frenos partió tus huesos y estallaron tus vísceras cuando ibas camino a la tienda a comprar el pan. Tu madre me cuida desde entonces. La abuela Remedios, con su frente arrugada y sus manos callosas, me tomó entre sus brazos para asumir tu rol. Mamá, sin conocerte, tu muerte siempre me ha dolido.

Como si sospecharas tu muerte, dos semanas antes de tu accidente, me bautizaste con el nombre de Valentina. Dice la abuela que le dijiste: «Se llamará Valentina para que siempre sea valiente y que nada la asuste». Mi padre fue el asustado y se sintió demasiado joven para ponerse solo a criar una hija recién nacida y descargó la responsabilidad en mi abuela Remedios. Cada mes venía a visitarme y me traía ropa y juguetes. La abuela, viuda y medio sorda, como pudo me enseñó a caminar, me cuidó las calenturas por la salida de dientes y me alimentó con avena y miel. Viuda y con la modesta pensión que el abuelo Paulo le dejó, me dio lo mejor que tuvo. Un techo, una cama, un plato con arroz y me llenó la cara de besos. Las visitas de mi padre se fueron haciendo menos frecuentes. Yo no había cumplido aún los cuatro años cuando dejó de venir a verme. La abuela me dijo que se había ido muy lejos a trabajar, pero que cuando pudiera iba a regresar por

Rayo Guzmán

mí. Nunca regresó, mamá. La gente de la colonia cuenta que tiene mujer y tres hijos y que vive en una ciudad del sureste. Pero no te preocupes, mamá, él no me ha hecho mucha falta, porque el tío Melchor, tu hermano, ha sido como un padre para mí. Me montaba en su camioneta verde y me llevaba a la plaza a comprar algodones de azúcar color azul que me pintaban la lengua. Me llevaba a cazar mariposas al Parque de las Chirimoyas y me cantaba canciones de un tal José Alfredo. Mi abuela lo regañaba porque decía que no eran canciones para dormir a una niña, pero a mí me gustaba escucharlo cantar con mucho sentimiento esas letras que hablaban de botellas de vino y de mujeres.

Toda la vida te he extrañado. En una caja de metal cromado guardo una fotografía tuya que me regaló la abuela. Estás vestida de largo y tu pelo está enmarcado con una diadema de flores diminutas. Tus largos brazos descansan sobre tus caderas y lo mejor es tu sonrisa. ¡Qué bonitos tus dientes, mamá! Eras muy bella. Dice el tío Melchor que heredé tu cabello y tu mirada traviesa. Me gusta pensar que si no te hubieras muerto, habríamos hecho travesuras juntas, como ponerle pintalabios al tío Melchor mientras estaba dormido, o quebrar el vidrio de la ventana con la pelota que me regaló mi amigo Pedro. Pero tuve que hacer esas travesuras yo sola porque tú ya no estabas.

Cuando me hice mayor y mis pantaletas se pintaron de rojo, la abuela Remedios ya estaba tan vieja y cansada que ni caso me hizo. Solo atinó a darme unas monedas para mandarme a la botica de doña Julia a comprar unas «compresas». Doña Julia se dobló de la risa, me dijo que hacía muchos años que ya no se usaban tales cosas y que ahora existían las «toallas sanitarias» conocidas comercialmente como Kótex. Ahí mismo en la trastienda de la farmacia, ella misma me entrenó en el uso del producto y me dijo que no me asustara, que todas las mujeres pasábamos por eso y asunto arreglado. Ese día salí de ahí necesitándote con toda mi

alma. «Quiero a mi mamá», pensaba, y sentía un dolor en mi pecho.

Mamá, te fuiste muy pronto de mi vida. Me has hecho falta cada día de mi existencia. He crecido con una sensación de abandono que no puedo eliminar. Tengo miedo a la soledad y al silencio. Te amo y te extraño sin haberte conocido.

Durante la adolescencia me hice rebelde y respondona. La abuela Remedios ya ni fuerza tenía para hacerme entrar en razón. El tío Melchor se había casado con una muchacha de otro barrio y se fue a vivir al otro extremo de la ciudad. Lo veíamos cada fin de mes, cuando llegaba a casa de la abuela cargando costales llenos de frijoles y arroz. Se sentaba conmigo en la banqueta y me pedía una y otra vez un mejor comportamiento con la abuela y me pedía que la cuidara porque ya la veía muy cansada. Yo le decía a todo que sí, pero mi rebeldía seguía en puntos suspensivos, y tan pronto lo veía partir montado en su cuatro por cuatro, me cepillaba los cabellos, me coloreaba los cachetes y me largaba a la calle. La abuela Remedios, ya más sorda y casi ciega, solo atinaba a pedirme que no regresara tan tarde. Me iba a la plaza y buscaba a mis amigas, comprábamos nieve de melón y veíamos pasar a los muchachos. Había uno que se llamaba Daniel que me gustaba mucho. Era flaco como espátula, alto como garrocha y tenía unos ojos azules y tristes que me encantaban. A pesar de mis coqueteos nunca se me acercó. Era muy tímido y yo ignorante en esas faenas. Me daba mucha envidia ver que mis amigas tenían una mamá y le podían platicar sus peripecias en el amor. Yo solo tenía a una abuela vieja y sorda y a un tío ausente. Sentí que la vida era injusta, que hubiera sido mejor que yo no naciera. Llegué a odiarte por haberme abandonado tan pequeña, hubiese preferido morir contigo en aquél accidente. Juventud, dudas y traumas no son buena combinación, mamá, y esos años fueron muy difíciles para mí. Fue como si al despertar una mañana cualquiera y de la nada, me percatara de lo mucho que me dolía tu muerte, tu ausencia. Me

resentí con Dios y con la vida. Cuando murió la abuela Remedios yo tenía dieciocho. El tío Melchor me invitó a irme a vivir con él y su familia pero no acepté. Preferí quedarme en esa casa vacía pero conocida, en ese rumbo conocido aunque aburrido.

La muerte de la abuela Remedios no hizo otra cosa que recordarme la tuya. Me la imaginé ascendiendo hacia la gloria divina, con su trenza plateada y su espalda encorvada pero sin dolores ni sordera. Las imaginé juntas y felices caminando por un extenso prado lleno de flores blancas. Me encerré en mi habitación a llorarles tres días con sus noches. Me sentí más sola que nunca. Fui a visitar al padre Mauro a la capilla y le pregunté por qué Dios permite tanto sufrimiento. Le dije que si su Dios era bueno, lo era con otros, porque para mí solo abandono y soledad tenía destinados. Salí llena de rencor de la iglesia sin escuchar lo que el sacerdote intentaba decirme. Me juré a mí misma que no volvería a creer en nada ni en nadie y me dispuse a enfrentar a la vida sacando fuerzas de la soledad, entusiasmo de mis rencores y esperanza de mi coraje.

Mamá, me haces mucha falta. Me imagino cómo son tus regaños, a qué saben tus besos, a qué saben tus guisos. A una madre muerta se le busca toda la vida y de todas las maneras posibles. Yo te busqué en las madres de mis amigas, en la dueña de la tienda de ropa en donde comencé a trabajar como dependienta, en la cocinera de la fonda donde comía a diario desde que murió la abuela. Te busqué en el cigarrillo, en la cerveza, en el ejercicio y en el sexo. Busqué de mil maneras y modos llenar el vacío que se anidó en mi alma el día de tu muerte. Siempre me has hecho falta, mamá. Siempre.

Una mañana de hace quince años conocí a Humberto. Al bajarme del autobús con mis prisas permanentes, esas que no me dejan vivir en calma la vida, tiré mi cartera y él la levantó. Me abordó de inmediato para entregármela y me acompañó hasta la tienda de ropa donde yo era dependienta. Me ayudó a levantar la

cortina metálica del local y se quedó conmigo unos minutos. Desde ese día somos inseparables. Humberto llegó a mi vida para quedarse a mi lado y la soledad de mi alma aminoró. Prometió cuidarme y protegerme y ha cumplido. Es un gran padre para mis dos hijos, Gerardo de ocho y Miguel de seis. Compró una casa de dos plantas con tejas coloradas en el techo y jardín trasero. No he vuelto a pasar hambres ni fríos. Dejé de trabajar para cuidar de mis tres hombres. Humberto es cariñoso y alegre, le gusta tocar la guitarra las noches de los sábados mientras yo cocino carne con papas. Mi existencia es sencilla pero sin carencias. Tenemos un poco de todo y un mucho de amor. Me gusta pensar que Humberto es un ángel al que contrataste desde el cielo para que viniera en tu nombre a protegerme.

Mamá, te fuiste sin pedir permiso. Me ha dolido tu ausencia desde siempre. Hoy he decidido que tu recuerdo sea motivo de sonrisa, de aliento, de esperanza. Hoy he decidido agradecerte la vida que me has dado, que con todo y sus sinsabores ha sido una bendición. Porque por decisión propia no me abandonaste, porque el destino te desprendió la existencia en un arrebato, por eso no te despediste, porque seguro sabías que ibas a habitar en mí por toda la eternidad.

RUMBO A LA ESPERANZA

Es mejor viajar lleno de esperanza que llegar.

Proverbio japonés

Encontré la botella en el baño. La había metido en el fondo del canasto donde deposita la ropa sucia. La saqué y vacié su contenido en el lavabo. Por enésima vez ese ritual: buscar, encontrar y tirar la botella. A veces eran botellas de whisky, otras de tequila y con más frecuencia de ron barato. Salí del baño y caminé por el pasillo. Al pasar junto a su alcoba, la escuche toser. Me detuve unos minutos antes de entrar a verla. Aprendí de memoria el escenario: la cama a medio hacer, las ventanas cerradas, la televisión encendida en un canal de espectáculos, y ella desparpajada sobre la cama. Con su bata de flores grises sobre fondo blanco, con mechones de cabello cano sobre su cara. Sus ojos inyectados de sangre y su hablar pastoso. Georgina Pérez Arreola, de cincuenta y cuatro años.

Desde que era niño la recuerdo con un vaso en la mano. En aquellos tiempos era divertida. Se trepaba sobre las mesas en las fiestas invitando a bailar a los presentes y todos le aplaudían. Juguetona y coqueta. Siempre fresca y bien vestida. Sentado sobre su cama la veía maquillarse de manera meticulosa. Se depilaba las cejas con unas tijerillas de puntas chatas haciendo muecas graciosas frente al espejo. El rímel negro dando espesor a sus pestañas, el pintalabios carmín delineando sus finos labios. Junto a su estuche de pinturas un vaso, casi siempre de plástico grueso que

disimulaba el contenido. Ella me decía que era un refresco, pero si me acercaba a intentar darle un trago, me tiraba un manazo y me decía que fuera a la cocina a buscar a Goya, la criada, para que me sirviera refresco en otro vaso distinto. Una vez conseguí darle un sorbo a su bebida sin que ella se percatara. El «refresco» era amargoso y tenía un olor a medicina que no fue de mi agrado.

Mamá lleva más de treinta años tomando alcohol. Es una alcohólica.

Georgina, más conocida como Gina entre familiares y amigos cercanos, fue una mujer hermosa, en sus tiempos de juventud hacía voltear el cuello a más de uno cuando caminaba por las calles de Morelia. Alta, esbelta pero caderona y con una melena roja que retocaba cada mes en el salón de la señorita Janeth, la peluquera de moda. Cuando la acompañaba del brazo hacia su ritual de belleza, tan pronto nos veía entrar la tal Janeth (que dudo que haya sido señorita), de inmediato la invitaba a sentarse y le servía una bebida. Con ademanes misteriosos servían refresco para luego llevarse los vasos a la parte trasera del negocio y darles el toque final, que imagino sería un ron Bacardí o de cualquier otra marca. Pasábamos la tarde en el salón, yo viendo caricaturas en la televisión que la peluquera tenía empotrada en la pared sobre una repisa y ellas entre tintes, tijeras y cubas. Más de una vez, al regresar a la casa, la escuché discutir con mi papá. Ahora he llegado a deducir que el aliento de mi madre no era con el que mi padre esperaba encontrar a mi mamá y de ahí se desprendía el lío. Me encerraba en mi habitación y prendía la televisión con el volumen al máximo para que el sonido de las caricaturas de Porky y las canciones de los Picapiedra se escucharan más fuerte que los gritos de mis padres. Cuando cumplí siete años me anunciaron que iba a tener un hermanito. Durante siete años fui hijo único y no fue de mi total agrado esa noticia, pero cuando nació Fabiola, mi hermana menor, empezó una época apacible en mi hogar. Recuerdo que durante este tiempo mamá bebía con menor fre-

cuencia y se dedicó a cuidar de la criatura. Pero tan pronto la chiquilla se fue al kinder, regresó la dinámica de antaño y el misterioso vasito de plástico comenzó a estar presente por diferentes rincones de la casa.

A mi padre le comenzó a ir muy bien en los negocios, se dedicaba a la compra venta de bienes raíces y el crecimiento de la ciudad le trajo grandes utilidades. Nos mudamos a una casa más grande, en una mejor zona de la ciudad y aparecieron amistades nuevas. Señoras muy elegantes con altos copetes que llegaban a la casa por las tardes con charolas llenas de volovanes rellenos de atún o pollo, pastelillos de mantequilla y botellas. Botellas de diferentes tamaños y marcas. Mi madre estaba muy feliz con el nuevo rumbo de las cosas y además encontró en la nueva dinámica innumerables oportunidades para tomarse sus copitas. Disfrazadas con ropa de buenas marcas y portando joyería fina, mi madre y sus nuevas amigas se ponían hasta las manitas mientras las nanas cuidaban a los hijos.

El carácter divertido y alegre que mi madre mostraba en las reuniones, se convertía en una neurosis agobiante en el hogar. En casa se mostraba irritable, evitaba el sol por las mañanas y comenzó a dormir hasta pasado el mediodía. Aquella mujer contenta con la vida y carismática se convirtió en una señora malhumorada e histérica que al menor ruido se alteraba y que comenzó a gritarnos a Fabiola y a mí por cualquier insignificancia. Yo abrazaba a Fabiola y la consolaba cuando mi madre perdía la paciencia con ella y con un tirón de orejas la sacaba de su recámara.

Mi madre se hizo mentirosa e irresponsable. Descargó todas las tareas de la casa en Goya, quien ya tenía para entonces el cabello color plata. Más de una vez me pidió que dijera mentiras por ella. «Edgar, hijo, dile a tu maestra que no podré ir a la junta de padres de familia porque ando en un crucero con tu padre», «Edgar, dile a tu papá que he estado dormida toda la tarde y que no he salido, ya ves que no le gusta que salga», «Edgar, si habla tu abuela dile

que salí al banco, no le digas que estoy dormida». Y como a una madre se le obedece, yo seguía sus indicaciones.

Mi padre, sumergido en sus negocios y en sus viajes recurrentes, optó por minimizar el asunto y se acostumbró a vivir con una mujer que bebe. Sobre todo si mi madre se quedaba dormida y no daba molestias. Los problemas se hacían presentes cuando mi madre vivía alguna mala borrachera, de esas en las que se ponía celosa o agresiva. Entonces mi padre se imponía a gritos echándole en cara su manera de beber. Fabiola y yo, ocultos en algún rincón de la casa, permanecíamos en silencio esperando a que el terremoto pasara. Una vez que regresaba el silencio, nos encerrábamos en mi cuarto a ver la televisión o a hacer nuestros deberes. Hubo épocas en que mi padre se fue de la casa por varios días, y en que vimos a mi madre ser más mesurada en su bebida. La escuchamos varias veces pedirle perdón a mi padre suplicándole que regresara, que todo volvería a la normalidad. ¿Cuál normalidad? No sé a cuál normalidad se refería, tal vez a la época en que podía tomarse dos copas y detenerse. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. La enfermedad había avanzado y su voluntad desaparecido. Mi padre terminó por pedirle el divorcio. Creo que se esperó a vernos grandecitos a mi hermana y a mí para tomar tal decisión.

Yo tenía dieciocho y mi hermana once. Fabiana lloró mucho. Yo me limité a bajar la cabeza y me concentré en mis estudios. Siempre me atrajo la medicina veterinaria y me enfoqué en lograr mi sueño. Con la partida de mi padre, mi madre se volvió más neurótica, más irritable, y no tuvo freno alguno para beber. Mi tiempo en la universidad lo recuerdo entre prisas. El tiempo se me iba en realizar mis deberes, cuidar de mi hermana y vigilar a mi madre. Dos veces tuvimos que llevarla al hospital por congestión alcohólica. Una tarde me senté a platicar con Goya, la nana de mi infancia, quien conocía a mi madre desde niña. Le pedí que me diera su teoría sobre su manera absurda de beber.

«Tu madre siempre fue una niña consentida, Edgar, nunca conoció el esfuerzo ni las penas. Tus abuelos se dedicaron a facilitarle todo. Salió de la casa paterna para casarse con tu padre, quien siguió brindándole una vida fácil, sin brincos ni baches. Desde niña ha sido caprichuda e insolente, pero en el fondo es muy noble y los ama. Busca ayuda para tu madre, muchacho, no la podemos dejar morir de esta manera.»

Eso hice y en la primera oportunidad que tuve platicué con un maestro que me inspiraba confianza. Me habló de que el alcoholismo es una enfermedad y de la existencia de grupos de apoyo. Acudí a varias sesiones y un par de miembros de esos grupos fueron a la casa para hablar con mi mamá. Los ofendió y los corrió sin darles tiempo siquiera a presentarse. Mientras tanto en mi interior crecía un resentimiento profundo, una rabia inmensa y una desesperación espantosa. Mi hermana Fabiola decidió irse a vivir con mi padre y la comprendí en plenitud. Ella también estaba cansada de ver el mismo cuadro cada mañana. Un cuarto en penumbras, una mujer a medio vestir, botellas vacías y colillas de cigarro sobre un plato. El olor a parranda encerrado en una habitación de cuatro por cuatro. Goya envejeciendo, limpiando la casa por encima y cocinando pollo tres veces por semana. La decadencia emocional y física de mi madre nos contagiaba de sus penumbras. Entonces me fui.

Acepté un trabajo en Tamaulipas. Un ganadero próspero me contrató con un buen salario. Para quien apenas empieza a labrarse un futuro fue una gran oportunidad. Me concentré en mi trabajo, en forjarme mi destino. Fabiola me pasaba noticias de vez en cuando.

-Fui a verla, Edgar, y está en los huesos. Mi papá le manda un médico cada semana para que le ponga suero y medio se reanima, pero sigue bebiendo. Estamos pensando en internarla en un centro de rehabilitación.

Yo la escuchaba sin opinar. El rencor me había hecho inmune a lo que pasara con mi madre. Se me endureció el corazón en un acto de autoprotección. En tres ocasiones la internaron. La primera vez por tres meses, la segunda por dos y la tercera por veintiocho días. Tan pronto salía de las clínicas se las ingeniaba para conseguir alcohol y recaía. Entonces, partíamos de cero. Mi madre cada día más vieja y enferma, y todos fastidiados de la situación.

Hablar sobre mi madre sigue siendo doloroso hasta la fecha. Los años se han ido acumulando bañados en un caldo agri dulce que nunca me permite el disfrute pleno de la vida. Me he casado y tengo un hijo. Lo llamé como mi padre: Alberto. Hace dos semanas festejamos su cuarto año con una fiesta temática de los Cuatro Fantásticos. Martina, mi esposa, es una tamaulipeca risueña y de palabra directa. Ella es la que me pide que llame de vez en cuando a mi madre. Me dice que no es bueno para un hijo abandonar a su madre y que no soy nadie para juzgarla. Martina me ha ayudado a comprender mejor la enfermedad de mi madre, a sacarme los rencores y a perdonarla por su alcoholismo, por su abandono. Por eso he venido a verla.

He decidido ayudarla, conseguí un lugar para ella en una clínica especializada en adicciones al norte del país. Cargando mi rencor auestas he escuchado a mi mujer y he acudido en su ayuda. No sé si tendremos éxito en la tarea, no sé si en esta ocasión lo logremos, pero mientras haya vida, hay esperanza. Al entrar en su casa lo primero que hice fue buscar botellas escondidas. Era una costumbre cotidiana cuando vivía con ella. Nunca dejó de sorprenderme la astucia de mi madre para encontrar escondites. Una vez encontré una botella de anís adentro de la caja de su vestido de novia. Otra ocasión una botella de ron enterrada en una maceta. Esta vez fue en el baño, en el canasto de la ropa sucia. Entré en la habitación y la tome entre mis brazos. Su cuerpo pesa escasos cuarenta y dos kilos. Su aliento delata su padecimiento hepático. Sus manos tiemblan y sus ojos llorosos me evitan.

-Mamá, aquí estoy, vengo por ti -le digo mientras la abrazo.

-¿Ya no estás enojado, hijo? ¿A dónde vamos? -responde.

-No, mamá, ya no estoy enojado, vamos a donde nos ayuden, a donde te cuiden.

No puso objeción alguna. Ya no tiene fuerzas ni para defender su botella. La tomo del brazo y a paso lento camino junto a mi madre rumbo a esa esperanza, que mientras haya vida, siempre existirá.

LO IMPERDONABLE

El hombre crece cuando se arrodilla.

Alessandro Manzoni

-¿Qué es lo que hizo tu madre, Paco? -me preguntó el doctor encargado de la oficina de los Servicios de Atención a la Infancia.

-Quiso matarme -respondí.

Como pude y con mis ocho años a cuestas le narré lo sucedido. Le conté los anteriores intentos de mi progenitora para deshacerse de mí. La noche en que me puso en la tina con agua tan caliente que me provocó quemaduras de tercer grado. La mañana en que me correteó por toda la casa con un cuchillo mientras me llamaba «engendro del demonio». La vez en que me dejó encerrado en un cuarto oscuro durante doce días con un bolillo duro y un bote con agua. Y el más reciente. El de la noche anterior en que enardecida por el tequila y la mota me sorprendió dormido en la cama y me tomó por el cuello entre sus manos apretándome fuerte hasta que me puse morado. Si no es por la oportuna intervención de un vecino, yo estaría en un cajón rodeado de veladoras y no narrando mi historia.

El doctor Moreno, un hombre canoso y fortachón con dientes amarillentos por el tabaco, no escondía la furia que le brotaba de los ojos al escuchar mis relatos. De inmediato dio órdenes de que me hicieran una segunda inspección médica y que me trajeran ropa y comida. A la mañana siguiente me trasladaron a la Casa Hogar Monterroso, a las afueras de la ciudad. Con mi cuerpecillo

lleno de cicatrices y lleno de miedos llegué a ese lugar que sería mi hogar durante los siguientes siete años. Una mujer vestida con un traje gris largo hasta las pantorrillas me recibió amorosa. Se llamaba Carolina y era una de las damas voluntarias del lugar. Después de mostrarme mi cama, ubicada en el cuarto sitio de una larga fila de camas distribuidas en un gran salón de ventanales angostos, me tomó de la mano y me acompañó hasta una oficina. Se escuchó la voz de una mujer que ordenaba que entráramos. Gumersinda Escalante era la directora del lugar. Una mujer obesa de cara regordeta y colorada. Con el pelo corto y dos pendientes rojos colgando de sus orejas. Con una sonrisa discreta me invitó a sentarme y me leyó el reglamento del lugar. Me dijo que mi madre estaría en el reclusorio por un tiempo y que, al desconocerse la existencia de algún otro familiar cercano, no habían tenido más remedio que canalizarme con ella.

Crecí a punta de golpes, así que la amabilidad de esas personas me hacía sentir incómodo. Atiné a decir un gracias presuroso y permanecí en silencio escuchando sus recomendaciones. Gumersinda llevaba muchos años al frente de la institución y tenía fama de ser exigente y mandona, pero bondadosa y justa. Cientos de chiquillos habían pisado ese lugar a lo largo de los años por diversas causas, las más frecuentes maltrato o abandono, por lo tanto Gumersinda estaba entrenada en la comprensión del dolor de los niños que, como yo, sufrían algún tipo de abuso.

A mi madre le encontraron más cargos que el intento de asesinato, también le adjudicaron la venta y consumo de drogas y la participación en el robo de una joyería del centro. La condenaron a veinte años y de fianzas ni hablemos. A mi madre nunca le conocí parientes, solo amantes. Nunca le conocí amigos, solo clientes. Y mientras ella estaba encerrada en la cárcel, yo me quedé encerrado en la Casa Hogar Monterroso.

Ahí aprendí a leer, a sumar y a multiplicar. Aprendí a jugar baloncesto y a podar los árboles. Siempre fui un niño callado,

nada pretencioso en los estudios, pero muy dedicado en el esfuerzo. Hice entrañables amigos, como Juanito Gallardo, quien hasta la fecha me visita y hasta me hizo su compadre. Nos trepábamos en el encino que estaba detrás de las canchas y jugábamos a ser marineros armando barcos con hojas de periódico que lanzábamos a la pileta de la reserva de agua. Nadie preguntó por mí durante todos esos años. Nadie me buscó y a nadie le hice falta.

A los quince años me mandaron a un internado del gobierno que estaba destinado para los más grandes. Ahí aprendí carpintería y a masturbarme. Los primeros cigarrillos de tabaco que fumé me los regaló Adolfo, uno de mis compañeros del taller de oficios. A los dieciocho me entregaron un documento en donde se hacía constar mi mayoría de edad y me dieron un diploma como Técnico Electricista. A mí siempre me gustó más la carpintería que la electricidad, pero me dijeron que a todos les daban ese certificado para que se abrieran un camino noble en la sociedad. Tuve muchas madres y muchos padres. Gumersinda, el padre Hugo, el maestro Donato, la psicóloga Eduviges. En cada persona que me cuidó o que me enseñó algo, buscaba el amor maternal que me fue negado. Lo único que me quedaba de mi trágica infancia eran las cicatrices en mi cuerpo y escasos recuerdos en mi mente. Sin embargo, un miedo recurrente me ha acompañado, siempre me he sentido desprovisto de no sé qué, como si algo me faltara, como si caminara desnudo por la vida. Tengo un frío perenne en el alma.

El saber que mi madre me quiso asesinar me dejó profundas cicatrices espirituales. Esa experiencia me arrebató ese potencial sagrado con el que nacemos todos y me hizo existir a medias, como si no mereciera estar vivo. A pesar de la fortuna de haber caído en buenas manos después de la tragedia, esa imagen de la cara de mi madre con los ojos desorbitados intentando asfixiarme ha acompañado mi sueño durante muchas noches. Cada día diez de mayo, cuando veo que todos festejan a sus madres con regalos y canciones, yo me quedo sumergido en un balde lleno de miedo,

de odio y de desilusión. Cuando quien te dio la vida te quiso matar, te quedas con la sensación perpetua de que no mereces vivir. Así deambulé por muchos años. Conseguí trabajo en una carpintería en un barrio de clase obrera. Renté un departamento de dos habitaciones en la azotea de un alto condominio de muros grises y carcomidos por el sol. Los fines de semana iba a misa, y hacía mis compras en el mercado ambulante y caminaba por el parque cercano viendo jugar a los niños. Me sentaba durante horas en alguna banca y observaba a la gente. Cuando veía pasar a una madre con su hijo pequeño de la mano, la herida interior se volvía a abrir y me imaginaba naciendo de nuevo y teniendo una madre distinta. Una que me amaba, que me protegía, que me abrazaba en las noches y que me besaba en la frente. Compraba un elote con queso y mientras lo saboreaba intentaba pensar más en el futuro que el pasado para sobrellevar mi vida.

En esas estaba cuando una noche tocaron a mi puerta. Abrí y ahí estaba de pie frente a mí. Con el rostro ajado por los años, encorvada y huesuda. Envuelta en un rebozo morado y con una desgastada maleta color azul.

-Francisco, soy tu madre, ¿puedo pasar? -me dijo con una voz que resonó intempestiva en mi memoria.

Sin decir palabra alguna le cedí el paso y le acerqué una silla. Se sentó y con la cabeza altiva prosiguió.

-Sé que no merezco que me recibas, sé que he sido una mala madre y que no tengo perdón de Dios, pero no tengo a dónde ir y acabo de salir de la cárcel. No te pido que me perdones ni que te olvides de lo que hice, solo te pido que me dejes pasar unos días contigo en lo que encuentro trabajo y un lugar dónde vivir. Paco, hijo, estoy muy arrepentida y he pagado mi condena, pero eso no quiere decir que no me sienta culpable. Solo te pido que me des asilo por unos días. Nada más.

Mi primer impulso fue echarla a la calle. El segundo abrazarla entre mis brazos. Lo que hice fue quedarme callado, con la mirada

en el piso y decirle que sí. Meciéndome entre un sentimiento lleno de odio y otro lleno de júbilo, le preparé la cama, para irme a dormir al sillón de la sala con un par de cobijas.

-Es tarde, mañana hablamos, mamá -le dije con tono evasivo.

-Gracias, Paco, Dios te bendiga -respondió, y se fue a dormir.

Esa noche encogido en el sillón me pasé la noche pensando lo que haría al día siguiente. La escuchaba roncar y sus ronquidos me confirmaban su presencia. Estaba ahí, conmigo, y yo empecé a temblar de miedo. Como el tiempo retrocediera y volviera a tener ocho años. Entre pesadillas y los ronquidos de madre pasé esa noche que se me hizo eterna. Cuando los primeros rayos del sol entraron por la ventana, me levanté y me dirigí al baño. Mientras me bañaba escuché que ella deambulaba por la casa, abría puertas y comenzó a impregnarse la casa de olor a café. Cuando salí de la ducha mi madre estaba de pie junto a la mesa y sobre la mesa una taza de café caliente y un pedazo de pan con queso. Me senté y, en silencio, le di un sorbo a la taza y una mordida al pan. Me levanté y me despedí diciéndole que tenía que irme a trabajar. Salí de la casa con un nudo en el estómago y con la cabeza llena de pensamientos confusos. Así transcurrió una semana. Yo evitándola y fugándome en el trabajo. Ella preparándose el desayuno y la cena y limpiando la casa. Después de tantos años volvíamos a estar juntos madre e hijo. Llegó el domingo y corrí a buscar al padre Hugo a su parroquia. Desde que dejé el internado tenía por costumbre pasar a visitarlo de vez en cuando. Cada día más viejo, cada día más sabio, siempre tenía para mí una palabra de aliento. Después de la misa lo puse al tanto de las cosas.

-Para perdonarla, tienes que comprenderla, Paco -me dijo el padre Hugo en tono amoroso-. Tienes que sentir empatía con ella, conocer las causas de su proceder. Eso te dará la paz que tanto has estado buscando. Habla con tu madre, escúchala, es la única manera de que uses de manera constructiva y creativa el sufrimiento de tu infancia.

Y eso hice. Regresé a casa a las cuatro en punto. Carmela se llama mi madre, es morena y menudita. Los años la han encogido y aquella mujerona con carnes bien puestas ha quedado reducida a un esqueleto con apenas carne pegada al hueso. Los años en la cárcel la envejecieron de más y sus ojos antaño llenos de furia ahora están escasos de fulgor. La encontré sentada en el sillón remendando con aguja en mano uno de los tres desgastados vestidos con los que llegó. Le pedí que hiciera la costura a un lado y que hablara conmigo, que me lo contara todo. Sus porqués. Sus culpas y sus justificaciones. Que me hablara de mi padre, de quién jamás he sabido ni el nombre.

-Seré honesta como nunca antes lo he sido, hijo -me dijo en tono firme y la dejé continuar sin interrupciones-. Después de todo lo que hemos vivido ya no hay nada que esconder ante ti. Tu padre se llamaba Uriel Venegas y era un ladroncillo de poca monta. Lo conocí a los catorce, en una cantina. Yo iba a sacar a mi papá de ahí con frecuencia. Tu abuelo murió de borracho cuando yo cumplí los quince. Mi madre tuvo otros dos hijos de otro hombre, un señor mayor que se fue a vivir a la casa con nosotros después de que murió tu abuelo. Ese señor por las noches se metía entre mis cobijas y me tocaba las partes. Cuando lo denuncié con mi madre ella me dijo que yo era una mentirosa y me corrió de la casa. No tenía a dónde ir, y mientras vagaba por el barrio me encontré a Uriel y me dijo que me fuera a vivir con él. Nunca quise saber nada de mi madre. Por unas conocidas supe que murió de cáncer en la matriz. Que le dejó dos hijos pequeños al viejo abusivo y que se fue con ellos para el norte después de que murió mi mamá. Uriel salía por las mañanas en busca de algún descuidado al que pudiera sacarle la cartera o por las noches a robarse partes de automóviles que después vendía en el mercado negro. Me llevó a vivir a una vecindad con baño común y con olor a caño. Me enseñó a fumar mariguana y a tomar cerveza, a jugar a la baraja y a robar joyas en los centros comerciales.

A medida que su relato avanzaba, entraba en mí ser una calma desconocida. Por fin tenía respuestas e imágenes más claras de mi historia, de mi procedencia, de mi origen. Escuché a mi madre con atención, la observé hablar con sus ojos dirigidos al recuerdo. La sentí honesta. Tomó un sorbo de agua y prosiguió.

-Yo amaba mucho a tu padre, hijo, para mí era mi salvador al sacarme del infierno de mi casa, y aunque me sacó de uno para meterme a otro yo me sentí feliz con él porque al comenzar a consumir drogas y alcohol la vida me parecía más facilita. Pero un día descubrí que estaba embarazada y Uriel cambió mucho conmigo. Me dejaba sola en aquel cuarto de la vecindad por días, las vecinas me regalaban un taco o algún atole, desde que supo que estaba embarazada tu padre comenzó a abandonarme. Una vecina me dijo que yo ya no le iba a interesar como mujer a tu papá. Que panzona y después con el cuerpo descompuesto y cuidando de un crío me convertiría en una carga y seguro me abandonaría por otra. Y así fue hijo. Desde que naciste, tu padre cambió mucho conmigo. Comenzó a golpearme cuando le reclamaba ausencias o rumores de infidelidades tuyas. Comenzó a maltratarme y a buscarse otras mujeres. Una noche ya no regresó. Nos abandonó en aquella vecindad sin comida y sin tocarse el corazón. Se fue con una mujer costeña y nunca lo he vuelto a ver. Una mujer en el reclusorio me dijo que lo había conocido en un bar de Tepito y que lo último que supo era que lo habían matado en una balacera callejera. Pero yo quedé abandonada y llena de odio hacia tu padre, hijo. Y tú no hacías más que recordármelo. Eres tan igual a él. Se parecen tanto que cada vez que te veía me parecía verlo a él y entonces perdía el control y al maltratarte a ti sentía que me estaba desquitando de lo que él me hizo. Lo demás ya lo sabes, comencé a beber de más, a fumar mariguana y a meterme de todo, me hice adicta a estar inconsciente tratando de olvidar mis penas. No te pido que me perdones, Paco, porque lo que hice no es de una madre. Es algo imperdonable y solo espero que comprendas que también para mí ha sido todo muy doloroso

y que pienso que ni la muerte me quitará los remordimientos, me iré con ellos hasta el infierno porque no creo que exista otro lugar para mi alma.

Después de escucharla, me arrodillé frente a ella y puse mi cabeza en su regazo. Esa noche por vez primera dormí profundo, sin pesadillas. Me sentí liberado. Perdonar lo imperdonable me regresó la fe.

Han pasado cinco años desde esa noche de reconciliación con mi pasado. A partir de ese día me propuse perdonar a mi mamá. No les diré que ha sido fácil, puesto que las cicatrices son profundas. Ella se quedó casi tres años conmigo hasta que una mañana de abril amaneció muerta. Su corazón se detuvo, cansado de esa vida pesadosa que le tocó vivir. Me tocó cuidarla y protegerla los últimos años de su vida y a pesar de que siempre hubo una línea invisible que nos impedía acercarnos demasiado uno al otro, nuestras almas consiguieron convivir en paz. El padre Hugo tuvo razón, al conocer su historia, pude comprender la mía.

Hace dos meses conocí a Isela, una buena chica que trabaja en la zapatería de la esquina de mi casa. Estoy en la primera relación amorosa de mi vida. Me siento tranquilo y dispuesto a crear un destino diferente a mi pasado. El padre Hugo tuvo razón, cuando se logra perdonar, una incuestionable paz entra en el espíritu, y una fuerza poderosa nos impulsa a utilizar de manera constructiva nuestras tragedias del pasado, en lugar de sufrir de manera permanente e inútil.

Me siento agradecido por haber tenido la oportunidad de hablar con mi madre y comprender los «porqués»; los «paraqués» me corresponden a mí y espero que todo lo que el futuro me los vaya descifrando poco a poco. Me siento agradecido por haberle podido expresar a mi madre mi dolor y el miedo que su proceder encajó en mi corazón. Me siento libre porque pude cancelar su deuda, liberarme del peso de sus acciones, para así poder ir más ligero por la vida, dispuesto a trascender mi pasado, porque el perdón borra lo que el tiempo no puede.

SIN DIGNIDAD

*Tomemos cada experiencia, por dolorosa que sea, con alegría.
Pensemos en que nos da el material didáctico
suficiente para la autorrealización.*

Samuel Aun Weor

Lo que me ha lastimado siempre de mi madre es su sumisión. El verla soportar todos los maltratos de parte de mi padre y de mis hermanos, su actitud evasiva y silenciosa que la envuelve en un misterio impenetrable. Sus recurrentes achaques y su conducta de víctima me han lacerado el corazón a lo largo de los años. El verla conducirse sin autoestima, sin pelear por sus derechos y sin convicciones me hizo perderle el respeto y alejarme de ella durante muchos tiempo. Su poco cuidado personal y su falta de aseo me hicieron sentir vergüenza de ella. Es espantoso lo que digo y todavía me siento culpable por fabricar tan desvalorizado concepto de ella.

Luz Elena se llama mi madre. Es de origen humilde, hija de dos jornaleros de los campos de Sinaloa. Creció en una casa de piso de tierra y paredes de adobe y soportó los rayos del sol más intenso en su rostro desde muy temprana edad, cuando los abuelos se la llevaron con ellos a participar en la cosecha de tomates allá por el Campo Batán. Apenas pisó la escuela y apenas aprendió a sumar y a restar. Tuvo doce hermanos, siendo ella la quinta, a dos los mataron a balazos en una riña callejera. Otros tres se fueron a Estados Unidos apenas cumplieron los quince y las restantes que

son mujeres siguieron el camino trazado por tradición de casarse chicas, llenarse de críos y atender a sus maridos. Mi madre no fue la excepción. Se casó con mi padre a los diecisiete y estuvo con él hasta que la cirrosis se lo llevó a la sepultura. En mis recuerdos de infancia siempre la veo agachada frente al lavadero tallando con lejía la ropa sucia de su señor y de sus cinco hijos. Otras veces la recuerdo sentada al atardecer en su mecedora de madera, tejiendo carpetas de hilo cristal que después regalaba a sus comadres y vecinas. Sin más aspiración que tener la ropa limpia y la mesa servida, sin más interés que el de cuidar a su hombre. Porque siempre supo ser mejor esposa que madre. Se le daba más soportar los gritos y malos tratos de mi padre que los gritos de mis hermanos pidiendo comida. A nosotros nos entregó a la venia divina, aprendimos a cuidarnos solos desde chiquillos. Para ella lo más importante era no hacer enojar a mi padre y tenerlo contento.

En sus años mozos era una mujer bonita, con una larga cabellera oscura que trenzaba con listones. Nunca se maquilló ni uso ropa llamativa, eso molestaba a mi padre y ella lo obedecía ciegamente. No sé en qué momento perdió la voluntad y el libre albedrío hasta el punto anularse ella misma. Nos entrenó a los hijos para rendirle pleitesía al señor de la casa y, ante la menor manifestación de rebeldía de nuestra parte, se echaba a llorar y nos suplicaba que no la fuéramos a matar de un coraje. Siempre tuve miedo de matar a mi madre de un susto, siempre tuve miedo de hacerle daño. La fragilidad de su cuerpo, de su mirada, de su carácter, nos instruyó en el arte de sobreprotegerla y cuidar cada uno de nuestras acciones para no lastimarla. A sus hijos no les estaba permitido dañarla, pero a mi padre le permitía todo. Eustaquio se llamaba mi papá, y era un campesino dicharachero y bailador. Lo conocían como «Taco» y tenía fama de mujeriego. Era la adoración de mi madre, a quien no le importaba nada más que complacerlo.

Fuimos cinco hijos, tres mujeres y dos hombres nacidos en ese orden. Primero llegó Epigmenia, la mayor, después Eduviges y enseguida yo, de nombre Mireya. Dos años después de mí nació Eustaquio y por último Carlos, el chiquito de la casa. Está por demás decir que hubo un tipo de educación para las mujeres y otro muy diferente para los hombres. A nosotras nos correspondía colaborar en todas las labores del hogar mientras que a ellos se les permitía salir a la calle desde que amanecía. Al paso del tiempo mi padre compró unas parcelas y construyó una finca de tabique con paredes azules y la situación económica mejoró un poco. Seguíamos siendo pobres pero ya no miserables. A las niñas nos dejaron ir a la escuela hasta sexto grado de primaria, después mi padre le decía a mi mamá que ya era hora de dejar de perder el tiempo y nos regresaba a la casa para ayudar con los quehaceres. Aprendimos a hacer queso de leche de cabra y «pan de mujer», al que le llaman así porque no tiene huevos. Los domingos a la orilla de la carretera nos mandaban con mi hermano Eustaquio a vender los productos y regresábamos por la tarde, asoleados y sudorosos, para seguir ayudando a mi madre a preparar la cena.

A veces preparábamos pan de trigo, cebada y mole, y nos quedábamos esperando durante horas la llegada de mi padre para comer. No podíamos empezar a probar los sagrados alimentos en su ausencia. Hasta que el sol se escondía, mi madre se daba por vencida y nos permitía echarnos un taco. Entrada la noche escuchábamos llegar a mi padre más borracho que una cuba. Mi madre nos ordenaba quedarnos en nuestras habitaciones. Ella se levantaba a esas horas a calentarle la cena, a soportar sus insultos, a oler su hediondez y a limpiar sus vómitos. A la mañana siguiente la escuchábamos desde temprano caminar por la cocina, preparando chilaquiles picosos y una jarra de café para que su hombre se repusiera de la cruda. Todo esto me parecía indigno, y desde muy temprana edad he saboreado el odio, el resentimiento,

la furia y la vergüenza. Me hacían sentir que tenía una madre sin dignidad.

Cuando le preguntaba a mi madre por qué permitía semejante trato de parte de mi papá, ella se ponía seria y en tono imperativo me decía: «Es mi esposo y tú no eres nadie para juzgar a tu padre, es su forma de quererme, además no nos falta nada, nos tiene bien atendidos.» Se me hacía indigna su respuesta y el coraje me cocía las entrañas. Tenía que quedarme muda, tragarme mis palabras y evitar hacer enojar a mi madre. Ella siempre ha dicho que esa fue su cruz y que había que cargarla con resignación.

Yo nunca me resigné a ser como ella. Jamás me imaginé siguiendo su ejemplo. Desde siempre he deseado superarme, salir de ese hoyo y mejorarme en todos los sentidos. Eso no estaba permitido y tuve que escaparme de la casa cuando cumplí los dieciocho. Para ese entonces ya Epigmenia, mi hermana mayor, estaba casada y vivía en un rancho vecino, y Eduviges andaba noviendo. Eustaquio y Carlos andaban en sus asuntos, aprendiendo a beber con mi padre y conquistando muchachas en los campos de pepino. Se hicieron igual de groseros con mi madre y ahora las humillaciones que soportaba venían de tres y no de uno.

Metí un par de vestidos en una vieja bolsa de cuero, mi cepillo de dientes y el del cabello, un desodorante y un par de zapatos, tres calzones y un sostén. Fue todo con lo que salí esa mañana de mayo, buscando un futuro diferente, un destino distinto. Muchas veces le pedí a mi madre que me dejara ir a estudiar a la ciudad y nunca lo permitió. Cuando lo hablé con mi padre, él se rió a carcajadas y me dijo que me había vuelto loca, que las mujeres no estudian, sino que se casan, y que aplacara mis ideas revolucionarias. Yo buscaba la mirada de mi madre buscando apoyo, pero lo único con lo que me topé fue con su mirada clavada en el piso y escuché con su voz sin fuerza decirme: «Tiene razón tu padre, Mireya, aplácate».

Lo mismo le pasaría tres años después a mi hermano Carlos cuando buscó el apoyo de mamá para convencer a mi padre para que lo dejara estudiar veterinaria. Mi padre le dijo que no tenía dinero para eso, y mi madre le dio la razón. Carlos se quedó trabajando con mi padre en el campo hasta que un buen día se fastidió y decidió irse a probar fortuna en los Estados Unidos. Así nos fuimos yendo uno a uno, con aspiraciones truncadas, con sueños jamás escuchados, con resentimiento y frustración. Creo que la única que no padeció de eso fue mi hermana Epigmenia quien siempre se visualizó cuidando chamacos y obedeciendo al marido igual que mi mamá.

Mi madre nunca defendió nuestros sueños, nunca compartió nuestros anhelos. Sumisa y obediente, silenciosa y agachada, acumuló años y penas, golpes e insultos. En silencio soportó los rumores de que mi padre tenía otra familia en un pueblo de Nayarit, el estado vecino. Sin reclamarle nada se dijo a sí misma que así era la historia que le tocó vivir y envuelta en su rebozo esperó la vejez al lado de su señor. Mi padre murió de cirrosis, producto de sus excesos. Yo pensé que muerto el perro se acababa la rabia, pero no. A partir de ese día se vistió de viuda perpetua, y se dedicó a hablar maravillas de su hombre difunto, a llorarle por siempre diciendo a todo mundo que su vida no valía la pena sin él y que todas las mañanas le pedía a su Dios que la recogiera.

Su sumisión me lastimó por muchos años. Pero intentando sacudirme su ejemplo de sumisión encontré mi valentía, mi capacidad para enfrentar los problemas, me hice audaz y decidida. Quería sacar su ejemplo de mi piel, de mis ideas, olvidarme de sus pocas ganas de amar la vida. Llegué a Tepic, la capital del estado vecino, me conseguí un cuarto y un trabajo de cocinera. Me metí a la escuela sabatina y desafié a la adversidad. Me convertí en una guerrera, con el corazón dolido y una armadura fabricada con rencores que me protegió de mi pasado. No ha existido golpe que no resista ni caída de la que no me levante.

Mi madre se quedó sola en la casa del campo, regando sus parcelas y vendiendo pan de mujer los domingos. Se llenó de arrugas y siguió coleccionando achaques, porque si no está enferma está triste, y si no está triste está deprimida. Cada vez que la visitamos su discurso es el mismo, melancólico y quejumbroso. Sigue igual de silenciosa, de misteriosa, ocultando lo que piensa. Ni los nietos la han cambiado. Tiene un nieto preferido que es el hijo mayor de mi hermana Epigmenia, dice que es la reencarnación de mi padre, que son el vivo retrato. Mis hermanos se sienten dolidos por el trato tan diferente que les da a los nietos. Pero así es ella, Luz Elena, la viuda del Taco.

Así la entrenó la abuela, y la bisabuela a la abuela, y cada una de las mujeres de su pasado. Ser una buena mujer era ser una esposa sumisa, sin aspiraciones ni ideas propias. Sin deseos ni motivaciones extrañas. Dice mi hermano Carlos que a mí me tocó romper con esa condena. Truncar esa herencia de sumisión. He logrado ser una profesionista, me titulé como Licenciada en Relaciones Internacionales. Trabajo para una empresa transnacional que exporta hortalizas a Estados Unidos. Me casé hace tres años con Rafael, un ingeniero civil que conocí en una reunión de negocios.

Dos años después de enviudar se apareció una mujer en la casa de mi madre para presentarle los dos hijos que tuvo con mi papá. No iba en son de guerra ni a reclamarle nada, solo quería que sus hijos conocieran a sus medios hermanos. Mi madre nos mandó llamar y nos dijo que teníamos que verlos como hermanos porque eran hijos de nuestro padre difunto. Ni muerto dejó de lastimarla y ni viuda ha dejado de justificarle todo. Nunca nos ha dicho que nos ama, y nunca nos ha reconocido nuestros logros. Para ella nuestras vidas son remotas a su existencia. A veces pienso que se ha creado un mundo propio en donde no necesita más que el recuerdo de mi padre para sentirse en paz.

Mi madre sigue sin poner atención a su cuidado personal, no sale, no tiene amigas, se ha refugiado en el recuerdo de mi padre. Nunca visita a sus hijos, dice que a los hijos les corresponde buscar a los padres y no a la inversa, que ella está donde ya sabemos para cuando queramos verla. A mí me sigue doliendo ver cómo vive, pero he aprendido a aceptar su decisión de ser así para siempre. Ya no la juzgo y he comprendido que yo no soy nadie para cambiarla. Para poder vivir mi vida libre de miedos y de culpas he tenido que perdonarla y trascender sus acciones. En lugar de centrarme en mis sentimientos heridos me he enfocado por encontrar la paz, la amabilidad y la bondad en lo que me rodea. De nada sirven los éxitos mundanos si no se logra la paz espiritual. Por eso a pesar de que aún me lastima su manera de ser, he aprendido a construir un sentimiento amoroso hacia ella, que se ve reflejado en una mayor tolerancia a su presencia y una forma más cariñosa en mi trato. La visito de vez en cuando y a pesar de sentir que somos como el agua y el aceite y de que no tenemos casi nada de qué hablar, me he acercado en un intento de poner en paz mis demonios.

Quiero formar una familia, procrear unos hijos y heredarles sentimientos sanos, que crezcan al lado de una madre con aspiraciones y dignidad que lucha por sus anhelos y aprende de sus errores. He elegido a un hombre que me respeta, que es mi compañero y estimula mis sueños. Perdonar a mi madre no la ha cambiado a ella, me ha cambiado a mí y eso es lo esencial.

INDEFENSO

*Perdonar es liberar a un prisionero
y descubrir que el prisionero eras tú.*

Lewis B. Smedes

Ella lo supo y nunca hizo nada. Se limitó decir que esas cosas no pasaban bajo el techo de su casa y todo lo redujo a historias fantasiosas que su hijo inventó. Dejó que la vida pasara sin buscar culpables, sin reclamar justicia alguna. Y yo crecí sintiéndome culpable de un acto que otro cometió. Cuando uno es niño y se le educa para obedecer, no se tiene voz propia y se es indefenso. Así me he sentido siempre, indefenso frente a la vida. Mi nombre es Alejandro y he sido víctima de abuso sexual infantil. El hermano de mi madre me violó cuando tenía siete años. Se lo dije y ella no me creyó. Su hermano era la personificación de un ser intachable, y yo solo era un niño. Decidió ignorar mi testimonio y se inclinó por la versión de que yo era un niño fantasioso, y que aquello era un producto de mi imaginación. Me pidió que no le dijera nada a nadie y entonces me quedé callado y comencé a tener pesadillas y sentirme tremendamente solo.

Mi madre proviene de una familia tradicionalista que le rinde culto a la apariencia. Sus padres la educaron para ser exitosa y formar una familia cimentada sobre las más rígidas normas morales. Fue la hija mayor de cuatro hermanos. Dos hombres y dos mujeres. Primero nació mi madre Rocío, después la tía Rita, enseguida el tío Alfonso, y por último el desgraciado del tío

Horacio. Fueron educados en colegios católicos y clubes deportivos. Los cuatro se hicieron diestros en el tenis, deporte que siempre practicó mi abuelo Fernando. La abuela Teresa consagró su vida a vigilar a sus vástagos, a mantenerlos apegados a la vida decente y a los buenos modales. Mi madre estudió mercadotecnia y ha trabajado para grandes firmas mercantiles del país. Ha sido orgullo y ejemplo para sus hermanos. Conoció a mi padre Fabricio, durante una cena en casa de unos compadres de mis abuelos. Procedentes de entornos semejantes, les fue fácil congeniar y enamorarse. Mi padre era gerente de una empresa automotriz y su carrera iba en ascenso. Un futuro prometedor era su destino y con la bendición de sus familias se casaron un nueve de mayo en la Iglesia de San Sebastián, la más ostentosa de la región.

Mis padres se dedicaron a trabajar y a cosechar éxitos en sus carreras. Compraron una gran casa en un fraccionamiento privado de la ciudad. Con alberca y amplios jardines rodeados de altos pinos. Mi madre la decoró cuidando cada detalle. Eran la pareja ejemplar, el modelo a seguir y el maravilloso cuadro se completó con la llegada de mi hermana mayor, Viviana, quien hizo que mi madre renunciara por unos años a su trabajo para quedarse a cuidarla los primeros tres años de vida. La familia perfecta. El retorno de mi madre a sus labores profesionales se atrasó con la noticia de otro embarazo. El mismo día de mi nacimiento, mi madre se ligó las trompas de Falopio porque consideró que ya tenía la parejita y un tercer hijo no les interesaba. Ella tenía suspendidos sus sueños profesionales desde el nacimiento de Viviana, así que le pareció justo cerrar la fábrica de bebés para regresar a realizar sus metas. Apenas cumplí dos años, ella encontró una oportunidad en una agencia de créditos hipotecarios y retomó el ejercicio de su profesión. Viviana y yo nos quedamos a cargo de nanas y de vez en cuando de las abuelas que la suplían como chofer o nos preparaban comida en sus ausencias. Mi madre era una mujer muy hermosa, de grácil caminar y caderas cadenciosas. Se vestía con

ropa de marca y cuidaba cada detalle de su arreglo personal. La recuerdo siempre a la moda, sofisticada y segura. Dispuesta a conquistar al mundo. Mi padre la idolatraba. Él se había forjado una exitosa carrera en el ramo automotriz y viajaba mucho al extranjero. Regresaba cargado de regalos para Viviana y para mí. Recuerdo los primeros años de mi vida con nostalgia, fueron buenos momentos, correteando al gato por el jardín o atrapando insectos que metía en frascos de cristal que guardaba en una caja etiquetándolos con el nombre científico de cada uno. A pesar de las ausencias de mis padres, los disfrutaba cuando estábamos todos juntos. Me gustaban las noches de los sábados en que mi padre llegaba a la casa con películas de vaqueros que veíamos tirados sobre el salón comiendo palomitas. Nos enviaron a escuelas privadas en donde la disciplina y el temor a Dios eran el ingrediente cotidiano. Los abuelos maternos nos visitaban con más frecuencia que los paternos. La abuela Teresa se quedaba por dos o tres días en el cuarto de visitas y nosotros éramos felices con su presencia porque nos preparaba pasteles de zarzamora con queso que mi hermana y yo devorábamos en un santiamén. Todo parecía perfecto, sin mayores tragedias que las típicas discusiones de pareja que luchan por el control de la televisión o por los gastos de la casa. Mis padres siempre superaban sus desacuerdos con abrazos y todos éramos felices rodeados de ese cariño.

Sin embargo, un día mi padre cayó enfermo y el diagnóstico fue fulminante. Cáncer en los huesos. En pocos meses perdió la mitad de su peso y su trabajo. Le dieron una buena indemnización en la empresa y conservó su seguro de gastos médicos. Pasaba la mayor parte del tiempo en su alcoba, con las ventanas cerradas y las cortinas corridas, en la penumbra. Mi madre seguía trabajando con más ahínco que nunca y nos suplicaba a Viviana y a mí que no importunáramos a mi papá con ruidos ni con nuestras demandas. Que estaba enfermo y lo teníamos que dejar descansar. Fueron tiempos de mucho silencio en la casa, dejamos de escuchar

música y de ver películas. Nos limitábamos a asistir a la escuela y a encerrarnos en nuestras habitaciones después de comer para hacer nuestros deberes. Fue un tiempo de abandono para mi hermana y para mí, porque dejamos de jugar para no hacer ruido y dejamos de charlar entre nosotros para no molestar. Obedientes seguimos las instrucciones de mi madre al pie de la letra y nos hicimos silenciosos e inventamos un lenguaje de señas para comunicarnos entre nosotros sin hacer ruido. La convalecencia de mi padre se hizo muy larga, se sometió a tratamientos experimentales y tomó todas las pócimas que le recomendaban buscando la cura para su mal. Fueron meses que se hicieron años, en los que tuvimos un padre medio vivo, medio muerto, existiendo en la penumbra y al que no podíamos acercarnos con frecuencia.

Entonces llegó el tío Horacio a vivir a la casa. Se había ido varios años a radicar a España. El abuelo había enviado a ese país a estudiar arquitectura y se quedó a trabajar varios años allá para una firma portuguesa. Las cosas no le salieron como esperaba y se regresó a México. A la abuela se le ocurrió que era buena idea que se fuera a vivir con nosotros para apoyar a mi madre en esos momentos difíciles. Era el único soltero, la tía Rita ya se había casado hacía años y vivía en otra ciudad. El tío Alfonso era el brazo derecho de mi abuelo en los negocios y construyó una casa en el mismo fraccionamiento en el que estaba la casa de los abuelos, donde vivía con su esposa y sus dos hijos.

A pesar de la tragedia de la enfermedad de mi padre, seguíamos siendo una familia ejemplar, trabajadora, exitosa y con un lugar privilegiado en la sociedad. Con un maquillaje impecable y discreto y finas ropas, mi madre disfrazaba sus angustias y su dolor y ante todos los demás era la mujer talentosa y productiva que cargaba sobre sus hombros la enfermedad de su buen marido. El dinero no era problema, durante ese tiempo a mi madre le fue muy bien en su trabajo y tanto sus padres como los padres de mi papá no dejaron de ayudarla en lo que se necesitara al paso. La

enfermedad de mi padre se convirtió en el centro de nuestra vida y alrededor girábamos todos esperando un milagro.

El tío Horacio consiguió un trabajo en un reconocido despacho de arquitectos, ayudado por las relaciones de mi madre, y se acomodó a sus anchas en una de las habitaciones de la planta superior de nuestra casa. Mi madre le vivía agradecida porque tener un hombre en la casa que le brindara apoyo era algo que necesitaba y quién mejor que su hermano menor para hacerlo. Era alto y fornido, con los ojos chiquitos enmarcados por unas espesas cejas que recortaba con unas tijeritas cada mañana frente al espejo después de ducharse. Se vestía con trajes de colores claros y usaba mocasines de piel suave sin calcetines. Siempre tuvo más inclinación por mí que por mi hermana Viviana. Me decía que jugar con niñas no le gustaba, que entre hombres nos entendíamos mejor. Me llevaba al cine los viernes por la tarde y me compraba paletas de piña en la dulcería. Nunca sentí nada raro, nunca dudé de sus intenciones. Mi madre estaba día a día más agradecida con él por los cuidados que me prodigaba. Un día, mi madre decidió que mi hermana se fuera a vivir con la abuela Teresa de manera indefinida, para que estuviera más al pendiente de enseñarle lo que se les enseña a las niñas. La empresa donde trabajaba mi mamá se expandió por varios estados y entonces tuvo que comenzar a viajar y nos dejaba a mi padre y a mí bajo el cuidado del tío Horacio, quien, apoyado por dos sirvientas, se hacía cargo de todo.

Entonces, aprovechando una de las frecuentes ausencias de mi madre, una noche mientras los demás dormían, el tío Horacio se metió a mi recámara. Me dijo que no podía dormir y que le hiciera un espacio y yo confiado e inocente me hice a un lado para que se metiera en mi cama. A los poco minutos sentí sus manos recorrer mi cuerpo indefenso, me tomó la mano izquierda y me hizo tocarle el pene. Yo no supe qué hacer, dejé que manejara mi mano a su antojo, sentí cómo se endurecía su miembro para después lanzar un quejido y mojar mi mano con su semen. Se levantó y se metió

al baño. Yo me quedé petrificado mirando el techo. De mi pecho parecía querer salir el corazón. Quería gritar pero no lo hice. Estaba petrificado. Cuando salió del baño se sentó junto a mi sobre la cama y me dijo: «No le digas a nadie nuestro secreto, esto es un juego entre tú y yo y no te gustaría que tu padre se muriera de un disgusto o que tu madre te regañe por jugar conmigo». Lo dijo de una forma amenazante, con sus ojillos brillando en la penumbra. Esa noche la pasé llorando con la cabeza tapada con la cobija.

Lo peor estaba por venir. No podía evitar toparme con el tío Horacio. Le evitaba la mirada y como siempre fui un niño silencioso nadie leyó las señales de angustia en mi rostro. Mi madre regresó de su viaje y eso me hizo sentir más tranquilo porque pensé que estando ella en casa no permitiría que el tío me obligara a jugar con él. Pero mi madre volvía a irse y yo me quedaba indefenso en la casa, con mi padre incapacitado, con las criadas y con el tío. Tres veces más se metió a mi cuarto por las noches, me pedía que lo dejara meter su pene en mi boca. La noche en que llegó a penetrarme la recuerdo como la peor de mi existencia. Al día siguiente no quise ir al colegio, dije que me dolía el estómago y como la pasé vomitando, una de las criadas me compró una suspensión y me preparó infusiones de manzanilla. Mi padre en su habitación enfermo, mi hermana en casa de la abuela, mi madre trabajando, las criadas haciendo sus labores, todos en lo suyo y yo revolcándome en mi miedo. Me sentía más solo que un naufrago en mitad del mar. Las sirvientas le dijeron a mi madre que algo me estaba pasando porque comencé a mojar la cama y a bajar mi rendimiento en la escuela. Ella me sentaba en la sala y me decía que no quería más problemas de los que ya enfrentaba, que con la enfermedad de mi papá y sus obligaciones tenía suficiente, que no le diera preocupaciones y que entendía que su ausencia me afectaba pero que por el momento así era la situación y que la apoyara mejorando mi conducta. En una de esas charlas, cuando me preguntó qué es lo que estaba sucediendo conmigo, le dije

que el tío Horacio no me gustaba, que me lastimaba. Ella fue letal con su respuesta: «¡Por Dios, Alejandro, si el pobre no hace otra cosa que ayudarnos! Si a veces es duro contigo es por tu bien, no inventes historias». Yo me sentí culpable y sin su apoyo. El tío Horacio se paseaba por la casa a sus anchas, como amo y señor del territorio, mientras yo me la pasaba buscando rincones dónde esconderme y evitando su presencia.

Entonces murió mi padre. Su muerte trajo mucha tristeza a mi corazón pero al mismo tiempo me salvó de las garras del maldito tío. Mi madre decidió poner en venta la casa y compró un departamento cerca de su trabajo. Viviana regresó con nosotros y los tres volvimos a estar juntos. El tío Horacio se regresó a vivir a casa de los abuelos y tres meses más tarde se fue a España porque un amigo le ofreció una oportunidad de trabajo en Alicante.

Cuando cumplí trece años, volví a platicar con mi mamá sobre el tema del abuso. Ella estaba cansada de mi conducta taciturna y de mi poca habilidad para hacer amigos. Esa noche le conté los detalles del abuso sexual de mi tío. Ella se quedó callada, con escasas lágrimas en sus ojos me abrazó e insistió en que eso no pudo haber pasado, que esas cosas no pasan en nuestra familia, me dijo que eran producto de mi imaginación y que la enfermedad de mi padre me había afectado demasiado. Me pidió que nunca repitiera esas historias frente a nadie y que me olvidara del asunto. Jamás volví a tocar el tema. Me volví a sentir culpable, como si yo hubiera cometido el delito. Mi confesión fue ignorada y me sumergí en un abismo lleno de miedos, sin poder salir de ahí durante muchos años.

Cuando escucho que el tiempo lo cura todo, no estoy de acuerdo. Para mí el transcurso de los años no eliminó mi dolor; lo único que he logrado es aprender a vivir con el dolor escondido en las profundidades de mi conciencia. Es persistente y recurrente. Me sorprende cuando menos lo espero. Me falta la respiración, me da pavor el futuro y aún tengo pesadillas que, aunque cada

vez son menos frecuentes, siguen siendo igual de espantosas. Socialmente funcional y emocionalmente inepto.

Mi hermana Viviana se casó con un inglés y ahora radica en Londres. La abuela Teresa murió dos años antes que el abuelo Fernando. Mi madre se dedicó a cosechar éxitos profesionales y llegada la hora se jubiló y compró un chalet en la playa. El tío Horacio jamás regresó de España, formó una familia en Alicante y murió de cáncer de próstata. Al saberlo muerto sentí paz pero no justicia. Yo estudié diseño gráfico y trabajo para una agencia de publicidad en el norte del país. He tenido un par de novias, pero no me he casado. Estoy en el proceso de superar el miedo de convivir en la intimidad con alguien más.

El perdón hacia mi madre llegó a mi espíritu cuando me hice miembro activo de una asociación civil que ayuda a niños que han sido abusados sexualmente. En mi búsqueda por encontrar la paz me topé con una psicóloga clínica que me ha ayudado mucho en mi proceso. Ayudando a otros me he ayudado a mí mismo. Me documenté y aprendí que casos como el mío son más frecuentes de lo que uno piensa y en la mayoría de las ocasiones suceden al interior de la familia. Casi siempre es un familiar o persona cercana a las víctimas. Es un mito que el abuso solo ocurre en familias desestructuradas, ocurre en cualquier familia y en todas las clases sociales. Hablar de lo que me sucedió y al mismo tiempo escuchar las historias de otras víctimas, ha liberado mi culpa y he llegado a entender que mi madre reaccionó como pudo, presa de las estructuras morales con las que fue educada. Dejé de juzgar para comprender y le he dado sentido a mi sufrimiento. Sigo luchando con mis miedos y con mis inseguridades, me queda mucho trabajo por hacer con mis emociones enfermas, pero ya estoy en el camino y eso es lo importante. La cicatriz nadie me la quitará, pero estoy aprendiendo a amarme cicatrizado y a convertir el oscuro recuerdo en sabiduría para ayudarme a mí y ayudar a otros.

Cuando visito a mi madre, a veces quisiera decirle que me hubiera gustado que me defendiera, que comprara una pistola y le llenara la cabeza al tío Horacio de plomo. Me gustaría decirle que he caminado por la vida sintiéndome sucio, desprotegido, culpable, que vivo lleno de angustias y de miedos. Pero eso no ha sido posible. Me da miedo alterarle la paz de su vejez y me conformo con sus cariñosos abrazos. He intentado convencerme de que lo que hizo, lo hizo pensando que estaba en lo correcto, y que si tuvo la mínima sospecha de que mi revelación era verdadera, no supo qué hacer y prefirió ignorarla por la paz de la familia. Dicen que Dios envía las peores batallas a sus mejores guerreros y que las peores batallas del corazón solo encuentran la victoria en el perdón.

PASMADO

*Si conociéramos el último porqué de las cosas,
tendríamos compasión hasta de las estrellas.*

Graham Greene

Son las siete de la mañana y suena el teléfono. Levanto el auricular y escucho la voz de mi madre.

-Juanito, buenos días, hijo, ¿estás despierto?

-Buenos días, mamá, justo con tu llamada me he despertado -digo con voz amodorrada.

-¿Estás resfriado, hijo? Te escuchas mal -me dice con esa voz lamentosa que tanto detesto.

-No, mamá, solo acabo de despertar, ¿qué pasa?

-Es que tu tía Cristina me llamó ayer por la tarde y me dijo que si podía recibir en mi casa a la Virgen de la Salud, la traen de gira por la ciudad y se le rezan rosarios para pedir por el bienestar de todas las familias, y le dije que sí...

-Mamá, son las siete de la mañana -la interrumpo pasmado-. ¿No podrías haberme llamado más tarde para contarme esas cosas?

-Hijo, es que esto es importante, no a cualquiera se le da la oportunidad de recibir a la Virgen en su propia casa, y me dije: «A primera hora se lo cuento a mi Juanito».

-Muy bien, mamá, muy bien, ahora déjame dormir un poco más, es sábado y quisiera aprovechar que no tengo que madrugar para descansar un poco más, tuve una semana muy pesada.

-Es que ya te he dicho que no deberías trabajar tanto, Juanito, te pueden regresar esas fiebres que te daban de niño y que tantas penas me dieron, y además para lo que te pagan no tienes por qué esforzarte tanto, un día te darán una patada en el trasero y quedarás enfermo y nadie te lo agradecerá.

Y continúa sin descanso su perorata mientras yo meto el auricular bajo la almohada derrotado una vez más ante la imprudencia de mi madre.

Me sigue diciendo «Juanito», a pesar de mis treinta y tres años cumplidos. Lo peor es que lo hace enfrente de conocidos y extraños. Los momentos más incómodos de mi existencia los ha fabricado mi madre envueltos de amor incondicional y de imprudencia cariñosa. He perdido la cuenta de las ocasiones en que ha logrado ruborizar mi semblante agobiado por las historias de mi infancia o de mi adolescencia que relata a los demás, o lo que es peor, cuando les cuenta a otros acerca de mi vida amorosa.

-Pues sí, comadre, este es mi Juanito, hoy ha venido a visitarme por fin, gracias al cielo ya terminó la relación con la tal Malena, viera que mal trataba a mi niño, nunca fue de mi entero agrado, además se vestía como una cualquiera -le platica a Eulalia, mi madrina de bautizo, y yo ahí parado junto a ellas, como un estúpido y respirando hondo para no perder el control y ser más imprudente que mi mamá.

Mi madre se llama Eugenia, es una señora menudita de media estatura y cabeza llena de cabellos blancos y de ideas disparatadas. Imprudente como nadie, y experta en meterse a la vida de los demás de manera tan sutil y bondadosa que nadie se da cuenta de que lo ha hecho, hasta que se genera un conflicto, situación a la que ella responde con una majestuosa retirada diciéndose a sí misma y a los demás «que no valoran su ayuda ni sus buenas intenciones». Añora el tiempo en el que la familia vivía junta y revuelta en viviendas cercanas. La tía Xóchitl (su hermana mayor), en el número 28 de la calle Morín, Cristina (su hermana menor),

en el número 24 y mi madre Eugenia en el 30. Habitando las casas que el abuelo Román les heredó después de morir de una caída de dos metros de altura cuando andaba trepado en un poste instalando cables para la compañía telefónica en la que trabajó durante toda su vida. Romelia, mi abuela materna, se quedó habitando la casa grande del número 26 de la calle, con su único hijo varón que llevaba el mismo nombre que mi abuelo, ahí en esa casa nos reuníamos cada domingo sus hijos, sus yernos, su nuera y sus nietos para degustar el rico mole que preparaba con devoción y meticulosidad. El sabor de ese mole es uno de los mejores recuerdos de mi infancia.

Sentí que crecí en una especie de congregación matriarcal en donde los roles estaban muy bien asignados. La tía Xóchitl era la santurróna, la que, tan pronto se asomaba el sol, salía con su mantilla de encaje sobre la cabeza corriendo hacia la iglesia para la misa de seis. Se casó con un electricista, el tío Jacobo, hombre silencioso y sumiso que se integró muy bien al entorno matriarcal, se dedicó a trabajar y tuvieron dos hijos que con el paso de los años siguieron sus pasos y terminaron también ejerciendo el oficio de electricistas. La tía Cristina era la que sabía coser, bordar, tejer. Pasaba horas en el portal de su casa, entre hilos, telas y bastidores fabricando ridículas prendas con figuras de barquitos o trenes hechos en punto de cruz que después nos obligaban a usar a mis primos y a mí durante las reuniones de los fines de semana. Les confeccionaba vestidos a sus hermanas y sobrinas y también sotanas al Padre Chepe, que visitaba a la abuela Romelia cada lunes primero de mes; esta tía se casó con un psicólogo de nombre Lucho, más loco que todos los integrantes de mi familia, que después escribiría un libro titulado Familias amalgamadas, y sospecho que su inspiración fuimos todos nosotros. El tío Román era el que tenía el rol del príncipe y se sentaba a sus anchas bajo los rayos del sol en la banqueta, esperando que cualquiera de las mujeres del clan le llevara su acostumbrada cerveza o tostadillas

con requesón y chile serrano. El abuelo le enseñó su oficio y logró quedarse con la plaza laboral del abuelo después de su mortal accidente. Mi madre, la acomedida Eugenia, desarrolló soltura de habla, facilidad para relacionarse y argucia para meterse en la vida de los demás. Su rol era visitar cada día las casas de cada uno de los integrantes de la familia para llevar chismes de una a otra, además de asumir el papel de «la que siempre ayuda a todos». Se hizo fama de entrometida, de metiche y de imprudente, pero creo que nació embarrada de mantequilla porque todo comentario de crítica o invitación a la cordura se le resbala. Se casó con Juan Contreras, un modesto médico cirujano partero que además de heredarme su nombre, me heredó su prudencia y su gusto por el boliche. Tengo una hermana menor de nombre Karenina, que siguió los pasos de mi padre, estudió medicina y el día de hoy ejerce como ginecóloga, se casó con un médico forense y se fue para la capital.

Y así fueron los tiempos pasados, la tía santurróna, la tía costurera, el tío que se sentía el rey, y la metiche, todos viviendo hacinados en viviendas construidas sobre un amplio terreno, heredado por los ancestros del abuelo Román. Todos juntos y revueltos, en un lugar donde las puertas se usaban para que no entraran el viento o los moscos, pero que jamás sirvieron para poner límites ni respetar la privacidad de cada una de las familias. Todos entrábamos de una casa a otra sin tocar puertas y la abuela Romelia tenía llaves de cada una de las casas de sus hijos, «por si se llegara a ofrecer algo».

Mi madre añora esos tiempos que ya se fueron. Esos tiempos en que estaba al tanto de los acontecimientos de la vida de todos los integrantes del clan. Pero el tiempo no se detiene y su eterno compañero, que es el cambio, configura distintos escenarios y hace diferentes a las personas. La abuela Romelia murió de un padecimiento intestinal que la tuvo convaleciente los dos últimos años de su vida. El esposo de la tía Xóchitl encontró un mejor

trabajo en una ciudad remota y cargó con mujer y su dinastía de electricistas, poniendo su casa en renta. Esa fue la primera casa del clan que fue habitada por extraños de apellido diferente. La tía Cristina se divorció del psicólogo y sus hijos se fueron con el padre, que era el de mayor poder económico. Se quedó sola y amargada cosiendo sotanas para los sacerdotes de la parroquia y viviendo de la pensión que le pasa el ex marido. El tío Román se inclinó por la bebida y el juego, lo mataron de un balazo afuera de un motel de paso. Dicen que fue por deudas de juego, otros cuentan que fue un asunto pasional. Su viuda dice que lo confundieron con otro. Lo enterramos una tarde lluviosa de julio en la cripta familiar junto a los restos de los abuelos. Y entonces se rentó la gran casa del número 26. Muertos Román y Romelia el clan se desperdigó. Sobre todo cuando murió la abuela, que era quien mantenía nuestras existencias unidas por el vulnerable lazo del parentesco, con su partida se reventó y comenzamos a desenredarnos unos de otros. Mis padres siguen habitando la casa del número 30. Mi padre se ha jubilado y pasa las horas de sus días leyendo revistas científicas y sigue asistiendo al boliche con sus amigos de siempre, aunque las pantorrillas ahora le tiemblan y le sabotean el tino.

Difuntos, niños que ya se hicieron adultos, unos que se fueron y otros que se quedaron, y algunos como yo que, aunque no nos hemos alejado del todo, buscamos un espacio propio para intentar desintoxicarnos de tanto barullo. Estudié ingeniería civil y ahora trabajo para una compañía que instala gas natural en varias ciudades. Abandoné la casa paterna (o materna, no sé cómo sea más correcto definirla) recién cumplí los veinticinco. Me sentí culpable al hacerlo porque mi madre esperaba verme salir de su casa vestido con un elegante esmoquin y entregarme en el altar de la parroquia a los brazos de una buena mujer. «Los hijos se van cuando se casan, antes no, porque tienen que estar pendiente de sus padres», nos decía a Karenina y a mí con un tono victimesco

que nos apretujaba el corazón y nos llenaba de culpa y de miedo a la vez. Entonces buscamos pretextos correctos para irnos zafando de sus garras; mi hermana encontró el pretexto digno en sus estudios, el internado y después en su matrimonio. Yo puse de pretexto la distancia. Le dije a mi madre que la empresa me quedaba demasiado de lejos de casa y que estaba cansado de conducir durante cuarenta y cinco minutos o una hora cada día para llegar a mi trabajo. La ciudad había crecido, eran nuevos momentos, de progreso y de expansión y entonces ella aceptó haciendo pucheros y colgándome en el cuello un crucifijo protector que me mantuviera alejado de los actos pecaminosos. La llegada de los celulares hizo posible mi localización permanente y mi madre recibió encantada la nueva tecnología, que le permite meterse en la vida de los demás sin salir de casa. Llama a sus hermanas, a sus sobrinos, a sus comadres lejanas y hasta a los sacerdotes. Pasa información de una persona a otra sin pensar si el contenido es de interés o no para cada uno de sus interlocutores, y lo mismo me cuenta a mí que la vecina del 12 salió embarazada de un carpintero (lo cuál me importa un reverendo comino), que le cuenta al carnicero que yo conocí a una chica con pinta de piruja en el baile de la empresa. A veces de tantas historias que cuenta, inventa y recolecta, confunde personas y lugares, fechas y sucesos y se mete en embrollos dignos de una novela.

Me sigue diciendo Juanito y me llama a deshoras para contarme historias que me importan un bledo. Interrumpe mis juntas de trabajo, me deja recados con mi secretaría acompañados de anécdotas de cuando era pequeño y hace que los de la oficina se enteren de que me mordía las uñas de los pies cuando tenía cinco años. Les pregunta a mis novias que si son vírgenes enfrente de todos y les pide a mis amigos que me cuiden y protejan en mis noches de juerga. Y yo me quedo pasmado, atolondrado por sus impertinencias. Así es mi madre, sin cautela ni sentido común en los momentos más inoportunos e inesperados. Pero es mi madre

y la amo. Su imprudencia ha comenzado a hacerme inmune al ridículo, he capitalizado la experiencia aprendiendo a reírme de mí mismo. Y aunque no puedo negar que me sigue haciendo sentir incómodo, he aprendido a reírme de sus proceder. Solo a ella se le ocurre llamarme Juanito a pesar de mis vellos en el cuerpo y de mi metro ochenta de estatura.

Estoy consciente de que en todas las relaciones humanas existe la posibilidad de sentirse herido, y entonces uno decide continuar lazos o romperlos, poner distancia o límites. Pero cuando se trata de la relación con mi madre es un arte el buscar la distancia sana sin ofenderla, el poner límites sin lastimarla, el mantener ese lazo sin que me lo enrede en el cuello. Pero creo que lo estoy logrando. Ella ha vivido como la criaron y con menos recursos intelectuales que yo para comprender las interacciones humanas. Su estudio se limitó al básico y sus formas de hacerse un lugar en este mundo han sido el ayudar a los demás aunque no se lo pidan y el estar al pendiente de todos. La ignorancia es atrevida y lleva al ser humano a realizar actos pocos convenientes, y creo que mi madre es como es porque no sabe ser de otra manera, lo ignora. Por eso siento compasión por ella y la escucho, yo no la voy a cambiar, no tengo ese poder. Si elijo el camino de la queja y el lamento jamás voy a lograr perdonarle sus imprudencias. Es mejor el camino de la comprensión, de la empatía, de la compasión. Y entonces mejor me río, la dejo hablar de personas y asuntos que no me interesan, la acepto como es y guardo en el baúl de lo que no sirve el ridículo y la vergüenza que me provocan sus comentarios y asumo que mi auto concepto y que mi integridad no dependen de cómo sea ella y de lo que diga, sino de la calidad de mis acciones. Además en la balanza siempre hay bueno y hay malo y sé que el fondo de las acciones de mi madre está impregnado de un amor incondicional y sincero envuelto de esos defectos que como seres humanos todos padecemos. La prefiero imprudente y viva que muerta sin sus imprudencias, y como las horas no dejan de caminar y todos

vamos andando con ellas hacia un destino llamado muerte, prefiero poner en armonía mi espíritu en vida.

Así como la detesto, la amo, y la vuelvo a amar a pesar de detestarla. Le perdono sus decires y sus destiempos, y en el devenir de esta incongruencia amorosa, cuando estoy con mi madre a solas y sin testigos, me vuelvo a sentir un niño, me calza el Juanito al dedillo, y me acurruco en su regazo. Aunque a veces me duela su amor, lo necesito. Y citando precisamente a la imprudente de doña Eugenia, termino mi relato con la acostumbrada frase que nos decía a Karenina y a mí cuando caíamos enfermos: «Si te duele, es que te estás curando.»

LO IRREVERSIBLE

Si el presente trata de juzgar el pasado, perderá el futuro.

Winston Churchill

Tal vez eligió a mi hermano mayor Samuel porque era el más fuerte, el que iba a resistir durante más tiempo sus siniestros propósitos. Tal vez a mí me veía tan delgaducha y enclenque que supuso que al primer intento se le acabaría el espectáculo. Sean cuales hayan sido sus perversas motivaciones, lo eligió a él.

Todo comenzó cuando Samuel cumplió los cuatro años. Yo era una bebé de apenas dos y me dejaba encargada con mi madrina de bautizo que vivía a tres casas. La madrina se llamaba Arcelia y era una mujer recién viuda que vendía tamales por las noches en la puerta de su casa. Mi madre se subía a un taxi y a toda prisa se dirigía al hospital general para que atendieran las misteriosas fiebres que atacaban a mi hermano de manera inesperada. Pasaba semanas enteras en el hospital con él. Regresaba a buscar ropa limpia y a darle un poco de dinero a la comadre para que me comprara leche o pañales. Mi padre, Higinio, se había ido a trabajar en la construcción de una carretera en el Estado de México. Dejó a la familia viviendo en Tlaxcala y la visitaba cada dos o tres semanas. Sus razones para hacerlo fueron que la vida era más barata y que no se pagaba renta, pues vivíamos en la casa que su padre le heredó. Una casita modesta de tres habitaciones con paredes pintadas de verde pistache, situada en un pintoresco barrio de gente trabajadora. He platicado con él de aquellos días, y mucho

de lo que plasmo en el presente relato ha sido gracias a los dolorosos recuerdos que mi padre me ha compartido. Fueron años de una aparente estabilidad empañada solamente por las recurrentes enfermedades de mi hermano Samuel. En la ignorancia propia de quien apenas terminó los estudios secundarios, mi padre nunca imaginó que existieran padecimientos como el de mi madre, que nos llevaría como familia a vivir la más aterradora pesadilla con los ojos abiertos. Desde muy joven empezó a trabajar en la construcción y con el paso de los años fue consiguiendo participar en obras de mayor envergadura y, sin ser ingeniero pero con el ingenio propio de quien tiene que alimentar una familia y sueña con un mejor futuro, se dedicó a trabajar con ahínco para mantener a su familia.

Mi madre, de nombre Yesenia, conoció a mi padre en un tianguis callejero, al que ella iba cada sábado a comprar fruta y uno que otro vestido de segunda mano. Cuentan que mi padre quedó atrapado entre sus largos cabellos negros y entre sus anchas caderas y con más prisa que demora la convirtió en su esposa un ocho de abril en la capilla del barrio. Juntos empezaron su vida en común llenos de sueños; provenientes de entornos humildes arañados por la carencia, deseaban con todas sus fuerzas un futuro mejor para sus hijos. Nunca se imaginó Higinio que Yesenia padecía un extraño trastorno. Tan extraño y disfrazado de amor, que le llevaría varios años y le daría mucho dolor descubrirlo.

Nació Samuel a los dos meses de que Higinio y Yesenia celebraron su primer año de casados. Un bebé grande y regordete que pesó tres kilos con novecientos gramos. En las fotografías de esa época, mi hermano aparece siempre sonriendo. Dice mi padre que era un bebé muy feliz, que dormía durante las noches sin provocarles desvelos y que durante el día merodeaba por la cuna, por el piso de sala o por el patio, gateando detrás de los insectos, con un espíritu explorador que sorprendía a todos. En esa época la madre de mi padre, mi abuela Enriqueta, se fue a vivir con ellos

para ayudar a mi madre en la cuarentena y su estancia se alargó hasta después de mi nacimiento, a los dos años tres meses de nacido Samuel. Llegué a este mundo sumergida en un frágil empaque de dos kilos con apenas cien gramos, fui carne de incubadora y hasta a mi padre le daba miedo sostenerme entre sus brazos porque dice que sentía que me iba a deshacer. Todo lo contrario a mi hermano Samuel, que crecía fuerte y lleno de energía, travieso y juguetón a más no poder. Me bautizaron a los tres meses con el nombre de Cecilia. Sin embargo, el consentido de mi madre y el preferido de la abuela Queta siempre fue Samuel. Recién cumplí los ocho meses, la abuela se regresó a su pueblo porque ya se sentía achacosa y cansada. Mi madre tomó por completo la responsabilidad de sus hijos y de su hogar. Ante mi padre y ante los demás era una diligente esposa que disfrutaba de cuidar de sus retoños y la recuerdan barriendo la calle por las mañanas canturreando alguna cumbia. Nadie vio venir la tragedia, en nadie germinó la sospecha de lo que estaba por suceder.

El mensaje cultural por costumbre es que los hijos son amados por sus padres y que la familia es el mejor entorno para ellos, en donde son protegidos, cuidados y educados para la vida, y en la mayoría de los casos así es. Es difícil pensar que los padres puedan maltratar a sus hijos y más difícil creer que su propia madre ponga en peligro sus vidas. Pero hay casos que así es, y este, el de mi familia, es uno de esos.

Mi hermano Samuel comenzó a estar enfermo de manera recurrente. Le aquejaban fiebres y convulsiones, vómitos y diarreas persistentes. Mi madre pasaba largas temporadas en el hospital general acompañando a mi hermano en su recuperación. Los médicos veían el árbol sin observar el bosque y le daban tratamientos de antibióticos y anticonvulsivos y el manejo que consideraban pertinente. Samuel salía del hospital restablecido y permanecía bien durante algunas semanas, para volver a recaer y ser sometido otra vez a innumerables estudios y a la inevitable

hospitalización. Mientras tanto, yo me quedaba con mi madrina, que encendía velas y rezaba a todos los santos por la salud de mi hermanito.

Mi padre se esforzaba más en su trabajo para no perder el seguro médico social y a su manera y con sus moderados recursos apoyar a mi madre en la atención del hijo enfermo. Mi madre no se separaba de mi hermano, cuando estaban en casa no dejaba que nadie que no fuera ella se encargara de sus cuidados. Lo alimentaba, lo bañaba y con adoración absoluta se concentraba en atenderlo. Ante todos era la personificación de la madre portadora de un amor incondicional hacia su vástago que dejaba la vida en el intento por sanarlo. No le importaban los desvelos ni la raquítica comida del hospital, con tal de estar al lado de su hijo en esos momentos en que tanto la necesitaba.

Misteriosamente, mi hermano mejoraba cuando mi madre se ausentaba y nos dejaba encargados a los dos con la madrina Arcelia. Aquellos días en los que ella tenía que ir al pueblo a visitar a los abuelos, o acompañar a mi padre a la capital para realizar trámites o asistir a algún compromiso social, mi hermano recuperaba su salud. No se enfermaba. Comía mejor y agarraba fuerzas, se le veía con los cachetes sonrosados y hasta embarneceía. Sin embargo, cuando mi madre regresaba, a los pocos días volvía a caer enfermo, aquejado por aquel enigmático padecimiento. Y la madrina volvía a encender veladoras, mi madre volvía al hospital con Samuel y mi padre otra vez pedía préstamos en su trabajo para comprar las medicinas que el seguro social no tenía en existencia.

Mi madre se hizo amiga de las enfermeras y del personal de intendencia del hospital. Era frecuente verla sentada en el cuarto, junto a la cama de Samuel, tejiendo con agujas bufandas que luego regalaba al personal médico o a las enfermeras en agradecimiento por las consideraciones que le tenían a mi hermano. Se le veía deambular por los pasillos del sanatorio como pez en el agua,

como si hubiera adoptado ese lugar como su hogar y como si la modesta vivienda en donde la esperaban sus responsabilidades de esposa y de madre de otra pequeña, fuera un lugar de poco interés a donde quería ir de paso y sin detenerse mucho. Cuenta la madrina Arcelia que mi madre la dejaba con la quijada colando cuando usaba con naturalidad términos médicos con los que estaba por demás familiarizada a pesar de haber cursado estudios mínimos. Como si al hablar con esas palabras se sintiera una famosa actriz representando el papel favorito de su carrera. Mi madre recorría todos los cubículos de las especialidades médicas con entera confianza, saludando a médicos, enfermeras y secretarias como viejos conocidos de toda su vida. Solo le faltó llevar a Samuel a traumatología y al pabellón de quemados, por todas las demás áreas deambuló con su hijo para que le practicasen todos los estudios habidos y por haber, buscando recuperar la salud de su criatura.

Y Samuel cada día más delgado, más enfermo. Su cuerpecito invadido de manera recurrente por bacterias que atacaban sus órganos de manera incomprensible convirtiendo su caso en un enigma para los médicos. Después a mi madre se le ocurrió la idea de organizar rifas para juntar dinero para curar a mi hermano. Imprimía boletos con la demacrada carita del niño y se paseaba por el barrio buscando quién la apoyara en su causa. Toda la vida de mi madre giraba alrededor de la enfermedad de mi hermano. Mientras tanto, yo crecía entre sus ausencias y bajo el cobijo de mi madrina. Cuando cumplí tres años, la madrina fue la encargada de hacerme un pastel y de preparar tamales de arroz para compartirlos con los niños de la cuadra. Mi padre me visitó ese fin de semana y me regaló una muñeca casi de mi tamaño. Mi madre, por supuesto, estaba en el hospital con su hijo. A mi corta edad y sin tener conciencia de ello, el abandono de mi madre me estaba salvando la vida.

Los síntomas de la enfermedad de Samuel desaparecían en el hospital y reaparecían en la casa. Y vestida con el disfraz de una madre amorosa, la madre mataba a su hijo poco a poco. Samuel cumplió cinco años, seis, y llegó a los siete todavía enfermo. Y justo en la crisis más severa de su enfermedad recurrente, sucedió lo inesperado, llegó la ayuda disfrazada de calamidad. Una serie de robos en el hospital hizo que las autoridades instalaran cámaras de seguridad por todos lados. No solo el hospital estaba siendo víctima de los ladrones, también otras empresas de la zona habían sido atracadas por una banda de malhechores provenientes de colonias aledañas. Esperando atrapar a los rateros, y sin proponérselo, descifraron el enigma del niño Samuel.

Esas cámaras registraron el momento en que mi madre inyectaba una sustancia que después descubrieron era orina propia, en el catéter intravenoso por el que se le administraban los medicamentos a Samuel. Nunca habló mucho al respecto. Una vez descubierta enfrentó la marea en silencio y cubriendo con un velo de misterios su perversa conducta. Los médicos sospecharon que durante años depositó heces en el cereal de mi hermano o que tal vez le suministró fármacos para provocarle el vómito o las convulsiones. Repito, durante mucho tiempo los médicos y el personal del hospital vieron el árbol y no el bosque y no alcanzaron a ver las torcidas ramas de la mente de mi madre.

Lo más triste de la historia es la muerte de mi hermano Samuel, que apenas vivió siete años con tres meses y se dio por vencido. Sus defensas se agotaron y su corazoncito dejó de latir una tétrica tarde de agosto. Entre la madrina Arcelia y mi padre se encargaron del velorio, mientras Yesenia, mi madre, enfrentaba ante las autoridades los cargos que se le imputaron.

Síndrome de Münchhausen por poderes, fue el nombre que le dieron al padecimiento mental de mi madre. Se trata de un trastorno que es una forma de maltrato infantil en la que uno de los padres induce en su hijo síntomas reales o aparentes de una

enfermedad. Es más frecuente que sea la madre. Es un síndrome raro y poco comprendido. Fue bautizado así por el Dr. Richard Asher en 1951 y es uno de los «Trastornos Ficticios» en la clasificación psiquiátrica internacional, y su variante más conocida es el Síndrome de Münchhausen por poderes, en el que el adulto enferma a un niño. Casi siempre son los padres quienes lastiman a sus hijos, con mucha mayor frecuencia es la madre la que lo hace, aunque no se descarta a niñeras o personas que tienen pequeños bajo su cuidado. Su nombre proviene de un mercenario militar alemán, Karl Friedrich Hieronymus, Barón de Münchhausen, famoso por narrar historias ficticias sobre sus conquistas y aventuras.

Mi madre pisó la cárcel por unos meses y fue sometida a innumerables estudios psiquiátricos. La trasladaron a un hospital para enfermos mentales en la capital del país, donde permaneció cuatro años y seis meses. Una mañana fría de febrero la encontraron muerta en su habitación. Una versión cuenta que tomó matarratas de una botella que por descuido dejó un jardinero junto a una maceta, otra versión dice que se robó fármacos de la enfermería y los tomó todos de golpe. Sea como sea, murió en un hospital, entre médicos y enfermeras, como cuando «cuidaba» a Samuel en su convalecencia. Sin embargo a ella le gustaba cuidar al enfermo y no ser la enferma, y creo que por eso prefirió quitarse la vida.

Mi padre me dejó con mi madrina Arcelia durante tres años más. Vendió la casa que habitamos con mi madre. Se deshizo de todo, de muebles, ropa, juguetes y cualquier objeto que hubiese sido tocado por ella. El sufrimiento que le provocó saber a su hijo muerto y a su esposa loca le llenó de rencores el alma. Se alejó de familiares y amigos y jamás visitó a mi madre ni en la cárcel ni en el hospital. La madrina Arcelia era la que iba a echarle un ojo y llevaba noticias a la familia de mi madre, que no quiso saber nada de ella hasta el día de su muerte. Cuando regresó por mí, me llevó

a vivir con él a la capital. Ya tenía una nueva mujer, Antonia, quien me crío como hija propia y con la que tuvo a mis dos medios hermanos, Joaquín y Leopoldo. El recuerdo de Samuel habita en ese rincón de nuestras memorias que se visita por descuido, cuando el olvido nos traiciona.

Cuando cumplí dieciocho años quise saber la verdad. Solo poseía retazos de esa historia que se fue diluyendo entre los brazos del tiempo. Primero hablé con mi madrina Arcelia y ella me proporcionó detalles de mis primeros años de vida y me dijo que hablara con mi padre, que nadie mejor que él estaba autorizado para abrir el ataúd donde se enterró el tenebroso recuerdo de mi madre, que después ella rellenaría los espacios en blanco que tuviera su relato. Así lo hice y en un acto de honestidad bondadosa mi padre me lo contó todo. Muchos años me tragué el cuento de que mi madre se había enfermado, que había contagiado a mi hermano y que murieron los dos a causa de una extraña bacteria que les comió las entrañas. Después de conocer la verdad, fueron mis entrañas las que se llenaron de un ácido caliente que me hizo pasar del odio al resentimiento sin freno.

¿Cómo se le perdona a una madre su abandono y que haya asesinado a uno de sus hijos? Lo imperdonable, lo incomprensible llenan el corazón de vacío, de rencores, y se voltea al cielo clamando justicia. De rodillas le pedí a mi Dios que su justicia se hubiera encargado de ella. Lo tenebroso de la conducta de mi madre me encajó un puñal en el alma, un dolor que se instaló en mi memoria. Me sentí atrapada entre los escombros de un pasado escabroso e irreversible del que emergía la figura de una madre enferma, desquiciada, asesina. Pero la verdad, por más dolorosa que sea, es la verdad, y con ella completé los trozos que le faltaban a mi historia personal.

Ahora estoy casada y tengo una hija, la he llamado María de los Ángeles, como si colocando ese nombre sobre su ser la estuviera protegiendo, rodeándola de seres alados que velarán por ella

durante toda su vida. Entre semana me dedico por completo a mi hogar y los sábados estudio una licenciatura en informática. Rogelio, mi esposo, es gerente en una caja de ahorro popular y es un hombre cordial y sencillo. En su sencillez radica su encanto; en su humildad su grandeza. Es un hombre bueno con el que no tengo secretos, y quien al contarle la historia de mi hermano Samuel se conmovió hasta el llanto y me dijo: «Cecilia, lo que sucedió no tiene olvido pero tiene explicación, libérate del odio y perdona a tu madre muerta, que el corazón rencoroso no conoce la paz.»

Me he propuesto que la muerte de mi hermano Samuel no sea en vano, he decidido no perder el tiempo en dolores tan lejanos que me impidan apreciar la cercanía del presente.

Y así me ando por la vida, no sé si perdonando para olvidar o si olvidando para perdonar. El perdón lo asocio con el corazón y el olvido con el pensamiento, y he llegado a la conclusión que es mejor perdonar a mi madre que olvidarla, porque cuando el corazón está en paz, el pensamiento se vuelve más positivo. Siento que al perdonar se consigue recordar sin que duela, se transforma lo oscuro en luminoso, lo rencoroso en compasivo y el pasado cruel en un presente tranquilo.

LOS LÍMITES DEL AMOR

La recta es del hombre; la curva es de Dios.

Antonio Gaudí

Muchos años fingí ser feliz. Durante mucho tiempo demostré ante los demás que no me dolía nada. Me había perdido entre los personajes que inventé para conducirme por la vida con mi máscara de felicidad puesta. La sociedad le pide al ser humano una lista interminable de condiciones para moverse en su seno. Reglas, juicios, prejuicios, apariencias. Si logras aprender a jugar este juego eres una persona normal. Le ponen el nombre de éxito, de prestigio, incluso de bondad. Le llaman «ser bueno». Lo primero que te sucede cuando sueltas las ideas de todos para procurarte ideas propias, es que te sientes culpable. Como si estuvieras traicionando al mundo entero. Sin embargo, lo peor es cuando esas ideas que no te permiten ser tú misma y que te fatigan el alma, te las ha obsequiado tu mamá. En una sociedad donde la figura de la madre es impoluta, no es bien recibido hablar de sus errores. No se debe hablar mal de la madre porque es pecado, porque el karma te va a perseguir y te va a alcanzar en tus propios hijos. Retorciéndote entre la culpa y el deseo de dejar de sufrir, tienes que aprender a transformar ese lazo que te asfixia en un cordón de seda que, a pesar de que te mantiene unido a ella, no te lastima.

Aprendí a fingir ser feliz desde pequeña para que, por consecuencia, mi madre estuviera feliz. Desde la más tierna

infancia ella me dijo que mis acciones la hacían sentir bien o sentir mal según fuera el caso. Si hacía lo que ella deseaba, su sonrisa permanecía en el rostro. Sin embargo, si realizaba algún osado acto distinto a los permitidos por ella, su semblante se ponía triste, me dejaba de hablar y me ignoraba. Aprendí desde muy pequeña a complacerla y a velar por su felicidad. Ella nunca ha sabido ser madre de hijos que sufren, que tienen sus problemas o que cometen errores. Ella sabe ser mamá de hijos buenos, que aciertan y que son felices. Porque de la forma de vivir y de ser de sus hijos depende su reputación como madre.

Se llama Regina Mendiola y fue la hija «de en medio» como se le dice. El sándwich de su familia. Hija de padres de humildes orígenes. Mi abuelo Rigoberto era transportista, y mi abuela Juana ama de casa. Los abuelos provenían de familias numerosas, de esas donde los hijos mayores crían a los hijos más pequeños. Se casaron jóvenes, como se usaba en aquellos tiempos, y tuvieron siete hijos. Dos no se lograron y vivieron poco tiempo. Uno murió a los siete meses y una niña a los dos años. A la abuela Juana le pasó lo que les pasa a muchas madres: se la pasan llorando por los hijos muertos y descuidan a los hijos vivos. La pena de perder a dos de sus vástagos le hizo amargo el carácter y se desentendió de los demás para vivir un calvario perenne.

Mi madre nació después de tres y antes de tres, siempre fue la de en medio, y quitando a los niños muertos, la dinastía de don Rigo y doña Juana quedó de esta manera por orden de nacimiento: Rigoberto, Santiago, Regina, Blanca y Berenice. El niño difunto había nacido entre Roberto y Santiago y la niña fallecida entre Blanca y Berenice. Así que mi madre, Regina, siguió siendo el sándwich. Vivían en una casa de tres habitaciones, con un largo pasillo en el centro que llevaba hasta un patio trasero en donde había gallinas y patos. La casa de los abuelos siempre olió a plantas y a estiércol, porque o entraban las gallinas y se cagaban sobre los sillones de la sala, o llegaba mi abuelo Rigo con las botas llenas de

excremento de vaca después de entregar pacas de alfalfa en algún rancho de la región. En una habitación dormían los hombres y en otra las mujeres. La habitación más grande y con baño era la alcoba de los abuelos. Era una casa modesta, con paredes descascaradas y muebles viejos. La cocina era el lugar donde se concentraban los quehaceres de la abuela mientras las hijas se encargaban de barrer el pasillo, tender las camas y de todas las demás tareas del hogar. Los hombres se iban con el abuelo, quien tenía dos camionetas de tres toneladas, con las que salían a buscar fletes en los mercados y negocios de la ciudad. Una familia unida y honorable, con sólidas bases morales, donde los roles estaban bien definidos y las ideas sobre el pecado y el castigo habían sido transmitidas a los hijos para protegerlos del mal.

Mi madre siempre fue la conciliadora de la familia, a la que no le gustaban los gritos, la que tenía miedo de todo. La abuela, con su carácter amargoso, la convirtió en una niña hacendosa y obediente pero llena de pánico. Aprendió a no dar problemas, a no hacer enojar a su madre y a esquivar los golpes del abuelo que, cuando perdía los estribos, quería resolver todo a coscorrones. Aprendió a interceder por todos y a vivir evitando el conflicto. Le incomoda el cambio. No sabe caminar por la adversidad. La educaron para aparentar ante todos que es feliz, decente, correcta. Para conducirse por la vida escondiendo en una elevada moral los miedos más atroces. Yo he llegado a la conclusión de que la ignorancia de los abuelos y el fanatismo religioso hicieron de sus hijos seres miedosos y afectivamente enfermos. Socialmente y en apariencia personas de bien, hombres y mujeres trabajadores con familias decentes, alejados de los chismes y siendo ejemplos de prosperidad. Levantando la alfombra de la historia familiar está ese polvo, que han escondido a lo largo de los años para hacerse creer a ellos mismos y a los demás que caminan por la vida pisando suelo limpio. Ahí en ese polvo están las raíces de sus obsesiones, las causas de sus debilidades, las adicciones de los nietos, los

abortos de las nietas, los actos fraudulentos y tramposos de unos, las perversiones sexuales de otros. Ahí debajo de la alfombra, donde nadie lo ve, ahí donde solo alguien con fuerza y agallas se atreve a levantar el tapete y hacer una limpieza profunda.

Mi padre conoció a mamá en una fiesta. La abuela Juana les permitió a las tres hermanas que asistieran a los quince años de la hija de una de sus comadres. Enfundadas en la moda de los años setenta, las tres hermanas con peinados de salón se dirigieron a disfrutar decentemente de una amena reunión. Al verla tan modosita y bien portada, mi papá de inmediato pensó que se había topado por fin con la virgen anhelada e inmaculada que le había dicho la sociedad que buscara. Se hicieron novios y, al cumplir el año de noviazgo, le pusieron fecha a la boda y se casaron. Ella tenía veintiún años, él veintidós. Mi padre provenía de una familia de cuatro hermanos varones que habían sido criados por una madre que enviudó a temprana edad. Una dinastía de hombres que admiraban el valor de la mujer emprendedora por haber tenido el ejemplo de una madre trabajadora y valiente en casa. Damián se llama mi papá, y es un ser adorable. Lo amo con todo mi corazón. Damián y Regina se prometieron amor eterno y formaron una familia de tres hijos, Mauricio el mayor, Susana la de en medio y Karina la menor. Dos años de diferencia nos separan a uno del otro. Yo, Susana, soy el sandwich, igual que mi mamá.

La nuera y la suegra no congeniaron. Esos caracteres tan diferentes se rozaron y sacaron chispas. La abuela Macaria, tan relajada y empoderada, chocó con la fragilidad de mi madre, con su ser perfeccionista y rígido, lleno de miedo. Con sus dulces maneras disfrazadas de buena intención alejó a mi padre de su familia. Lo convenció de que eran muy estruendosos y conflictivos. Lo alejó de su madre y a nosotros de esa abuela, a la que visitábamos solo una o dos veces por año para que nosotros creyéramos lejos de malas ideas y que a ella no se le perturbara su paz. Mi padre vendía maquinaria agrícola de importación, y mi madre se

dedicaba a su hogar. Ese hogar en el que nos crió con miedos, con temor a Dios y al qué dirán. Ahí donde yo crecí buscando su aprobación a toda costa para sentirme buena hija, buen ser humano. Siempre que provocábamos un conflicto o que hacíamos alguna travesura nos amenazaba con su muerte o con su partida: «Un día de estos se levantarán y no me van a encontrar, y a ver qué hacen», era una de sus frases disciplinarias predilectas. El rol de víctima siempre lo ha desempeñado con habilidad: «Como aquí tienen a su 'sirvienta' que les hace todo», «todo lo que me he sacrificado por ustedes y miren cómo le pagan a uno», «el día que me convierta en un estorbo y en una carga para ustedes, van y me tiran a un asilo».

Mis hermanos nos mirábamos angustiados y asustados al imaginar que mi madre nos abandonaría o que un día la encontraríamos muerta a causa de nuestras travesuras. Utilizó el miedo para hacernos obedientes. Con miedo nos hizo aprender a aparentar ser felices y que nuestras vidas eran perfectas. La época que más le agradó en su rol de madre fue cuando éramos pequeños. Nos podía controlar con historias de diablos e infiernos, de castigos y purgatorios. En su amor curtido de ignorancia y fanatismo nos cubrió con un manto protector tejido de buenas intenciones. Con su amor miedoso nos tomó de la mano y nos llevó por el camino de los seres felices. «Que la gente no sepa que reprobaste esa materia, Mauricio, van a pensar que eres un tonto», le decía a mi hermano, a quien las matemáticas no se le daban. «La ropa sucia se lava en casa», «No le cuenten a nadie que andamos cortos de dinero, no tienen por qué saberlo», «deberían estar agradecidos de tener una madre como yo», y la mejor y más poderosa: «¡Ahora que llegue tu padre vas a ver!»

Crecimos con miedo a mi padre. Mi madre, con la ayuda de la abuela Juana, nos configuraron una figura paterna que se asemejaba a un verdugo encapuchado y vengativo, cruel y despiadado que estaba al acecho de la mínima de nuestras faltas para

dejar caer la hoja de su afilada hacha sobre nuestros cuellos. Más de una vez escuchamos a la abuela Juana decir que a los hijos y a los animales se les educa a golpes y presumía las tundas que le propinó a sus críos cuando eran pequeños. Así crecimos, meciéndonos entre los brazos de una madre miedosa, escrupulosa, prejuiciosa y víctima que nos alejó durante nuestra infancia de papá, diciéndonos que él venía cansado de trabajar y que no lo molestáramos. Nos comíamos la sopa sin chistar, hacíamos los deberes y nos encerrábamos en nuestras habitaciones para no hacer ruido, para no dar problemas, para no importunarlo. La conducta de mi madre ha sido un claroscuro. En su lado de luces se encuentra su cordura, su gentileza, su bondad, su orden, su armonía. En su zona oscura están sus miedos, su necesidad de control, su falsa tranquilidad, su dureza.

Mi hermano Mauricio creció y se fue lejos a estudiar Ingeniería Industrial. Mi madre le habla por teléfono cada dos días para estar al pendiente de él. Yo siento a Mauricio incómodo con esa dinámica pero no le digo nada, he llegado a un punto en mi vida en el que no me meto en las vidas de otros para que no se sientan con derecho alguno de meterse en la mía. Mi hermana Karina es diseñadora de modas y vive en Brasil con un profesor de yoga. Están asentados en Río de Janeiro, donde ella encontró un trabajo para una firma reconocida de ropa y su esposo da clases a señoras en un prestigiado club deportivo de esa ciudad. Karina es la preferida de mi madre. A veces pienso que en mi hermana ve realizados sus ocultos y secretos anhelos de superación. Esos anhelos que jamás compartió con nadie, que nunca expresó, y que escondió detrás de un discurso amoroso y devoto hacia su rol de madre de tiempo completo. Siempre he sentido que a través de la vida de mi hermana mi madre encontró una realización propia. Ha idealizado la vida de mi hermana, la considera perfecta y sus diferencias afectivas para con nosotras son obvias.

Para mí las cosas fueron más complicadas. La herencia de sus miedos y la necesidad de su aprobación me asfixiaron desde la adolescencia. Me hice rebelde y grosera. La personificación precisa de los seres que despreciaba mi madre. De esos que se van al infierno cuando se mueren. Le refutaba todo, cuestionaba sus ideas sobre el diablo y el castigo. Incumpliendo sus reglas y aplastando sus principios morales. Me hice amiga de personas diferentes a nosotros. Lo mismo llegaba a casa acompañada de una niña de alcurnia que de un hippie con largos cabellos. Lo mismo se me veía entrar a una iglesia que a una discoteca de moda. Mi espíritu diferente aspiró el polvo debajo de la alfombra, la soberbia me dio la fuerza para levantar el tapete y sacar la basura que estaba debajo. En nuestros enfrentamientos le llegué a echar en cara a mi madre su falsa moral, su manipulación disfrazada de bondad. Para entonces mi mamá ya no podía ocultar el sol con un dedo y yo ya no me tragué el cuento de la familia perfecta. Me di cuenta de que sus hermanos eran ventajosos y abusivos. Supe que el tío Rigo había sido sorprendido robando en una bodega y que si no es por la intervención del abuelo hubiera ido a parar a la cárcel. Me di cuenta de que el tío Santiago tenía una hija fuera del matrimonio. Me enteré de que la tía Blanca había abortado aconsejada por la abuela Juana, quien prefirió la muerte del producto del desliz de su hija que verla con un bastardo en sus brazos. Me di cuenta de que la tía Berenice era lesbiana y que por eso usaba el pelo corto y prefería los pantalones que las faldas. La llegué a encontrar besándose con sus novias en algún rincón del parque y se lo dije a mi mamá, quien con una cachetada me hizo tragarme mi comentario. Lo que más me ha dolido es que mi madre prefirió guardar las apariencias que explicarme las cosas. Me plantaba un par de cachetadas y me mandaba a mi cuarto en lugar de reconocer que su familia no era perfecta.

Fue en ese tiempo en el que me acerqué mucho a mi papá. Una tarde cualquiera lo fui a buscar al trabajo y le pedí que platicara

conmigo, que me explicara por qué mi madre seguía empecinada en negar la realidad. Estaba cansada de verla fingir que no pasaba nada, cuando estaba sucediendo todo. Estaba fastidiada de que me exigiera ser perfecta cuando soy humana. Mi padre me abrazó y me dijo que mi madre era como era y que no íbamos a cambiarla, que en el fondo es buena y que me ama, y que hiciera como él, que le da por su lado. Tal vez lo que me dijo no fue tan importante, lo valioso fue ese abrazo, ese contacto cálido con el hombre al que durante muchos años había percibido como un ogro. Lo trascendental fue ese vínculo que apareció entre nosotros. Mi madre se dio cuenta de nuestro acercamiento y comenzó a capitalizarlo. Me mandaba decir las cosas con él para evitar nuestras confrontaciones. Una tarde por sugerencia de mi padre le pedí perdón a mamá. Le dije que disculpara mis palabras groseras y mi carácter rebelde. Ella solo atinó a decirme que no me preocupara, que una madre perdona todo a los hijos, pero que dejara de ser como era porque Dios me iba a castigar.

Entonces, me refugié en la escuela y en el trabajo. Me metí a estudiar Comercio Internacional y a trabajar medio tiempo en una agencia de exportaciones. Sin darme cuenta y por inercia, comencé a imitar a mi madre. A esconderme de mi misma detrás de la apariencia de una vida trabajadora y correcta. Me puse la máscara de la Susana simpática, aguerrida, fuerte y empoderada. Me dediqué a demostrar a todos que tenía una vida útil y que era feliz. Me enfundé en el rol de la que resuelve todo, a la que no se le complica nada, de la supermujer. Con maneras diferentes emulé a mi madre en su empeño por aparentar que nada pasaba, que tenía todo bajo control. Terminé mis estudios con honores, conseguí un excelente trabajo en una firma japonesa, aprendí a hablar tres idiomas y a vestir con sobriedad. Procurando ser lo que los demás esperaban de mí, lo que mi madre esperaba de mí, para sentirme aceptada. Las formas eran diferentes pero el fondo el mismo: el miedo, el prejuicio, el temor al qué dirán, la necesidad de aprobación. Entrenada desde la infancia para esconder lo de

fondo y mostrar la superficie, me descubrí un día siendo igual que mi mamá.

Nunca hablaba de la homosexualidad de mi hermano Mauricio, quien vive con su pareja a escondidas de mi madre, refundido en su clóset lejano para no matarla de un coraje. Solo contaba que era un ingeniero exitoso que radicaba en otra ciudad y que era muy guapo. Contaba a los demás que mi hermana Karina es una exitosa diseñadora y que vive en el extranjero, pero al igual que mi madre, evité mencionar que era amante de un hombre casado, que su profesor de yoga abandonó a su esposa y a dos hijos para irse con ella, que mi hermana era la que mantenía a su hombre y que se hicieron adictos a la cocaína. De repente un día me descubrí con más forma que fondo. Me sentí vacía, sin sentido. Me miré a mi espejo y me encontré con mi mamá.

Ese día me impuse el propósito recuperar mi identidad. Me sentí fatigada de aparentar lo que no soy, de buscar lo que no quiero, de perseguir lo que me lastima. Me di cuenta que tenía que poner límites. Límites sanos, que separaran mi vida de la de mi madre, mi manera de ser de la suya, que nos permitiera seguir siendo madre e hija sin rencores. Límites sanos que separen nuestras historias personales y que permitan que las ideas de mi madre que me atormentan queden en su mente y no en la mía. Yo no tengo derecho a juzgarla ni a cambiarla, pero sí tengo derecho a ser yo misma, a generar ideas propias y a deshacerme de sus miedos. Que lo que le pertenece a ella se quede en ella y con respeto dirigirme hacia la edificación de una personalidad más genuina, más honesta. Renté un departamento y lo decoré a mi gusto. A pesar de que ella me pidió que la llamara a diario, no lo hice. Consideré que una vez cada dos semanas sería suficiente. Comencé a vestirme como yo quería, me relajé, solté el cuerpo y comencé a disfrutar más mi trabajo, a no sentir miedos ni prisas por llegar a no sé dónde. Concébí un Dios amoroso y no justiciero. Fabriqué

ensamblamientos valientes y positivos que sustituyeron en mi mente las ideas escrupulosas de mi madre. Llevo dos años de relación con Vicente, un compañero de trabajo. Él ha sido el primero en darse cuenta de mi cambio y le gusta. Dice que me he convertido en una Susana más entera, más auténtica.

Cuando no se genera el cambio desde la voluntad bondadosa, es la adversidad la que lo provoca. En el caso de mi madre así sucedió. Una tarde recibió una llamada telefónica desde Brasil en la que le informaron que encontraron muerta a mi hermana Karina en su casa. Una sobredosis acabó con vida en apariencia exitosa y feliz. Mi madre no pudo esconder la tragedia a los demás, pues su caso apareció en Internet en las páginas y circuló por las redes sociales. Mi padre se encargó de todos los trámites para regresar su cuerpo a México porque mi madre sufrió una crisis nerviosa que la mandó al hospital. No pudo asistir al velorio de su hija. Cremamos el cuerpo de mi hermana y sus cenizas reposan en un cofre que se depositó en una capilla cercana a la casa. Apenas se estaba recuperando mi madre de su crisis y asimilando su duelo, cuando se le apareció mi hermano con su pareja en la casa. La muerte de Karina le abrió los ojos a Mauricio, se dio cuenta que negar la realidad es vivir una vida a medias y se armó de valor para asumir su preferencia sexual ante mis padres. Fue entonces cuando supe que Mauricio se había sincerado con mi papá hacía más de cinco años y que de manera respetuosa y amorosa él le dijo que era su decisión y era su vida personal, que siempre lo amaría, pero que no le comentara nada a mi madre para no ocasionarle una pena. Aquella petición solo retrasó el momento pero no impidió que Mauricio se cansara de fingir ser alguien que no era.

Para mí solo estaba ocurriendo lo consecuente, lo lógico. No se puede tapar el sol con un dedo, ni se puede vivir en el presente con ideas añejadas o podridas. No se puede vivir en depresión en nombre del amor. Recuperé mi autonomía amorosa y me

desvinculé de mi madre con respeto y consciente de que su forma escrupulosa de amar me lastimaba. Disolví sus ideas prejuiciosas y justicieras en el vaso del perdón. Me tomó mucho tiempo pero estoy convencida de que un perdón demasiado rápido no alivia a nadie. Si uno se toma su tiempo y le pone decisión y empeño, el perdón se impone por sí mismo. Me parece que un perdón otorgado demasiado pronto a veces es percibido por quien lastima como una absolución y que si no se establecen límites sanos y respetuosos en el momento oportuno, eso se convierte en un juego perpetuo en el que uno daña y el otro perdona sin que ninguno aprenda algo positivo ni del dolor ni del agravio. Todos los seres humanos hemos lastimado a alguien en algún momento de nuestras vidas. De manera voluntaria o involuntaria hemos hecho daño. Todos merecemos una oportunidad. Pero también todos merecemos establecer límites sanos en nuestras relaciones afectivas y sobre todo con nuestra madre, quien por habernos dado la vida a veces nos percibe como una extensión de ella misma y no como individuos autónomos y con existencia propia. Una madre no solo nos da la vida, nos inyecta sus ideas, nos transmite sus emociones, sus maneras de andar por la vida y hay algunas que, como la mía, se niegan a aceptar a sus hijos viviendo vidas diferentes a las que ellas les enseñaron.

Establecer límites con mi madre no significó dejar de amarla, solo busqué una relación más positiva con ella, una relación quizás con más distancia pero con menos rencor. La adversidad ha sido la mejor maestra para mi madre, cuando el dolor fue insoportable se preguntó a sí misma qué era lo que había hecho mal. Fue entonces cuando la vimos salir a la calle sin esconder sus tristezas, cuando la percibimos más honesta y sin aparentar. Hace dos meses se presentó en mi departamento. No criticó mis muebles ni mi forma de vestir. Por el contrario, reconoció mi buen gusto y se sentó relajada en la sala.

-He venido a pedirte perdón, Susana -me dijo-, todo lo que ha pasado me ha hecho reaccionar. Quiero que perdones mi falta de cariño, mi forma tan seca de ser contigo, quiero que me disculpes por compararte con tus hermanos, por dar más importancia a otras personas que a ti. Por no confiar en tus capacidades, por pensar que eras tan fuerte que no necesitabas mis abrazos, por mi falta de carácter y por transmitirme mis miedos. Por juzgarte con dureza en tantas ocasiones. Por no defenderte cuando debí haberlo hecho. Perdóname, hija.

Me senté enfrente de ella y le di las gracias. Sentirla humana llenó de gratitud mi ser. Prefiero una madre sensible y humana que una madre impoluta. La abracé como nunca antes lo había hecho durante mis treinta y cuatro años de vida. Perdonar a mamá fue un regalo que le hice a mi corazón, pero que mi madre reconociera sus faltas y me pidiera perdón fue una bendición para mi espíritu.

Dicen que el amor de una madre no conoce los límites. A mí me gusta pensar que el amor de una madre es más saludable cuando los conoce. Esos límites configurados con amabilidad, con respeto, con gratitud. Esos límites que con el paso de los años definen dónde termina la madre y dónde comienza el hijo, que los convierten en individuos independientes con existencias propias, unidos por un fino cordón espiritual y amoroso que es irrompible y eterno.

Desde el abismo	16
Entre risas	24
Decadente	28
Injusta	37
El desliz	45
Sin protección	53
Las malas lenguas	61
La más negra de las ovejas	68
Conchita	76
Baños de pureza	83
La hija predilecta	91
Dolor crónico	97
Madre eterna	102
Rumbo a la esperanza	107
Lo imperdonable	114
Sin dignidad	122
Indefenso	129
Pasmado	138
Lo irreversible	146
Los límites del amor	155